

NÚMERO
EXTRAORDINARIO

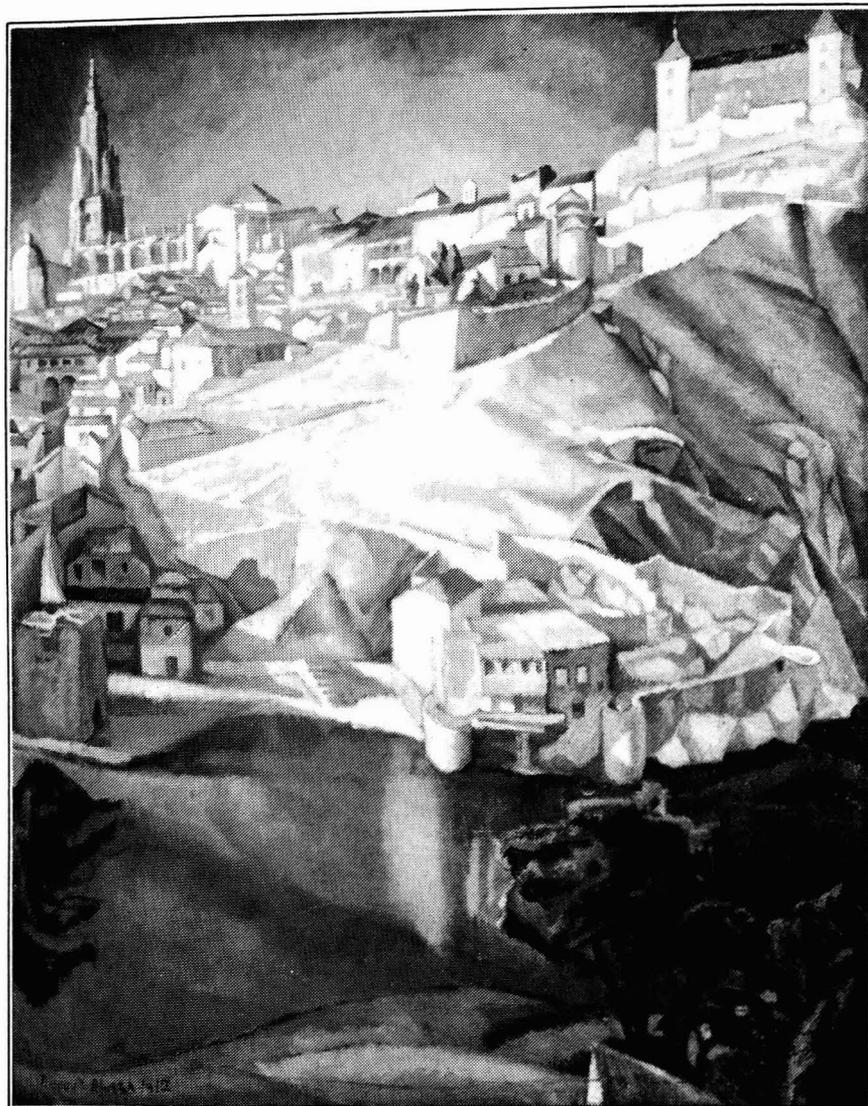
1995

Universidad de México

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO



La Puebla intempóral



Vista de Toledo. Diego Rivera - 1912. Oleo sobre tela.

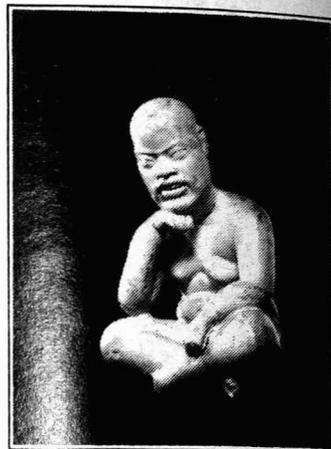
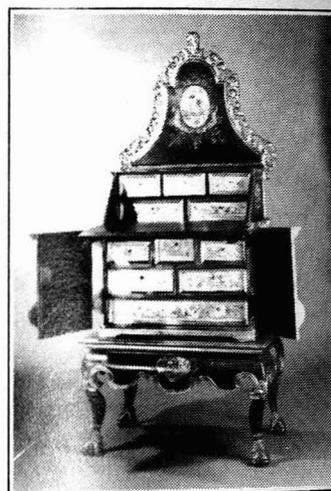


Figura de hombre sentado.
Cultura Olmeca.
Las Bocas, Pue.



Mueble de laca. Siglo XVII.
Michoacán

MUSEO AMPARO

Encuentro con Nuestras Raíces

2 Sur No. 708 Puebla, Pue.
Centro Histórico de Puebla
Teléfono: 91 22 46 4646
Fax: 91 22 46 6333

Adultos: N\$ 10.00 Estudiantes: N\$ 5.00
Lunes: Entrada libre

Abierto de miércoles a lunes
Horario: 10:00 a 18:00 hrs. Martes -cerrado



ARTE PREHISPANICO, VIRREINAL Y CONTEMPORANEO

Universidad de México

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

NÚMERO EXTRAORDINARIO

Índice

	2	<i>Presentación</i>
Ernesto de la Torre Villar	3	<i>Raíz y frutos de la cultura en Puebla</i>
Eduardo Merlo Juárez	9	<i>La región de Puebla en la época prehispánica</i>
Georgina García-Gutiérrez	12	<i>Mujeres de letras en el mundo</i>
Roberto M. Vélez Pliego	18	<i>Los orígenes de las haciendas de Puebla</i>
Pedro A. Palou	22	<i>Y... la invención de la Puebla</i>
Germán Viveros	25	<i>Instrucción teatral en Puebla. 1785</i>
Héctor Azar	28	<i>Cholula, piedra que sangra ríos</i>
Jorge Alberto Manrique	32	<i>Germán Venegas</i>
Alberto Dallal	35	<i>Algunos pintores en Puebla</i>
Antonio Rubial García	38	<i>Bajo el manto de los santos propios. El proyecto criollo para un santoral poblano</i>
Juan Tovar	42	<i>Árbol de la vida</i>
Jesús Márquez Carrillo	43	<i>La educación pública en Puebla durante el siglo XIX</i>
Ricardo Moreno Botello	47	<i>La educación superior pública y privada en Puebla</i>
Julio Glockner	50	<i>La voz del volcán</i>
Horacio Labastida	54	<i>Ciencia y filosofía: un proyecto inconcluso</i>
Antonio Deana Salmerón	56	<i>La celebración del 5 de Mayo en el pasado de Puebla</i>
Juan Tovar	61	<i>Del alma</i>
Pedro Ángel Palou García	63	<i>Nuevas letras de Puebla: otras voces, otros ámbitos</i>
	67	<i>Colaboradores</i>

Presentación

Intentamos aquí el sencillo establecimiento de una cartografía de espacios e hilos conductores. Todos convergen en esa devoción singular que suscita Puebla, estado-puente en varias etapas de la historia de México, geografía variada, multifacética energía en los grandes cambios nacionales, ámbito singular, original. La Puebla y sus protagonistas —decimos todos los que aquí escribimos— no se asemeja a ninguna de las entidades que la rodean aunque bien puede tener algo de todas ellas: planicies, lluvias, miscelánea productiva, cultura básica —orgullosa y expansiva—, pequeños poblados que cantan desde las montañas, nostalgia del pasado y ahínco industrial contemporáneo. La Puebla sorprende en cada uno de sus laboriosos aspectos como podrá descubrirlo el lector cuidadoso que recorra cada texto, cada idea, cada sensación o conducto narrativo aquí expuesto. Este número de la revista ha sido preparado conjuntamente por escritores y estudiosos, por universitarios —investigadores y observadores— de Puebla y de México, todos atentos a las características notables de la entidad. El esfuerzo es introductorio, no exhaustivo; es una muestra, una llamada de atención, un homenaje. ◇



Universidad de México

Director: Alberto Dallal *Editor en Humanidades:* León Olivé *Editor en Ciencias:* Miguel José Yacamán

Consejo Editorial: José Luis Ceceña, Alberto Dallal, Beatriz de la Fuente, Margo Glantz, Mario Melgar Adalid, Ruy Pérez Tamayo, Sergio Pitol, Arcadio Poveda, Vicente Quirarte, Luis Villoro.

Coordinación editorial: Octavio Ortiz Gómez *Corrección:* Amira Candelaria Webster y Julio Trujillo

Publicidad y Relaciones Públicas: Susana Trejo *Administración:* Javier Martínez

Diseño: Bernardo Recamier *Asistente:* José Luis Herrera

Coordinación de Humanidades

Oficinas: Insurgentes Sur Núm. 3744, Tlalpan, D. F., C.P. 14000. Apartado Postal 70288, C.P. 04510 México, D. F.

Tel. 606 1391. Correspondencia de Segunda Clase. Registro DGC. Núm. 061 1286. Características 22 866 11212

Fotocomposición, formación e impresión: Imprenta Madero, S. A. de C. V. Avena 102, Col. Granjas Esmeralda, C.P. 09810

Precio del ejemplar N\$ 10.00. Suscripción anual: N\$ 100.00 (US \$ 90.00 en el extranjero). Periodicidad mensual. Tiraje de siete mil ejemplares.

Esta publicación no se hace responsable por textos no solicitados. Cada autor es responsable del contenido de su propio texto.

Raíz y frutos de la cultura en Puebla

No caso fortuito, ni mera coincidencia. La fundación de Puebla de los Ángeles fue el resultado de la aplicación de las normas que el Estado español, regido en ese instante por el emperador Carlos V, dio como bases para la realización de su vasta tarea de colonización y poblamiento de las Indias: creación de núcleos de población en dónde asentar a los conquistadores y a sus hijos, a los nuevos colonos para que levantaran sus casas, labraran sus huertos, ejercieran industria y comercio y vivieran en recta policía y comunicación unos con otros, bajo las bases de la organización municipal, célula de la vida institucional que España implantó por todo su Imperio y la cual estaba cargada de generoso sentido democrático. El haber escogido un cruce de caminos, el sitio de humilde ventecilla que servía como refugio e indicador a los pasajeros que por ahí cruzaban, significa tan sólo que el sitio era bueno, estratégico y útil para los fines de comunicación del Seno Mexicano a la Mar del Sur, del camino de Guatemala hacia el septentrión.

Puebla como Valladolid fue centro de atracción para criollos y peninsulares, sitio en dónde asentar a aquellos que no habían encontrado lugar dentro de la gran capital que se empezaba a erigir en México y la cual apenas brotaba de las ruinas de la vieja ciudad capital de los indios y se convertía en la gran Temixtitán de los conquistadores. Ciudades no brotadas de las ruinas, sino levantadas de nuevo y trazadas bajo signos renacentistas, fueron Puebla y Valladolid. En el caso de Puebla se dijo que esas regiones habían sido trazadas por los ángeles.

Fue en los orígenes de la administración española en México, durante el gobierno de la segunda audiencia que puso fin a los desmanes de la soldadesca por Nuño de Guzmán, que se planteó la necesidad de asentar y poblar la tierra, de establecer la paz, el orden jurídico, las instituciones y crear una comunidad en la que pudieran convivir indios y españoles, en la que creciera una sociedad y se llegara a integrar una nación.

El pensamiento de los componentes de la segunda audiencia encabezada por don Sebastián Ramírez de Funleal y en la que actuaron con notable altura Juan de Salmerón, Vasco de Quiroga y Ceynos, fue el cumplir con los postulados esenciales de proteger a los indios y evangelizarlos, pero

aportándoles normas de civilidad y de policía al modo europeo. Trataron tanto Quiroga como Salmerón de respetar y defender lo más posible a las comunidades indígenas del Valle de Tecajetl y de las riberas de los lagos michoacanos.

La necesidad de promover el poblamiento de la tierra por españoles no escapó tampoco a la atención de la Audiencia. Finalizada la Conquista, muchos españoles “andaban baldíos y muertos de hambre”, ocasionando males a los indios. Para asegurar su quietud y prosperidad la audiencia determinó situarlos en poblados nuevos, dándoles tierras y heredades para trabajarlas. De esta suerte se había iniciado la fundación de Puebla “poblado de hombres que andaban perdidos e deseaban tener un rincón donde se recoger e tierra para labrar e criar”. Extraordinario proyecto social se inició con la fundación de Puebla, semejante al que iniciaría Vasco de Quiroga con la creación de su primer Hospital de Santa Fe de Tacubaya. De esta suerte se patentizaban los ideales utópicos para construir una sociedad más justa y perfecta y esos ideales cristalizaban en el Valle de Puebla como en las tierras michoacanas. Ante el proyecto poblano los franciscanos afirmarían sería “la cosa más acertada después de ganar la tierra”.

Para los españoles se planteó el arraigarlos, interesarlos por la tierra, sus recursos y bondad. Había que estimular su venida, proporcionarles la forma de prosperar, de establecer familias, labrar fortuna dentro de una organización a la que estaban acostumbrados. La tierra necesitaba ser poblada, labrada y aprovechada para que se asentara en paz y concordia. Era necesario establecer núcleos europeos que supieran dirigirla e integrar con ellos el inmenso imperio que se empezaba a organizar.

El primer obispo venido a la Nueva España, fray Julián Garcés, quien regía la diócesis de Tlaxcala en la cual advirtió las virtudes espirituales e intelectuales de los indios, va a sentir en medio de ellos la ausencia de españoles que ayudarían a configurar el pueblo de Dios que se le había confiado. Con gran tino advirtió era necesaria la presencia de españoles para integrar una sociedad amplia, progresista que transformara la realidad social resultante de la Conquista. Movidado por esa idea, escribió a la reina gobernadora hacia 1530 “informándole que siendo la provincia de Tlaxcalte-

que cabeza de mi obispado y tierra fértil y sana y cerca del puerto de veintidós leguas de México, hasta ahora no se ha poblado ni Puebla de cristianos españoles, de cuya causa la dicha provincia viene en disminución nuestras rentas reciben mucho daño y yo no puede residir en la dicha tierra, ni hacer su iglesia, ni entender en las otras cosas del servicio de Dios y bien de los indios de aquella provincia". Y continúa la Real Cédula de la reina dirigida a la Audiencia: por ello, "nos suplicó y pidió por merced, mandásemos poblar de cristianos españoles el pueblo de la cabeza de dicho obispado, porque con esto la dicha provincia se conservaría y acrecentaría y él podría residir en ella y hacer las cosas que es obligado como prelado de dicha provincia, como la merced fuese. Por ende yo os ruego y encargo mucho que trabajéis en que en dicha provincia se haga pueblo de cristianos españoles en el más conveniente y aparejado lugar que os pareciere". Esta Real Cédula expedida en Ocaña el 18 de enero de 1531, fue la base para que la Real Audiencia integrada por auténticos estadistas, hombres de recta formación, sabios y prudentes, designara a uno de sus miembros al oidor Juan de Salmerón para visitar la provincia y reconocer el sitio más apropiado para la fundación. La acción combinada de Fray Toribio de Benavente, por entonces de visita en Tlaxcala, y del licenciado Salmerón hicieron posible cristalizar el deseo del obispo Garcés, se eligiera el sitio y se creara la ciudad a la cual, pocos años más tarde, la misma reina gobernadora ennoblecería cambiándole el nombre de Puebla de los Ángeles por el más importante de Ciudad de los Ángeles.

Puebla va a quedar fundada entre dos notables ciudades que los indios tenían, Cholula por una parte, uno de los centros religiosos más importantes de Mesoamérica, cuya clase dirigente destruyó Hernán Cortés durante la Conquista, pero que no perdió por ello la fuerza y tradición religiosa que se impuso a los habitantes de esa región. La otra población fue Tlaxcala, aliada de los españoles, pero ciudad en la que se dio por parte de algunos de sus dirigentes, entre otros Xicoténcatl, una tenaz resistencia a la sujeción, un grito permanente de rebeldía.

A los treinta y cuatro vecinos que se asientan en Puebla, la reina les va a conceder no paguen pecho ni alcabala por término de treinta años y se les dieran tierras en las cercanías en las que pudiesen sembrar sus huertos con plantas de Castilla, lo cual no se podía hacer en Puebla por ser tierra muy fría. De tal suerte los primeros pobladores y otros más que pronto se les unieron iniciaron la erección de la ciudad de Puebla y contaron con tierras en los alrededores de Atlixco y Huaquechula para sus labranzas, lo cual les permitió establecer próspera industria agrícola-ganadera.

Para el mes de enero de 1534, Puebla de los Ángeles contaba ya con dos alcaldes ordinarios: Francisco Ramírez y García de Aguilar, auxiliados por sus correspondientes regidores, "todos ellos de los más ricos y abonados y de más arreglada conciencia, buena vida y fama, prefiriendo a los conquistadores casados". A partir de aquel instante Puebla

creció bajo perfecta traza, se levantaron casas de todos sus vecinos, iglesias, conventos y realizaron obras públicas en beneficio de la nueva ciudad. Si el procedimiento para elegir a las primeras autoridades fue democrático, no cabe duda que poco a poco las familias principales, que formaron recia oligarquía, se apoderarían como pasó en casi todas las ciudades coloniales, de su gobierno.

Las variaciones que por razones político-económicas se establecieron posteriormente instituyendo en 1554 un alcalde mayor el cual debía ser nombrado por el monarca o el virrey, llevó al gobierno de Puebla a muy distinguidos funcionarios, como el adelantado Melchor de Legazpi quien gobernó como alcalde mayor cinco años a partir de 1599; a don Juan de Cervantes y Casaus en 1611 con dos años en el mando; a don Carlos de Luna y Arellano, mariscal de Castilla quien gobernó cuatro años a partir de 1627; a don Gonzalo Gómez de Cervantes en 1644 con dos años; don García de Legazpi y Altamirano en 1622, quien después de gobernar un año ingresó al clero y fue preconizado obispo de Durango, Michoacán y Puebla; a don Jerónimo Chacón y Abarca, del Consejo de S.M. y oidor de Nueva Galicia; y a un caso extraordinario de funcionario, don Agustín de Lesaca y Urdanivia, quien gobernó cinco años tan honestamente, que al término de ellos no tenía dinero ni para su regreso a España. Otro que mandó largo tiempo fue uno de los hombres más prominentes de su época don Juan José de Veitia Linage, del Consejo de S.M., quien fue a más de autor de obra clásica de economía, superintendente general de Reales Azogues y Alcabalas y el cual inició su mando en 1699 y lo terminó en 1722.

Si en lo político Puebla tuvo la buena suerte de ser bien regida, en lo eclesiástico también logró fortuna. Su primer prelado a más de intervenir en la fundación de la ciudad, fue excelente humanista formado en la Universidad de París, gran predicador, lo había sido del emperador y uno de los primeros religiosos que advirtieron la capacidad racional de los naturales, defendieron sus derechos a ser libres y a ser protegidos de las injurias de los conquistadores. Fray Julián Garcés, en preciosa carta latina escrita al pontífice Paulo III, uno de los príncipes del Renacimiento, le informó detalladamente de la capacidad espiritual e intelectual de los indios y le solicitó que con su autoridad apostólica declarase *urbi et orbi* que los indios eran seres racionales y por tanto debían ser tratados con dignidad como todos los vasallos del emperador, lo cual hizo el Papa a través de las extraordinarias bulas *Sublimis Deus* y la *Veritas ipsa* del año de 1537 en las cuales declaró la racionalidad de los indios y afirmó que nada podía autorizar el mal trato y despojo de los naturales, hombres racionales, del beneficio de la libertad y de las luces de la fe católica. Los subsecuentes obispos estuvieron dedicados a la formación de la sociedad cristiana, a la erección de templos colegios y realización de obras sociales de importancia.

Los nombres de fray Martín Sarmiento de Hojacastró, 1547-1557; de Diego Romano, 1578-1606; de Alonso de la

Mota y Escobar, 1608-1625; de Gutierre Bernardo de Quiroz, 1627-1638; de Juan de Palafox y Mendoza, 1640-1655 y de Manuel Fernández de Santa Cruz y Sahagún, 1676-1699, por no mencionar sino a los que ocuparon la mitra poblana y dejaron en ella honda huella durante los siglos XVI y XVII, son reveladores del buen tino de su designación y de la recta administración eclesiástica que Puebla tuvo. En esos primeros años superó a México por la calidad de sus preladados, pues después de Zumárraga, los arzobispos Montúfar y Moya de Contreras dejaron mucho que desear.

Una de las acciones más relevantes de la iglesia poblana fue el crear instituciones de enseñanza. Favoreció ampliamente los colegios de las órdenes y congregaciones religiosas establecidas en Puebla, abriendo con ello posibilidades a la sociedad poblana para educarse. El Colegio de San Luis de los dominicos, el que tenía establecido los franciscanos y los que crearon los jesuitas, los cuales se ocuparon de la enseñanza superior, hablan muy bien del esfuerzo cultural que se desarrolló.

El Ayuntamiento por su parte prohibió la apertura de escuelas elementales, celebrando contratos con diversos preceptores para que atendieran esos planteles. Bachilleres, estudiantes de clérigos y aun artistas tan notables como el pintor Lagarto fungieron como maestros de los hijos de las familias principales y fomentaron el amor al estudio.

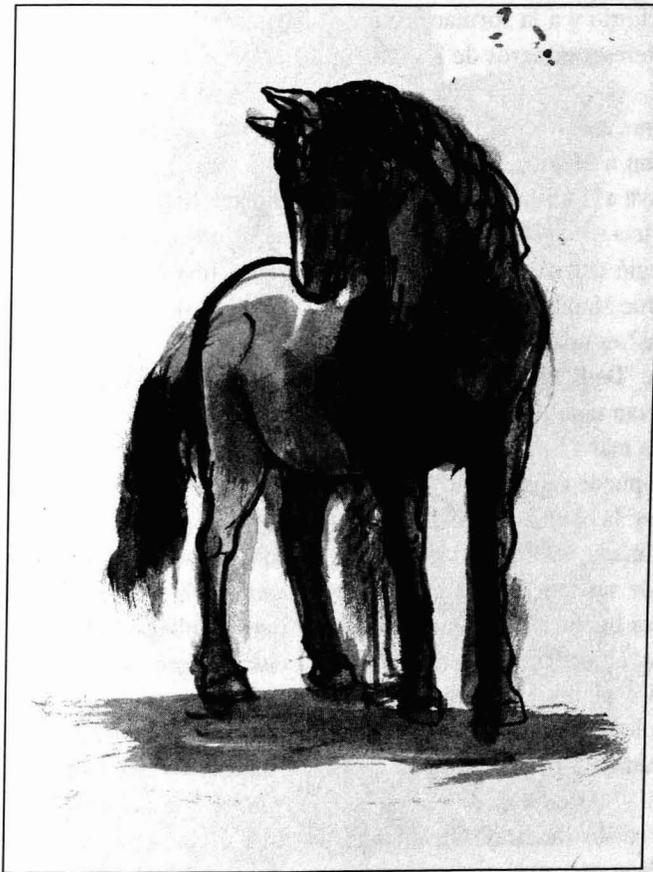
Puebla creció rápidamente en la primera y segunda centuria; ofrecía a sus vecinos excelentes servicios bien reglamentados que vigilaba el cabildo. Existían sabias instituciones enseñantes, bibliotecas, mansiones de calidad de estilo clásico, elegante, refinado como la casa del dean situada casi frente a la catedral. Tenía espaciosa plaza y paseos frondosos en la ribera del río San Francisco. La población había aumentado y crecía día tras día. Ante las inundaciones que sufría la ciudad de México, numerosos vecinos se establecieron en Puebla, reuniéndose con los que de continuo arribaban de España. Cálculos de Diez de la Calla nos hablan de que antes de mediados del siglo XVII, México tenía 3991 vecinos y Puebla 3150, con los que se muestra no iba a la zaga.

El crecimiento rápido de la ciudad atrajo a ella, no sólo a grupos de vagabundos de aventureros que provocaron en los primeros años graves desórdenes, sino también a fami-

lias principales ligadas con la aristocracia metropolitana. Comerciantes, industriales, funcionarios, clérigos, profesionistas arribaron y se acercaron en la ciudad. Ya a mediados del siglo XVI, estaba establecido en Puebla el doctor Pedro de la Torre, acusado de quiromántico y de astrólogo judicial. Estaba don Pedro casado con hermosa dama, Leonor de Osmá, cuya belleza cautivó a muchos caballeros, entre otros al joven poeta sevillano Gutierre de Cetina llegado a México en 1547 con un pariente. Enamorado, fogoso, Gutierre de Cetina rondó a la bella doña Leonor y en un encuentro callejero con sus rivales fue mal herido de lo que murió el año de 1557. La presencia de Gutierre de Cetina en Puebla, revela el ingreso de la poesía, de las bellas letras

en esa ciudad. Como lo había revelado en México Francisco de Terrazas, Cetina nos dejó como huella de su tránsito por esa ciudad uno de los más famosos madrigales en lengua castellana, aquél cuyo inicio es el siguiente:

Ojos claros, serenos
si de dulce mirar sois alabados,
por qué si me mirais airados...



La vida en Puebla, giró desde los primeros años en torno de la actividad eclesiástica; de la vida político-administrativa que fue intensificándose con el establecimiento de instituciones como la Santa Hermandad, la Oficina de Azogues, el comercio de harinas de la zona triguera de Atlixco que se embarcaban rumbo a Cuba,

Puerto Rico, Santo Domingo; del tráfico mercantil que aportaba por una parte la Nao de China y de cuya ruta, Acapulco-Veracruz cruzaba por Puebla dejando crecidos beneficios; del establecimiento de obrajes y fábricas de textiles a las orillas de sus ríos, los cuales al crecer en cantidad y calidad se exportaban a Perú, llegando a establecer fuerte competencia con las telas que procedían de España, por lo cual fue prohibido por disposiciones reales y descabezado ese comercio que tanto beneficiaba a Puebla. La prohibición de que continuara desarrollándose la industria textil poblana y se detuviera el comercio con Perú fue uno de los golpes más fuertes sufridos por industriales y comerciantes poblanos y la economía novohispana provocó el cierre de numerosos centros de trabajo, limitó para la Nueva España la posibilidad de abrirse rutas y mercados comerciales dentro del im-

perio y perjudicó a uno de sus centros industriales más importantes.

Como el territorio poblano no abundó en zonas mineras que provocaban rápidamente el auge de determinadas regiones como Zacatecas, Guanajuato y San Luis, la economía se diversificó en otros renglones, principalmente los agrícolas e industriales. Así surgieron talleres productores de cerámica, vidrio, jabón, textiles y una artesanía variada, rica que muestra las influencias de las artes indígenas, españolas y orientales y que hacen de la provincia poblana una de las más ricas del país.

El establecimiento en Puebla de la Oficina de Azogues, materia indispensable para el laboreo de las minas, abrió la puerta a una burocracia especializada, a una amplia red de comunicaciones por todo el territorio y a la formación de una capa social ligada con los intereses mineros de los criollos novohispanos.

Una ciudad con este movimiento, a salvo de inundaciones y otras calamidades que afectaban a México, se desarrolló ampliamente y llegó en el siglo XVII a rivalizar con la capital. De esta rivalidad surgirían las sátiras e invectivas entre una y otra población, sátiras que recogió con sabrosos comentarios, ese poblano de estirpe que fue Manuel Toussaint. "Para lenguas y campanas, las poblanas" es una de ellas y otra reveladora de la industria poblana: "De la Puebla, el jabón, la loza y no otra cosa"; a más de la tan manida de "Mono y perico poblano, no lo toques con la mano/ cójelo con un palito porque es animal maldito y te puede causar daño".

Mas esta invectiva no quita que la ciudad de Puebla haya formado una sociedad culta, refinada, inclinada a las bellas artes y a las letras. El número de sus ingenios es infinito y justamente como resultado de su herencia indígena y española su ideología es contrastada, en ocasiones opuesta y radical. De los colegios y de las órdenes y congregaciones surgieron canonistas, teólogos, letrados en las ciencias humanas y divinas los cuales figuraron tanto en el cabildo civil como eclesiástico. Muchos irían a México a graduarse en las aulas universitarias y brillarían en sus cátedras. Otros como funcionarios desempeñarían diversas tareas en la administración, desde donde escribirían alegatos, representaciones, biografías de curas y monjas, relaciones de actos notables. Un cronista de la ciudad de Puebla mencionará que en ella vivían "mozos de muy buenas costumbres y respetos y los que se dan a las letras (que no son pocos hoy y antes han sido muchos), han llegado por oposiciones literarias a ocupar cátedras, curatos, beneficios, y prebendas y en las religiones, puestos honoríficos, con aplauso general de naturaleza y extraños..."

En este grupo diéronse algunos sobresalientes, de profundos conocimientos, vasta y universal cultura y relacionados con los pensadores más salientes de la Europa. Uno de ellos Alejandro Fabiano, presbítero secular, cuyo saber y erudición fue elogiado por el célebre sabio Atanasio Kircher, uno de los hermetistas más connotados del mundo europeo. Kircher quien apreció la inteligencia y la obra de Fabiano, le

dedicará su obra *Magneticum Naturae Regnún* diciéndole: "A Alejandro Fabiano, natural del Nuevo Mundo, insigne teólogo, filósofo y matemático, y en el reino de México fundador munificentísimo, de una congregación de presbíteros seculares de Cristo, le desea felicidad Atanasio Kircher de la Compañía de Jesús." Sabio de proyección universal, semejante al que después lo sería don Carlos de Sigüenza y Góngora, fue este insigne poblano.

Junto con los propios, a Puebla llegarían otros esclarecidos varones bajo la protección de sus obispos. En esa ciudad realizarían intensa producción, intervendrían con sus luces en la vida de la iglesia y en la resolución de problemas sociales, todo ello con tino y prudencia. Uno de ellos que actúa en el cabildo de la catedral en la primera mitad del siglo XVII fue Juan Rodríguez de León. Este personaje forma parte de la célebre familia León Pinelo, que descendía de judíos conversos y que por esa razón fue perseguida y postergada, no obstante que sus tres miembros principales, Antonio de León Pinelo, Diego de León Pinelo y Juan Rodríguez de León, lograron escalar puestos importantes en la judicatura como Antonio, en la vida académica como Diego que fue rector de la Universidad de San Marcos y como Juan, quien después de haber brillado como gran orador sagrado en España, opta por una canonjía en Puebla, en donde ya no fue molestado. Pues bien, Juan Rodríguez de León, sepultado en la catedral poblana, ocupó lugar preponderante en el cabildo catedral y nos dejó valiosas obras cuya publicación preparamos. Don Juan de Palafox y Mendoza, notable jurista, cultivó amistad tanto con Juan como con Antonio y propuso que la *Recopilación de Leyes de las Indias* que había formado Antonio fuese publicada en Puebla, pues el obispo había logrado que Puebla fuera la segunda ciudad novohispana que contara con imprenta, para lo cual llevó a esa ciudad a los impresores Pedro Quiñones, primero en 1642 y al año siguiente a Juan Blanco de Alcázar y Francisco Robledo.

Y ya que hablamos de don Juan de Palafox y Mendoza, uno de los gobernantes civiles y eclesiásticos más relevantes del siglo XVII, debemos hacer mención de cómo en cumplimiento de su misión episcopal y de los dictados del Concilio de Trento, decidió crear, cabe su catedral, los colegios tridentinos destinados a la formación del clero de su diócesis. Para ello fundó en orden jerárquico el colegio de gramáticos de San Juan, el de filósofos de San Pedro y el de teólogos de San Pablo, erigidos en preciosos edificios característicos de la arquitectura poblana, los cuales bordean su imponente catedral, la más armónica y de un solo estilo en Nueva España. Palafox al establecer sus colegios pensó en la formación de su clero, pero también en la de la sociedad poblana, pues de esos institutos surgirían numerosos dirigentes que influyeron en la vida social e intelectual no sólo de Puebla, sino también de Oaxaca, Chiapas, Yucatán, Guatemala y otras regiones.

Para que pudiesen ser centros de sólida formación, creó serio grupo de maestros y les dotó de su biblioteca personal,

rica y selecta, la cual ennoblecería con notable estantería y enriquecería con un legado mayor, otro príncipe de la iglesia, el obispo Fabián y Fuero, en el siglo XVIII. De toda suerte el origen de la biblioteca palafoxiana, organizada y amueblada posteriormente tomando como modelo a la biblioteca de la Universidad de Salamanca, se debe a la amplia visión cultural y política de Juan de Palafox y Mendoza.

Hombre incansable, de enorme carácter y valor, Palafox quien gobernó la diócesis de Puebla de 1640 a 1649, estuvo en contacto con la sociedad indígena. Percibió su carencia de bienes materiales y su riqueza de espíritu, su capacidad racional, fina sensibilidad, agudeza intelectual y su finura en el obrar, pero también su desamparo e indefensión. Por ello, como pastor celoso y vigilante de la grey puesta a su cargo, escribió al monarca Felipe IV preciso y precioso memorial en torno de "las calidades, virtudes y propiedades de aquellos utilísimos fidelísimos vasallos de las Indias". En ese escrito claro, conciso y redactado con verdad y amor, Palafox, ensalza las virtudes del indio, afirma que de los vicios capitales están exentos y son virtuosos e inocentes. Alaba enseguida las calidades de los naturales, su capacidad para todo género de instrucciones y conocimientos, su condición mansa y humilde; y, con una convicción fruto de su experiencia como obispo, visitador y virrey, solicita del rey les ampare y proteja. En todo su discurso Palafox se convierte en un eco de lo que el primer obispo de Puebla, fray Julián Garcés, escribiera

al pontífice. El mismo raciocinio claro, cierto, contundente, lleno de un contenido social inaudito, es el que encontramos tanto en la carta a Paulo III escrita en 1536, que en este memorial de Palafox redactado poco después de 1649. Ambos prelados, directores de la sociedad de su época vivían preocupados por el bienestar de los indios, por su mejoramiento y transformación.

Al mencionar la pobreza de los indios, Palafox va a escribir este párrafo valiente en el que contrasta la mísera situación del indio con las ventajas que el Estado español obtiene de ellos.

Y lo que es más admirable en mi sentimiento señor, es que siendo tan pobres en su uso y afecto estos naturales indios y tan desnudos, son los que visten y enriquecen el

mundo y en las Indias todo lo eclesiástico y secular. Porque su desnudez, pobreza y trabajo, sustenta y edifica las iglesias, hace mayores sus rentas, socorren y enriquecen las religiones y a ellos se les debe gran parte de la conservación de lo eclesiástico. Y en cuanto a lo secular, su trabajo fecunda y hace útiles las minas, cultiva los campos, ejercitan los oficios y artes de la república, hace poderosos los de la justicia, paga los tributos, causa las alcabalas, descansa y alivia los magistrados públicos, sirve a los superiores, ayuda a los inferiores, sin que haya cosa alguna desde lo alto hasta lo bajo en que no sean los indios las manos y los pies de aquellas dilatadas provincias, y si se acabasen los indios se acabarían del todo las Indias, porque ellos son los que las conservan a ellas y, como ovejas mansísimas ofrecen la lana para cubrir ajenas necesidades y como pacientísimos bueyes cultivan la tierra para ajeno sustento y, ellos, señor, y yo, todos cuantos bien los queremos y solicitamos su alivio, nos contentaremos con que padezcan, trabajen y fructifiquen como sea con un moderado y tolerable trabajo y pena, y sólo represento sus méritos y virtudes para que Vuestra Majestad se sirva de ampararlos en su padecer intolerable.



De esta suerte, en esa memorable representación, el obispo de Puebla revelaba la triste situación de los indios y solicitaba al monarca hiciera menos agobiante y miserable

su existencia. Como la epístola de Garcés, esta representación está impregnada de un alto contenido social. La conquista, la dominación, la formación de un vasto imperio debía servir para exaltar a los naturales, defenderlos y no para cargar sobre ellos los vicios de la injusticia y explotación.

Muchas obras de interés social realizó Palafox: colegios para niñas, hospitales y orfanatorios para utilidad del pueblo, todo con un amplio sentido de amor al prójimo, sobre todo al más desheredado.

En este sentido debemos hacer mención de otra figura importante de la iglesia poblana, la de don Andrés Arce y Miranda, natural de Huejotzingo, gran predicador y teólogo y amigo entrañable de Eguiara y Eguren, a quien facilitó rica información bibliográfica y sabios consejos. Presentado

para ocupar la mitra de Puerto Rico, renunció a ella para poder seguir sirviendo a sus feligreses de la parroquia de la Santa Cruz en Puebla y dirigirlos por el recto camino de las virtudes. En las diversas parroquias que ocupó, entre otras la serrana de Tlatlauqui, vivió preocupado por el bienestar de la sociedad. Sus sermones muchos y buenos como afirmaba Eguiara, están llenos de exhortaciones contra los vicios, sobre todo la embriaguez. En ellos hace sensatas reflexiones sobre la conducta moral de la sociedad y reproduce las inquietudes que Palafox tuviera un siglo antes. En uno de ellos fechado en 1776 afirma con vehemencia:

Los indios... aquella gente pobre y desvalida, de quien tanto mal se habla y aun se escribe. Mas si a mi me habilita a poder hablar algo en esta materia es la experiencia de veinte años de cura de ellos, no puedo menos, cuando oigo semejantes expresiones que llenarme de compasión y exclamar... ¡Oh pobres indios que de nada servís, más que de servir! Con más justicia y equidad proceden los que atendiendo al provecho y utilidad que de ellos nos resultan, dicen: Estos son unos pobres que nos enriquecen, unos desnudos que nos visten, unos hambrientos que nos hartan y unos inútiles que nos sirven. En la realidad es así, pues si preguntamos ¿quiénes fabrican las casas que habitamos? No hay otra cosa que responder sino los indios. ¿Quiénes cultivan los campos que nos dan el sustento?... Los indios. ¿Quiénes cuidan de día y de noche el ganado que nos sirve de alimento? Los indios. ¿Quiénes por la mayor parte sacan la plata y el oro de las minas? Los indios. ¿Quiénes proveen a la República de miniestras, versas, maniobras y utensilios para el uso de la vida? Los indios. ¿Quiénes han fabricado en ambas Américas tantas iglesias y templos en que se adora al verdadero Dios? Los indios. ¿Quiénes en esta Nueva España mantienen tantas parroquias, sin otros fondos ni fábricas para su culto que sus pobres jornales? Los indios. Es verdad que así lo lleva de suyo su naturaleza y genio, pues cuando en todas las demás gentes de esta América prevalece el espíritu dominante y el orgullo de mandar, en los pobres indios no se descubre más que el del abatimiento y el de servir; de suerte que de estos miserables me parece verificarse puntualmente lo que se imaginó Aristóteles de ciertos hombres, que dijo nacer por su naturaleza esclavos o siervos, contra el derecho de la común naturaleza que a todos los hombres nos hace libres. Y dígoles porque no sólo los españoles, sino también los negros, mulatos y chinos tan inferiores a ellos en la pureza de sangre, tienen ánimo para mandarles y audacia para vejarnos; y ellos no tienen espíritu para resistirles, con que vienen a ser criados de nuestros criados y siervos de nuestros mismos siervos... No es negable que tienen los indios varios vicios y nulidades, como la embriaguez, la mentira, hurtillos y otros, pero si se leen bien las historias de su gentilidad, se hallará que casi todos vienen de nuestro mal ejemplo: el trato de la gente que se llama de razón lo

ha contagiado. Y así es observable que los indios, cuanto más distantes de México y Puebla y otros lugares populosos, tienen menos malicia y conservan mucha parte de su nativa inocencia. A estos vicios por mucho que se exageren, prepondera con exceso un gran cúmulo de virtudes, su pobreza es extremada y su codicia de bienes ninguna; su humildad es suma y el aprecio de sí mismos muy poco.

En este trozo advertimos cómo cien años después que don Juan de Palafox escribiera su célebre memorial sobre las virtudes del indio y pedía al rey les amparara, su situación había empeorado. La sagaz observación de Arce y Miranda sobre la mala situación de los indios explica su preocupación por sacarlos de ese estado, extirpándoles sus contados defectos y elevándolos a un estadio social más justo e ilustrado.

Y en otro campo, debemos hacer mención de la preocupación no sólo de un poblano sino de todo un grupo por desbaratar las calumnias de algunos intelectuales europeos que motejaban a nuestro continente de salvaje e inculto, incapaz de ningún aprovechamiento intelectual y a los americanos, en el caso concreto los novohispanos, de rudos e ignorantes, carentes de inteligencia y espiritualidad. Fue el grupo poblano con Villasánchez, Arce y Miranda, Cordero y otros doctos hombres de estudio, los que más vehementemente contrariaron y combatieron los infundios de connotado publicista español, el dean Manuel Martí, quien afirmaba ser las Indias un continente privado de luces y de ilustración. Ellos fueron los impulsores para que don Juan José de Eguiara y Eguren redactara la más terminante e inteligente respuesta a las calumnias contra la sociedad novohispana, contenida en su grandiosa *Bibliotheca Mexicana*.

La de este grupo de sabios y patriotas poblanos es la defensa de la sociedad, no la de un grupo, sino la de toda la comunidad novohispana.

El mismo elevado tono tiene la representación, que es, del dominico Juan de Villasánchez, quien analiza en su obra *Puebla sagrada y profana* la innoble y tortuosa política del Estado español, el que por proteger los intereses de un grupo de peninsulares, y sus comerciantes, estranguló el desarrollo de la economía poblana, de su creciente industria textil que nos abría enormes posibilidades de crecimiento y de una comunicación interamericana amplia y ambiciosa que hubiera dado amplias posibilidades de crecimiento a los reinos de Perú y Nueva España.

En estas manifestaciones en favor de la sociedad novohispana encontramos el hondo sentido social que el desarrollo de Puebla y su historia tienen. Y ese contenido es fruto de la recia formación cultural, humanística y cristiana de los hombres más salientes que Puebla ha tenido. No en balde fue trazada bajo signos renacentistas dibujados por los ángeles. ◇

El Olivar, en lluvioso julio de 1993.

La región de Puebla en la época prehispánica

Para entender la historia antigua de Puebla hay que observar la geografía regional, se trata de un extenso valle que está delimitado por una serie de volcanes, lo que a ojos de los hombres que en épocas remotas se acercaron en él, constituía algo mágico y maravilloso. Si México ha sido llamado con justeza: "Tierra de Volcanes", es al valle poblano-tlaxcalteca al que mejor le asienta el sobrenombre. Al oriente se asoma la cúspide impresionante del Citlaltépetl, mal llamado Pico de Orizaba, pues no es de ninguna manera exclusivo de esta lluviosa población, sino que sus extensas faldas abarcan tierra de dos estados, con un buen número de serranías, vegas y vallezuelos.

Al norte se alza con majestuosidad la eminencia de la Malinche, llamada en otro tiempo Matlalcuéytl, "la de la falda de red", nombre que ostentaba la diosa de los ríos, de los manantiales y fuentes brotantes; objeto de constante culto que la irrupción europea o la modernidad no han podido borrar del todo. En sus inmediaciones aún se asientan belicosos descendientes de los intrépidos guerreros, que como sus ancestros, empuñan las armas a la menor provocación. Lugar especial merece la "Sierra Nevada", en donde emergen los volcanes concatenados, el "Cerro que humea" o Popocatépetl y su compañera eterna: el Iztaccíhuatl, mujer blanca que recuerda a la diosa de la sal, aunque para muchos signifique lo que a primera vista parece: "la mujer dormida". Ambas montañas irradian su

fuerza y reciben el culto de sus devotos; los "graniceros" que les cantan, bailan y pronuncian con respeto sus nombres esotéricos: "Rosita" y "Gregorio". Les suplican, como antes lo hicieran los tlamacazque sagrados, que envíen el líquido precioso que se pasea por los cielos en forma de nubes pesadas. Sobre ellas juegan los tlaloques, diocillos traviesos que cargan enormes ollas de agua y que a veces la arrojan violentamente para refresco de la tierra y bienestar de la humanidad. Al sur la Sierra del Tentzo y de Chalchihuapan, puerta del declive que conduce a la Mixteca y al sureste *quasi* infinito. En medio de tan eminentes guardianes está el plano inclinado que forma el cauce natural del Atoyac, palabra que significa eso: "río", como quien dice un "río, río", y también un infinito número de arroyos y manantiales, los que otrora conformaron lagunas y enormes charcos.

Éste fue el "paraíso terrenal" al que arribaron emigrantes de todas partes, especialmente del oriente y sur, los descendientes de los olmecas costeros, que se mezclaron en el camino con los otomíes, popolocas y nahuas, dando lugar a numerosos asentamientos, siempre cercanos a los abastos acuáticos por obvias razones.

Los antecedentes, por ubicación, más cercanos a lo que hoy es la ciudad de Puebla, se encuentran en la ex hacienda de Amalucan, al este de la capital estatal, en donde se construyeron plataformas para casas de la casta dominante, con su teocalli o templo en el basamento más alto. Fue un

asentamiento de regular tamaño que floreció desde antes de Cristo hasta unos dos siglos después, subsistiendo a base de una agricultura intensiva que se apoyaba en un sistema de riego impresionante, con canales que a veces llegan a tener trece metros de anchura y cientos de metros de longitud. Parte de este sitio, barrancas de por medio, lo constituye Manzanilla, con numerosas terrazas y algunas estupendas canchas para el juego de pelota, que ya desde entonces era popular.

Este complejo sostenía relaciones muy estrechas con otros cercanos, como el de Totimehuacan, en donde se construyó una gigantesca pirámide, mejor dicho, se revistió un cerro que fue recortado para darle la terminación acostumbrada; en su interior se excavó una tumba de tiro, cuya cámara contiene un sarcófago con símbolos de ranas, asociación clara al agua, a cuya dedidad seguramente estuvo consagrado el templo. Esta pirámide-tumba y la de Palenque, son las únicas en Mesoamérica que ofrecen esta característica. El basamento de Tepalcayo, como se le llama, constituye un ejemplo del trabajo comunitario que la fe lograba en esos tiempos de tecnología difícil y tumultuaria.

Las ciudades, si así se quiere llamarlas, se conformaban de calles bien delineadas a donde confluían estrechos callejones y laberínticas rúas, acceso para los solares escondidos. La élite habitaba cerca del centro ceremonial, destacando sus casas por desplantarse de plataformas con sus escaleras an-

chas, sin importar que los accesos fueran angostos. Altos techos de palma con extremos de oreja, a veces tejidos armoniosamente y pintados de vivos colores, otras con terrados y crestas de madera. Encerrando esta parte principal estaban los pobres, con sus xacallis o casas de palma, lodo y varas, a veces con el terreno para la milpa o sementera, o simplemente apretadas unas con otras. Las muestras de cerámica revelan estrechas relaciones con sitios lejanos, incluso del Bajío o de los va-

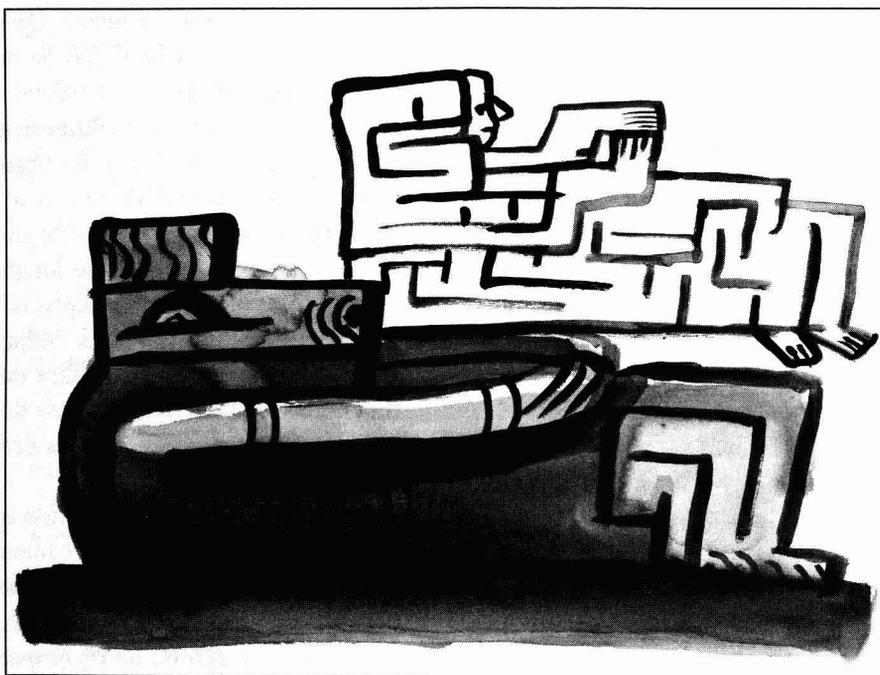
volumen varias veces, hasta lograr, hacia el siglo IV de nuestra era, uno de los monumentos más grandes en la historia de la humanidad: un basamento piramidal de cerca de cuatrocientos cincuenta metros por lado, y una altura de sesenta y cinco, lo que lo hace dos veces mayor que la Pirámide del Sol en Teotihuacan, y cuatro veces más grande en volumen que la de Keops. En su plataforma superior hubieran cabido, si se permitiera, unos diez mil danzantes, pues la devo-

antigua de México y uno de los más simbólicos. Muchos otros templos alzaban sus crestas en el Tlachihualtépetl, la mayoría alrededor del principal, y otros no menos importantes en los barrios, muchos de los cuales eran habitados por etnias bien definidas de otras partes: barrio mixteco, zapoteco, popoloca, totonaca, otomí, etc., un mosaico de pluralidad que daba a la ciudad el grado de cosmopolita.

Su templo y su mercado hicieron de la urbe uno de los centros naturales de Mesoamérica, por lo que todas las rutas y caminos partían o concluían en sus plazas y callejuelas. Bajo su protección prosperaron muchos pueblos de escasas dimensiones, de intensa agricultura que sustentaban a la cabecera y al mismo tiempo se nutrían de ella. En cada uno se repetía el patrón urbanístico, con la modestia u ostentación que sus posibilidades permitieran.

Nadie pudo sustraerse de la influencia del Tlachihualtépetl, ni siquiera la lejana Teotihuacan que expendía cerámica, joyas, textiles, tinturas y dioses elaborados aquí y llevados allá por las caravanas-hormiga de comerciantes, savia constante que circulaba por esas arterias vitales de comunicación cultural.

Hasta la ciudad-santuario llegaron, primero en discretas caravanas y luego en oleadas incontenibles; buscaban mejores tierras sin importar de quién fueran. Sus embates conmovieron a la sociedad del siglo VIII, hasta derribarla violentamente. Venían del sur, desde las costas de Tabasco y Campeche, se mezclaron con gente de Veracruz y Oaxaca y avanzaron, se llamaban a sí mismos "olmecas xicalancas", por sentirse descendientes de la Cultura Madre. Sin embargo no eran cultos, pues en su prisa por apoderarse de tierras ajenas, no respetaron ni la belleza ni la grandeza del santuario. Sus huestes bárbaras arrasaron todo, incendiaron el templo y derribaron sus escalinatas. Todo ardió y se destruyó, la población aterrorizada buscó refugio en otra parte; queda-



lles centrales de Oaxaca, y por supuesto, con las metrópolis imponderables de Cholula y Teotihuacan.

De todos los asentamientos del valle destaca en primerísimo lugar la Ciudad Sagrada del Tlachihualtépetl o "Cerro Hechizo", fundada a orillas de una laguna con su teocalli principal que se ubicó sobre el manantial santo. Al lado del santuario prosperó el mercado que poco a poco se desarrolló como el más importante del Altiplano. Lo sagrado y lo comercial conjuntaron un bienestar que redundó en arquitectura monumental, caminos, calzadas, depósitos de agua, palacios y arrabales.

Fundado hacia el siglo VI antes de Cristo, el Tlachihualtépetl llegó a un desarrollo sin precedentes, a tal grado que el templo primordial aumentó su

ción e importancia del dios Chiconahui Quiáhuitl (Nueve Lluvia), se reflejaba en la monumentalidad de su templo. Cuatro calzadas corrían a los puntos cardinales, una de ellas con más de dos kilómetros de longitud, a los lados se alineaban palacios de impresionante belleza, con murales en sus fachadas y vivos colores por doquier. Para fortuna se conserva uno de ellos de 62 m. de largo por 2 de alto, representa una ceremonia en que los participantes beben, al principio moderadamente y luego, a medida que la escena avanza, muestran claros signos de embriaguez, festín litúrgico en honor de la deidad del octli (llamado pulque por los españoles), que exigía una borrachera ritual cada cuatro años. El "Mural de los Bebedores" es el más largo de la etapa

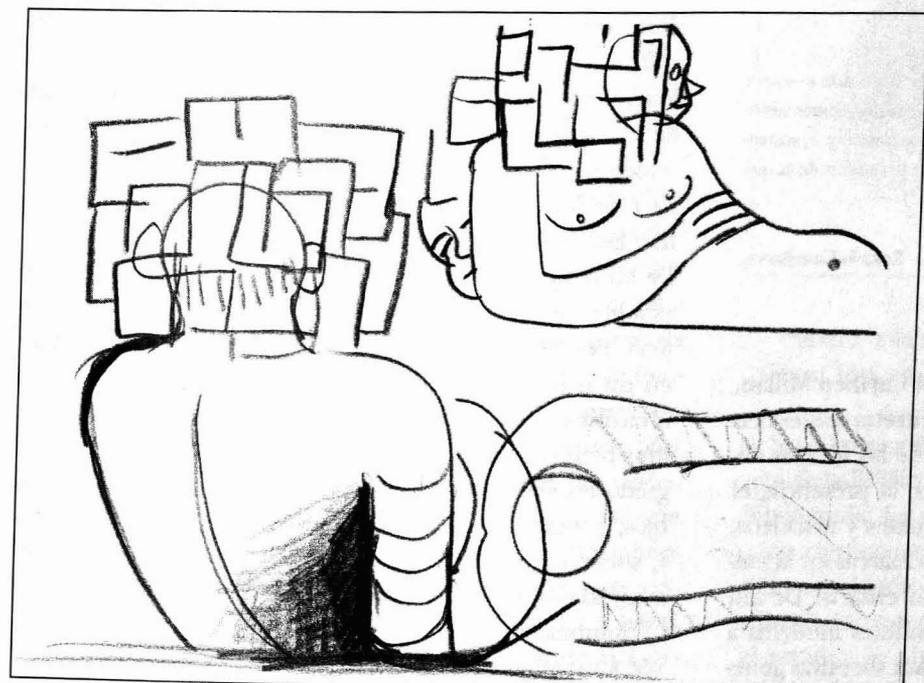
ron algunos, los que no tenían a dónde ir. Tuvieron que sufrir la esclavitud e intolerancia de los conquistadores que sin tomar en cuenta la antigüedad y sacralidad del lugar, cambiaron el asentamiento a las orillas de la vieja ciudad, construyendo un nuevo templo, ya no en el manantial sagrado ni al mismo dios, pero con la misma determinación y con idéntico esfuerzo de la muchedumbre trabajadora.

Los olmecas xicallancas proyecta-

gando contingentes de antiguos habitantes de Tula, los que se llamaban toltecas, gente pacífica de mucha civilización, la que al principio no fue aceptada hasta que se los permitieron pero en calidad de esclavos. Poco a poco los toltecas laboriosos e incansables, se apropiaron de los medios de producción para que en 1292, quedaran con el mando del sistema político religioso. La ciudad se tornó tolteca y la gente empezó a llamarla "Cholollan", que significa: "Lugar de los que

dos del centro norte, como los chichimecas que establecieron Tlaxcallan y cuyas tierras colindaban con las de estos señoríos. Dichas colindancias, al no estar perfectamente delimitadas, provocaban lagunas territoriales, verdaderas *in pace o statu quo*, que eran reclamadas por todos y ocupadas por ninguno. Tal era el caso de la parte central del valle, cuya planicie era cortada por los cerros Amacueyaltépetl (Loreto), Centepec (La Paz) Tepoxochitl, Iztlitépépetl (Las Navajas) e Izta-tépetl (La Calera), cruzando por el arroyo Almoloyan o Huitzilapan (San Francisco) y cercano al Atoyac; excelente región intocada que provocó la extensión de los bosques que cuajaban las faldas de red de la montaña Matlalcúeytl (Malinche). Los otomís que alguna vez estuvieron aquí, asentados al norte del Amacueyatl (Loreto) le llamaron Thaxet, pero después el vocablo desapareció, como lo hicieron sus habitantes primitivos, quienes sólo dejaron como testimonio algunas tumbas y ofrendas (en lo que hoy es Unidad Deportiva). Las orillas del Atoyac fueron ocupadas por algunas aldehuelas que hicieron terrazas y hasta montículos de escasa envergadura, pero igualmente devotos que los grandes monumentos urbanos.

La conquista que de Cholula hicieron los belicosos huexotzincas no alteró la distribución territorial, ni siquiera cuando los mexica-tenochca arrasaron la región y encumbraron a sus aliados de Tepeyacac (Tepeaca). El triunfador Axayácatl contempló el paisaje, impuso una fuerte tributación y regresó contento a sus lares. El valle poblano-tlaxcalteca permaneció impenetrable y listo para que, en el rincón del mismo, al pie del cerro Amacueyaltépec, en donde algunos llamaban al sitio Cueltlaxcohuapan (lugar de despellejamiento de víboras) a iniciativa del fraile Motolinia y de sus seguidores, se fundara la Puebla que los ángeles se encargarían de diseñar para honra y gloria de Dios y provecho del prójimo. ◇



ron la influencia de la metrópoli sagrada hasta lejanísimos confines, de tal forma que el tianquiztli se convirtió en el más grande y surtido de toda Mesoamérica. El teocalli se dedicó a Yacatecuhtli, el dios de los comerciantes, que desde la cúspide del enorme basamento presidía el imponente mercado y contemplaba las peregrinaciones multitudinarias.

Este segundo aire de la ciudad del Tlachihualtépetl se reforzó con el desarrollo de poblaciones cercanas que surtían de bienes y mano de obra a la urbe. Los antiguos pueblos dieron lugar a otros con distinta filiación, pero ocupando las fértiles tierras de labor. Uno de estos asentamientos fue Cacaxtla, en donde residió uno de los gobernantes de la sede sagrada.

Para finales del siglo XIII fueron lle-

huyeron", refiriéndose a los que huyendo de Tula, se habían refugiado aquí.

La toltequidad hizo florecer a toda la región en las artes e industrias, la religión llegó a sus expresiones externas más sublimes. Se escribieron códices, cánticos, poesías, se levantaron palacios y obras públicas, de tal forma que Cholollan fue en ese tiempo la urbe mayor de Mesoamérica. Los toltecas también acrecentaron los pueblos de Totomihuacan y Cuauhtinchan, en donde se asentaron los clanes y castas de reconocido linaje, descendientes del mismo Ce Acatl Topiltzin: "Quetzalcóatl". La región del valle se llenó de pueblos prósperos: Tecali, Amozoc, Almecatla, Hueyotlipan, Chachapan, Cuautlancinco; y hasta de la vecindad de pueblos recién llega-

Mujeres de letras en el mundo

A Elena Urrutia.

O mejor, al recitarte a ti misma el relato, he aquí que nosotros nos convertimos en ti misma; el relato y tú misma somos nosotros, tú que nos eras la inconciliable: el texto mismo y su sustancia y su movimiento de mar y la gran túnica prosódica de la que nos revestimos.

Rosario Castellanos.

Desde el Valle de Puebla y las montañas

Los nombres de Elena Garro, María del Carmen Millán, María Lombardo de Caso, Ángeles Mastretta sobresalen cuando se examina la literatura mexicana de las últimas décadas, tan rica y llena de empuje. La obra, la presencia, el estilo de participar, en los foros intelectuales y artísticos, que cada una de ellas moldea, han creado marcas en la cultura, a la vez que modos de hacerla y enfrentarla. De ahí que las cuatro se hayan convertido en posibles modelos a elegir, junto a otras mujeres destacadas, para sucesivas generaciones de estudiantes o de escritoras. Admira cómo estas mujeres originarias del Estado de Puebla trascienden límites, regionalidades, condición. María del Carmen Millán y María Lombardo de Caso nacen en Teziutlán; Elena Garro y Ángeles Mastretta, en la capital del Estado. Las cuatro siguen trayectorias diferentes, con objetivos vitales que las colocan en la vanguardia de sus respectivas generaciones. Pronto dejan Puebla en busca del mundo, de todo el mundo, para instalarse en uno de sus centros y vivir en lugares ganados con imaginación, talento y esfuerzo. Al parecer, la más veloz en iniciar el recorrido fue Elena Garro, nómada desde la primerísima infancia, alejada para siempre de Puebla como de otras regiones, otras ciudades, otros países. El destino de la Garro, soledad en llamas, transmuta en sal los espacios que habita Elena. La mujer pierde trágicamente, pero tiene el don de recuperar el futuro, de inventar el pasado y la vida con la escritura. Angeles, María del Carmen y María se acercan a la universidad y para ello tienen que emigrar. El camino que recorre la Millán y la conduce a la universidad es propicio. La lleva a encontrar su destino: formar a otros seres, descubrir al mundo la literatura mexicana. Permanecerá en la Universidad Nacional Autónoma y

desde ese ámbito, abierto a todos los caminos, influirá en la cultura nacional. Ella y Lombardo de Caso, arqueóloga a quien se le ha denegado el reconocimiento o la valoración de sus importes aportaciones, ya emprendieron el viaje sin retorno (María colaboró en el hallazgo de la Tumba número 7 de Monte Albán, pero su profesionalismo y trabajo se han tasado inexistentes, como si ella hubiera sido invisible). De Millán y de Lombardo de Caso, queda la obra. Aparte de esta herencia, dejan la responsabilidad de valorarlas con justicia. Por su parte, la más joven, Ángeles Mastretta, destaca en un primerísimo plano. Visible para el público, que la identifica por sus apariciones en la televisión, sabe llevar muy bien el enorme éxito de su novela. Por lo pronto ha seguido escribiendo, y el futuro literario se extiende ante sus ojos, grandes como los de sus personajes, pero más audaces y, sobre todo, más observadores. Audacia para ver y para decir lo que se ve.

Combinación que ha seducido a sus innumerables lectores, atrapados por la gracia fluida de su prosa desnudadora.

Teziutlán de Millán

Y tantas veces Atlixco y su Teziutlán, peñas arriba; y siempre Puebla. Ah, María del Carmen... maestra. Hermana providente.

Héctor Azar(1991).

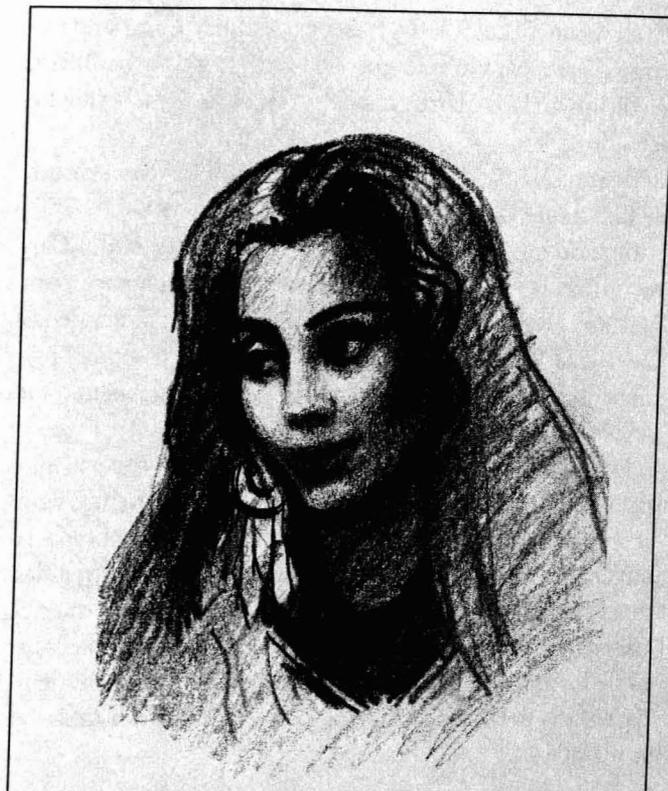
María del Carmen Millán y Acevedo fue declarada hija predilecta de Teziutlán en 1967. En ese año, el curriculum vitae de la Millán ya se distinguía por lo nutrido y noble de sus logros académicos; empezaban los homenajes y reconocimientos. Entre los renglones apretados de esta lista también podía leerse la decisión de un proyecto vital no tan frecuente o factible en ese entonces. La Millán fue pionera al dedicarse, literalmente, en vida, inteligencia y voluntad a la academia. La evocación precisa de Luis Mario Schneider recupera la presencia de la persona, la entrega que sigue beneficiando a los interesados en la literatura. Escribe Schneider en su "Reconocimiento y notas para esta edición" a las *Obras completas* de María del Carmen Millán:

La personalidad, la obra de María del Carmen Millán, quizás hasta ahora la intelectual, la mujer más célebre del Estado de Puebla, estuvo siempre orientada al magisterio y a la investigación. También a un único propósito, a un único sendero: la ordenación y el análisis sobre la cultura, sobre la literatura mexicana (...) con plena conciencia, con la seguridad de una vocación eligió y —a veces pensando sacrificando el placer de su propia vida— supo que el camino era la cátedra, la formación y el encuentro con discípulos y la elaboración de una obra personal a través de libros, de prólogos, de estudios, de artículos y antologías (p. 7).

De hecho, María del Carmen Millán creó cimientos para la investigación y la docencia de las letras mexicanas e impulsó el conocimiento y la difusión de la literatura de México. Egresada de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México, obtuvo el grado de maestra en letras (Magna Cum Laude) en 1952, y diez años después el de doctora en letras (mención honorífica). Su Alma Mater constituyó el terreno generoso para el desarrollo de una carrera que transgrediría cualquier límite establecido para una mujer. En la Universidad Nacional Autónoma de México fue profesora de tiempo completo de materias como Literatura Mexicana, Seminario de Literatura Mexicana, entre otras, que manifiestan una vocación comprometida con las letras mexicanas desde siempre. Por ejemplo, en su tesis de maestría *El paisaje en la poesía mexicana* se acerca a este territorio, que le sería tan propio y al que ayudó a construirse como campo de estudio. En 1962 obtiene el doctorado con la tesis *Literatura mexicana*, que se convirtió en el libro fundamental para aproximarse a las letras de México. Al ingresar a la Academia Mexicana de la Lengua, en 1975, con el discurso “Tres escritoras mexicanas del siglo XX (María Enriqueta Camarillo, Concha Urquiza y Rosario Castellanos)”, María del Carmen Millán se convierte en la primera mujer que en México es nombrada miembro de número, y probablemente en la primera de todos los miembros en destacar la obra de mujeres en un acto así. Su incorporación a la Academia Mexicana de la Lengua fue muy activa; a partir de 1981 fue secretaria de esta institución.

La obra de María del Carmen Millán, inconmensurable en lo que corresponde a la tarea de formar desde la cátedra, reviste aspectos muy concretos cuando se trata de empresas para apoyar la investigación. Nadie mejor que Luis Mario Schneider, que contribuye como pocos al estudio de las letras de México y se ha ocupado de rescatar organizadamente la obra y los datos biográficos de esta mujer de Teziutlán, para que valore su labor formativa:

Hoy somos muchos los que le debemos a la doctora María del Carmen Millán —la que siguió siendo siempre la maestra Millán— nuestra afición, nuestro apego, también nuestro gusto por vivir fatalmente encadenados al



estudio, a la indagación del saber y de la literatura mexicana (op. cit., p. 8).

Sería largo y tendido enumerar cada una de las aportaciones de la Millán a la crítica literaria, así de respetable es su bibliografía. Lo que se debe mencionar para al menos allegarse cierta conciencia de la deuda que la cultura mexicana tiene con María del Carmen Millán, son algunas de sus contribuciones como organizadora de proyectos para impulsar el estudio, la divulgación o la sistematización del conocimiento de la literatura mexicana. Destaca el *Diccionario de Escritores Mexicanos* (en colaboración con Aurora M. Ocampo y Ernesto Prado Velázquez), 1967. En 1971 crea SEP-SETENTAS, un esfuerzo editorial que aportó durante cinco años un libro todas las semanas (empresa quizá equiparable a la de José Vasconcelos). La doctora Millán ocupó puestos clave en instituciones esenciales para el impulso y desarrollo de la cultura mexicana. Entre los más notables se encuentran:

Secretaria fundadora del Centro de Estudios Literarios de la UNAM, 1956.

Secretaria de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, 1960.

Directora del Centro de Estudios Literarios de la UNAM, 1960.

Directora de la Escuela de Cursos Temporales de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, 1966.

Directora de Educación Audiovisual y Divulgación en la SEP, 1970.

Directora General de Divulgación de la SEP, 1973.

Directora General de Radio Educación, 1973.

Directora General de la Corporación Mexicana de Radio

y Televisión Canal 13 (es la primera mujer que ocupa el cargo. Véase, para lo referente a la vida y obra de la Millán, la edición de Luis Mario Schneider aquí citada y a la que he acudido).

Vicepresidenta del Instituto Mexicano Norteamericano de Relaciones Culturales, 1981.

Cuando en 1967, Teziutlán reconoce en María del Carmen, nacida en 1914, la capacidad de una hija suya para ubicarse productivamente en el mundo, honra a una de las mexicanas ilustres. El de su población natal, no sería el primero ni el último de los reconocimientos que recibió en vida María del Carmen Millán (muerta en 1982).

En 1962, Francia le otorgó las Palmas Académicas y al año siguiente Yugoslavia le hizo entrega de la Bandera Yugoslava acompañada de corona de oro y collar. Fue nombrada la Mujer del Año en 1975. Recientemente una de las avenidas de la ciudad de Puebla ha sido llamada Doctora María del Carmen Millán. Su muerte en 1982 congregó en uno el sentir de los amantes de la literatura mexicana. En su "Despedida a María del Carmen Millán", José Luis Martínez describe la pérdida:

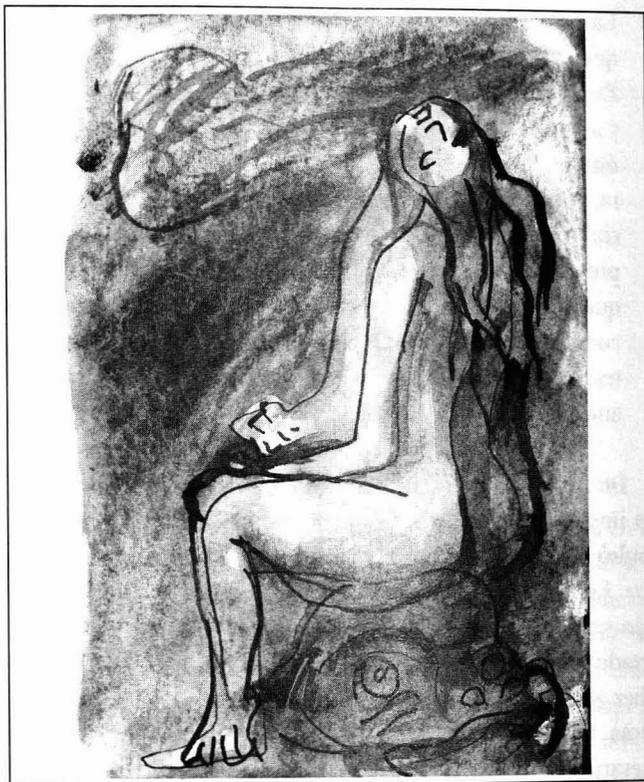
Las letras mexicanas, la Universidad Nacional Autónoma de México, la Secretaría de Educación Pública, la Academia Mexicana, sus amigos y sus discípulos sufren una dolorosa pérdida con la desaparición de la doctora María del Carmen Millán. A todos nos duele su muerte porque María del Carmen a lo largo de su vida, sólo trabajó por enseñar, por cuidar vocaciones, por estudiar nuestras letras, por servir a las instituciones culturales en las que tuvo responsabilidades y por hacer de la amistad la más solícita y oportuna devoción.

El orbe en Teziutlán

Alzo los ojos. Es mi madre. Precipitadamente quiero esconder los papeles. Pero ella los ha cogido y los contempla con aire absorto. —No juegues con esas cosas —dice al fin—. Son la herencia de Mario. Del varón.

Rosario Castellanos.

Entrevista desde 1993, la figura de la escritora María Lombardo de Caso, nacida en 1905 y muerta en 1964, casi desaparece al lado de Alfonso Caso, su esposo, mas no sus libros que la rescatan del anonimato. De formación universitaria, arqueóloga y filósofa, su nombre se omite sistemáticamente cuando lo más adecuado sería reconocerla como colaboradora, participante o coautora. Arqueóloga de carrera, sus aportaciones se diluyen en la conciliación que ella misma hizo de la profesional de la arqueología, con la madre y la acompañante, en una misión de tiempo completo: compañera de Caso. Pero si la fatalidad de los prejuicios sociales relega su trabajo arqueológico y la margina de la fama y el prestigio para encasillarla como "la gran mujer detrás del gran hombre", sus tres libros la convierten en escritora aten-



dible de obra individual valiosa. María Lombardo publicó un libro de cuentos, *Muñecos de niebla* (ed. de la autora, 1952) y dos novelas, *Una luz en la otra orilla* (Fondo de Cultura Económica, México, 1959) y *La culebra tapó el río* (Universidad Veracruzana, Xalapa, 1962). Teziutlán es el objeto de atención de Lombardo de Caso en los primeros libros y el mundo indígena en el tercero. La mirada detrás de sus narradores comprende la condición de los débiles: la mujer, en el México provinciano de fines del XIX y principios del XX, y el de la infancia india, oprimida por la marginación, desamparo y hambre de los indios. La fuerza con que el mundo contenido en Teziutlán o en el ámbito sociocultural de los indígenas aparece en la obra de Lombardo de Caso, no se debe con exclusividad a sus dotes como observadora o a su perspectiva de arqueóloga atenta. Esto influye, sí, pero la realidad es transmitida con toda su crueldad para los débiles, en la obra de esta autora de Teziutlán, gracias a su dominio del lenguaje literario y a la riqueza del léxico que emplea. Se trata de una escritora instruida, hecha a expresarse en todo tipo de entorno y que no desdeña el empleo de un vocabulario riquísimo. Es evidente que su contacto con los intelectuales de mayor proyección de su época influyó en sus análisis de la realidad mexicana y que su cercanía con los pensantes se aprecia hasta en el manejo de la lengua (casada con uno de los Siete Sabios, hermana de otro: Vicente Lombardo Toledano). Lo que distinguiría a esta intelectual y escritora de los grupos que frecuentó, sería la sensibilidad hacia la condición de la mujer y del indio tanto como su capacidad para escribir sobre ella (características que la acercan a Rosario Castellanos). Es una lástima que empezara tarde a escribir: el retiro de Alfonso Caso de la vida institucional marca el nacimiento de María a la escri-

ra. Tal vez si su existencia hubiera sido más larga, su carrera como escritora le habría dado a su nombre el peso del que carece. También la estructura de sus novelas se habría beneficiado con el oficio puesto a prueba repetidamente. Mas no fue así y toca a la literatura que produjo, cuando finalmente se ubiquen con justicia sus libros en la historia de las letras mexicanas, situar a María Lombardo de Caso en el sitio que le corresponde. Desde el punto de vista de Remedios, el personaje femenino principal de *Una luz en la otra orilla*, el lector se entera de la condición de la mujer en Teziutlán a fines del siglo XIX. Víctima de la prepotencia del marido y de la ambición y amoralidad de uno de los amigos de éste, Remedios percibe pero no puede actuar. Su pasividad no impide la lucidez para captar su situación y la ajena, que no pueden cambiarse excepto para su nieta Inés, símbolo de otra era para las mujeres. Encerrada por los convencionalismos y por su propio carácter sin desarrollo, Remedios piensa y la capacidad para escribir de su autora queda manifiesta:

Algunas veces son mejores las mulas que la gente, y si no, que lo dijera esa pobre italiana de Gaspara Votari, la del rancho de "El Pital". Siempre vivió al lado de su marido, atenta y obediente. Y... ¿pues no la había puesto el muy desgraciado a jalar el arado amancuernándola con el buey que hacía el trabajo? Sólo porque dizque le había dado alfalfa caliente al otro que hacía la mancuerna y el animal había tronado como cuero mal cosido. Así son los hombres, creen que el matrimonio es una yunta... nomás que no jalan parejo... (p. 55).

Exiliada en el mundo: la errante Garro

Unas toman un amante; otras, licores, y otras, el devocionario; éstas se entregan a los quehaceres domésticos, y aquéllas a la disipación. Las hay que abandonan a sus maridos para cambiar tan sólo de cuidados, pero pierden las ventajas de una posición honrosa, y no adquieren por ello mayor felicidad; en el palacio, como en la cabaña, la situación de la mujer nunca mejora, es siempre la misma.

Algunas reciben la inspiración del diablo, y se meten a escribir novelas.

Lord Byron

Da curiosidad conocer el juicio que la historia depara a determinados seres humanos y a la obra que heredan al mañana, pero nada más inquietante que leer el futuro histórico de Elena Garro. Autora de una novela del linaje de *Cien años de soledad*, *Pedo Páramo* o *La muerte de Artemio Cruz*, la Garro escribe desde la zona del silencio, mientras su obra espera la admisión al cenáculo de los grandes. Bastaría haber escrito *Los recuerdos del porvenir* (1963) para que cualquier escritor hubiera alcanzado toda la admiración, toda la fama, todo el prestigio y toda la envidia del mundo. No así Elena La Única, que poseedora de un talento y una personalidad fuera de serie, paga biográficamente el exceso de



sus dones. Si algo ha logrado Elena Garro entre sus iguales ha sido celos, incompreensión y olvido; también ingratitud. Y es que, tan mítica como trágica, la Garro comete repetidamente errores garrafales, muchas veces atribuibles a su ingenuidad política que la ha expuesto a la picota de la opinión pública. Lo cierto es que la Garro no se ha traicionado a sí misma y ha pagado con creces el precio de la autenticidad, de llevar hasta sus últimas consecuencias su fidelidad a Elena Garro y su rechazo a aprender el juego del éxito. Hace pensar en Jorge Luis Borges y su ceguera para lo político, en su incapacidad para vivir en un aquí y un ahora de esta realidad, inmerso en la infinitud de la literatura. Como Borges, Elena relativiza lo humano, finito y sin la fascinación del arte. Tal vez la polémica que la Garro suscitaba con la menor declaración suya o las sospechas desprendidas de sus actos aún sigan vigentes. Emmanuel Carballo que la conoce de cerca, caracteriza a un ser casi irreal:

Recién llegado a la ciudad de México, en 1953, conocí a Elena Garro, casada en ese entonces con Octavio Paz, uno de nuestros dos maestros (el otro era Alfonso Reyes) de Carlos Fuentes y mío. De entonces acá la he estimado, la he padecido y en ningún momento he dejado de admirarla. Es, quizá, la mujer más brillante entre todas las que he tratado; también, una de las más intrigantes y perversas. La perversidad, se dice, es una de las bellas artes. (...)

En 1968 me acusó, junto con otras personas a las que estimo y respeto, de querer derrocar al gobierno de México para poner en su sitio a los líderes del movimiento estudiantil. (...) La mecánica de mi relación con ella pasa del entusiasmo a la ofensa y de ésta de nuevo al entusiasmo. Me pregunto por qué, y de primera intención res-

pondo: porque admiro en ella la pureza de la infancia (que se permite decir lo que piensa aunque transgreda los códigos de la amistad y el comportamiento con los seres queridos), la maldad (admirable siempre y cuando principie a producir catástrofes en la misma persona que las desata) y el desamparo... (p. 312).

Falta una valoración objetiva, informada y desinteresada de los actos de Elena Garro que trascienden lo individual, del porqué del ninguneo (que no ha podido con el valor de su obra, leída pese a que no se promueve), del destierro o exilio prolongado. Se necesita para comprender desde su origen la temática persecutoria de buena parte de su producción, para contextualizar sus textos y para descifrar con acierto las claves (no tan cifradas) de lo escrito lejos de México.

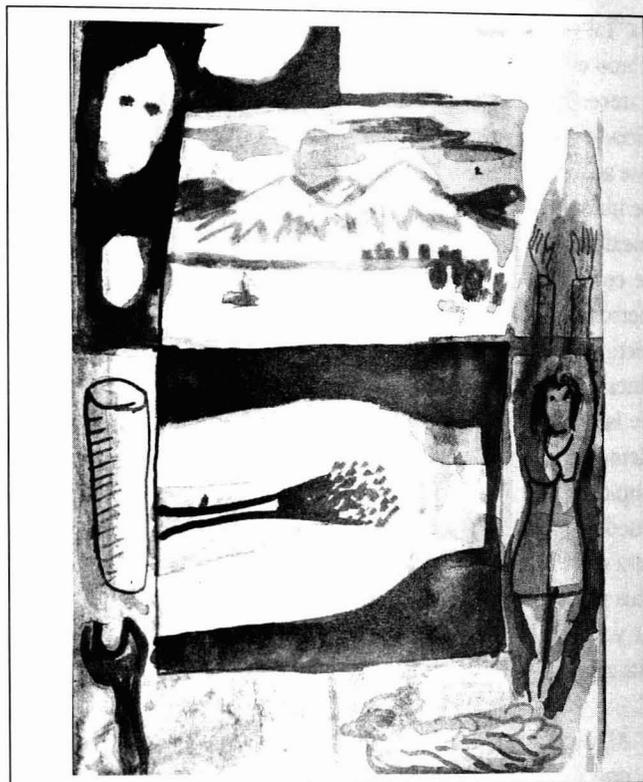
En 1963 el Premio Villaurrutia destaca la primera novela de Elena Garro, *Los recuerdos del porvenir*, pero ya antes había escrito teatro de indiscutible calidad. Si algo logran los textos de Elena Garro es maravillar por su originalidad. Las pequeñas piezas dramáticas de *Un hogar sólido* (1958), por ejemplo, jamás decepcionan por el tino con que maneja el lenguaje teatral y las situaciones insólitas traducidas perfectamente en teatro (explicación tal vez a la más insólita circunstancia de que alguna obra de la Garro esté en cartelera con cierta periodicidad, sin que su autora, que durante años no vivió en México, promueva representaciones). Sorprende la facilidad para narrar o para dramatizar que tiene la Garro, que ha producido numerosas obras de teatro, cuentos, novelas y memorias. Estas últimas muestran una escritura a contrapelo de un hado que sólo se destina a los elegidos. Pese a una ausencia larguísima, Elena Garro tiene un público lector o espectador que la sigue por el mundo inhóspito que descubre su literatura. El prestigio literario alcanza pese a ella, a la Garro. Prestigio y admiración, serán finalmente sus perseguidores más certeros.

Puebla de los Ángeles Mastretta

Del premio y galardón que tiene Dios aparejado para la perfecta casada, no sólo en la otra vida, sino aun en este mundo.

Fray Luis de León.

Periodista como María Luisa Mendoza, Elena Poniatowska, Gabriel García Márquez, feliz usadora de los medios de comunicación como Juan José Arreola o Carlos Fuentes, Ángeles Mastretta es, como todos ellos, una autora notable. La crónica periodística, los artículos para suplementos o revistas de prestigio renuevan con frecuencia la relación con sus lectores, en espera del siguiente libro. Y aquí habría que admirarse de la aptitud de la Mastretta para superar creativamente el éxito arrollador de su primera novela, *Arráncame la vida*, Premio Mazatlán de Literatura 1985, con el volumen de cuentos *Mujeres de ojos grandes* (1990). Hubiera resultado



comprensible que la escritora se paralizara y pospusiera indefinidamente la publicación de otra obra, sobrecogida, quizá, por la fama, las traducciones y la notoriedad nacional e internacional que trajo consigo su novela. El reto de superarse a sí misma pudo haber conducido a "la seca" a otro escritor, pero no sucedió así en el caso de Ángeles Mastretta que vuelve a Puebla en busca de material para su literatura y entrega 37 textos acerca de las tías poblanas. La psicología de varias generaciones de mujeres, los prejuicios de la sociedad que las enmarca, las intrincadas y a veces inquietantes relaciones familiares, la restrictiva moral con doble o triple fondo se exponen en relatos de diferentes extensiones en torno a personajes femeninos que resultan excepcionales al observarlos de cerca. Con esto la Mastretta no hace sino seguir la línea de *Arráncame la vida*, al contar la biografía de una mujer que pudo sobrevivir al lado de un exponente masculino de toda una época: el Gran Chingón de Puebla (para decirlo con la terminología que la autora emplea en la novela). Catalina Ascencio, como después los personajes de *Mujeres de ojos grandes*, se atreve a la transgresión y ésta consiste en amar, en asumir su sexualidad, en vivir eróticamente en un contexto sancionador de la naturaleza femenina vivida plenamente. Los resabios de la mentalidad de la Colonia, tanto como la triunfante ideología de la "Revolución", despotismo y corrupción, cercan a Catalina Ascencio, que desde una inconsciencia moral o amoralidad muy suya, vive una existencia que se vuelve espléndido asunto literario con la pluma de la Mastretta. ¿Cómo es vivir junto a un cacique, a un gángster y asesino? ¿es ajena la mujer que comparte la vida de un gobernante corrupto a sus acciones? ¿es responsable o cómplice? Todas estas preguntas surgen en *Arráncame la vida*, narrada sin maniqueísmos o parcialidades

y sobre todo sin solemnidades. La prosa fluye sin complicaciones, la novela no se propone disquisiciones sobre temas "elevados", ni juegos técnicos o estilísticos. A través de mostrar la condición de una mujer, se recupera la historia subyacente, se muestra al desnudo al poder, sorprendido en su dimensión humana y en las facetas vulnerables: la vida íntima, la vida sexual. Despojado de las vestiduras del protocolo, de los ropajes protectores de los cargos públicos, queda un hombre, Andrés Ascencio, y una moraleja: hay que conocer a la mujer frente a la cual éste se desnuda, a la compañera (cómo la trata, el lugar que ocupa en su vida y respeto), para entender al hombre. O mejor dicho, para desmitificarlo, porque Andrés Ascencio como pareja de Catalina, hembra suya y su apéndice, que no lo juzga, por cierto, deviene el estereotipo del macho mexicano. Mas *Arráncame la vida* tampoco se propone en primera instancia diseccionar la sociedad poblana de hace algunas décadas o criticarla socioculturalmente, aunque sí lo haga (de ahí gran parte del éxito de la novela entre los poblanos), sino recrear la realidad y la historia privada de Puebla. La historia de quienes no son tomadas en cuenta por la Historia, porque no la hacen: las mujeres. Al ocuparse de ellas y del modo como lo hace. Ángeles, Angelitos (así lo llaman sus fans paisanos), da con una veta literaria personalísima. Sus *Mujeres de ojos grandes* condensan en cada relato (viñeta, cuento, caracterización de una tía) una anécdota chispeante sobre los recursos de la mujer para salirse con la suya en un medio controlador y represivo. Curiosamente, en los dos libros, la mujer decide acerca de algo suyo pero que tradicionalmente no le ha pertenecido en sociedades conservadoras: su cuerpo. La infidelidad, los amantes, el amor realizado, la atracción sexual obedecida, recurrentes en toda la obra, son parte del comportamiento disimulado de las mujeres. Es decir, la historia más recóndita, la que no aceptan abiertamente, ni los hombres, ni las mujeres por razones del todo contrapuestas. Se acepta que el hombre ejerza sus derechos a la doble moralidad que lo exime de sanciones sociales si tiene una o varias amantes, por ejemplo, pero la infidelidad femenina, ni se menciona. Esto se entiende porque el cornudo es un ser que ha perdido ante la sociedad el emblema de masculinidad apabullante; deja de ser macho respetable porque su propia mujer lo ha traicionado; si no ejerce control sobre la propiedad que la sociedad le confiere con el matrimonio, el cuerpo de la esposa, no podrá dominar otros territorios. La picardía de *Arráncame la vida* es que Andrés Ascencio, temido por poderoso y admirado por su machismo desbordante, es a fin de cuentas, un cornudo. Estas sutilezas no caben en la historia oficial y al ocuparse de Puebla, de la clase media alta y de la burguesía, Ángeles Mastretta da con un manantial de referencias directas u oblicuas a la verdad por todos conocida y por todos callada. Por eso su obra, destinada en primer término a los poblanos, los destinatarios literarios para quienes se construyen los textos internamente, se llena de claves, de menciones a personas conocidas, de guiños al lector enterado. También quienes leen primero que nadie a

la Mastretta son los poblanos, que ocasionalmente guardan una relación amor-odio con la autora, en la medida en que se sientan aludidos o retratados con mayor o menor fidelidad. Pero la Mastretta tiene recursos para trascender a este público cautivo y dirigirse también a hombres y mujeres de otros lugares o culturas. La anécdota original, papa caliente en el contexto en que surgió, interesa a lectores no familiarizados con los intrínquilos de un chisme o de una mala reputación, porque la escritora sabe retener la atención con medios literarios. Este dominio de la comunicación, probablemente le viene de la época en que hacía televisión al lado de Juan José Arreola o junto a Germán Dehesa en *La almohada*. Si el televidente se aburre o desinteresa, cambia de canal. Para que esto no suceda y el lector no cierre el libro o pase desganadamente a otra página (también se fuegoó en el diario *Ovaciones*), la autora utiliza determinados mecanismos. Dosifica magistralmente lo sexual, de modo que su reiteración no le quite atractivo; apoya la prosa en lo picante de ciertas adjetivaciones; levanta los velos hasta donde, no el pudor, sino la estrategia literaria considera adecuado hacerlo para engolosinar más al lector. La literatura insinuante, erótica, de la Mastretta seduce a los hombres y cae bien a las mujeres pues las muestra como seres activos que deciden en lo que más aterroriza a sociedades cerradas. Si se decide sobre el propio cuerpo (como el hombre), bien puede empezarse a recorrer el camino aterrador de la toma de decisiones vitales y de ahí a querer compartirlo todo con el hombre, aún el poder, sólo hay un paso. La decisión de Ángeles Mastretta de escribir desde la perspectiva de las mujeres, para contar lo que viven en el serrallo y detrás de las celosías de un mundo reacio al cambio, le ha procurado fama dentro y fuera de México. En el duro camino hacia el prestigio literario, Angelitos ya ha dado los primeros pasos, ojalá que decida seguir caminando. ◇

Bibliografía

- Carballo, Emmanuel, "Elena Garro", en *Protagonistas de la literatura mexicana*, Ediciones del Ermitaño/Diógenes, México, 1989, pp. 490-518 (3a. ed. corregida y aumentada; 1a. ed. 1965).
- Landeros, Carlos, "En las garras de las dos Elenas", en *Los Narcisos*, Oasis, México, 1983, pp. 103-134.
- "Con Elena Garro", en *Los que son y los que fueron*, Gernika/SEP, 1986, pp. 43-51.
- Martínez, José Luis, "Despedida a María del Carmen Millán", en *María del Carmen Millán, Obras completas*, Recopilación, notas y bibliohemerografía de Luis Mario Schneider, Gobierno del Estado de Puebla, México, 1992, t. I, pp. 17-18.
- Millán, María del Carmen, *Obras completas*, t. I, t. II, ídem, id.
- Robles, Martha, "María Lombardo de Caso", en *Escritoras en la cultura nacional*, t. II, Diana, México, 1989, pp. 53-67.
- "Elena Garro", ídem, id., pp. 121-146.
- "Ángeles Mastretta", ídem, id., pp. 317-324.
- Schneider, Luis Mario, "Apuntes para una biografía de María del Carmen Millán", en *María del Carmen Millán, Obras completas*, ídem, id., t. I, pp. 21-27.
- "Reconocimiento y notas para esta edición", en *María del Carmen Millán, Obras completas*, ídem, id., pp. 7-8.
- Soto, América, *Mujeres poblanas*, Gobierno del Estado de Puebla/COESP, Puebla, 1991

Los orígenes de las haciendas de Puebla

Las haciendas, entendidas éstas como unidades económicas productoras de bienes agrícolas y ganaderos, adquirieron sus rasgos principales en el siglo XVII, rasgos que perdurarían hasta el último tercio del siglo XIX. Algunos historiadores sitúan el origen de la hacienda en la apropiación ilegal de las tierras de las comunidades indígenas, entendiendo esta apropiación como un acto individual. Presuponen además que el crecimiento constante de la superficie hacendaria se logró mediante la obtención de mercedes reales, donaciones, compras y, especialmente, usurpaciones de tierras comunales. Este crecimiento, se argumenta, fue continuo y alcanzó su máxima expresión durante el porfiriato.¹ Es mi opinión, sin embargo, que la reducción sustancial de la población en la meseta poblana, así como las Congregaciones subsecuentes son los fenómenos que nos permiten explicar el que se dejaran grandes espacios vacíos que llevaron al reparto masivo de mercedes reales, tanto de caballerías de tierras como de estancias de ganado. Estos repartos se dieron entre 1539 y 1621 y constituyeron el grueso de la superficie de las futuras haciendas.

La jurisdicción de San Salvador el Seco de la provincia de Tepeaca, por ejemplo, registró 24 mercedes reales concedidas entre 1539 y 1602. Entre

1539 y 1549 se otorgaron cinco; entre 1550 y 1560 diez y entre 1561 y 1602 se entregaron, en forma espaciada, las otras once mercedes. Bajo el virreinato de Luis de Velasco (1550-1564) se concedió el 46% de las mercedes. En la jurisdicción contigua de Chalchicomula el reparto fue similar. De 42 mercedes, 21 mencionan al Virrey Luis de Velasco. Si atendemos a los años, el período de otorgamiento de mercedes más importante en esta provincia fue el de 1553-1562 pues se entregaron 14 mercedes. La primera merced registrada data de 1540 y la última de 1705. Sin embargo, entre 1540 y 1610 se ubican 31 de las 34 mercedes que indican fecha. No en todas las regiones la ocupación de la tierra tuvo las mismas etapas. En la provincia de Izúcar, por ejemplo, se inició bajo don Antonio de Mendoza, en 1539, y también tuvo un impulso importante con Luis de Velasco pero, a diferencia de las anteriores, las concesiones más importantes se dieron bajo los virreyes Martín Enríquez de Almanza (1568-1580) y Diego Fernández de Córdoba, Marqués de Guadalcázar (1612-1621), períodos en los que se otorgaron 23 y 36 mercedes, respectivamente, es decir, el 20.4 y el 31.9% de las 113 mercedes registradas. Con Fernández de Córdoba la distribución de la tierra se da prácticamente por terminada puesto que sólo se otorgó una merced más en 1642 bajo el virreinato del Conde de Salvatierra. Izúcar ilustra una ocupación tardía en la que el 33.8% de las hectáreas amparadas con mercedes

fueron entregadas en el siglo XVI y el resto, 66.2% en los primeros 21 años del siglo XVII. En cualquier caso, la tierra disponible que pudo ser objeto de distribución en los años posteriores fue marginal, sobre todo tomando en cuenta la recuperación de la población indígena que, como generalmente se acepta, se dio a partir de mediados del siglo XVII. En los primeros años del siglo XVIII, con motivo de las composiciones de 1709, no sin razón un vocero de los Colegios del Espíritu Santo y de San Ildefonso escribía "hoy posee menos mi Colegio de lo que entonces (1643) poseía y por estar dichas Haciendas tan vecindadas de otras por todos lados no hay cosa que pueda poseer con demasía en ellas".

Esta primera fase de la ocupación del suelo involucró a un número amplio de receptores quienes recibieron usualmente mercedes de tierra que amparaban entre dos y cuatro caballerías, menos usualmente un sitio de ganado menor y muy esporádicamente un sitio de ganado mayor. Indudablemente las autoridades virreinales habían clasificado las tierras de los numerosos valles y llanos de Puebla como tierras de pastos propias para ganado y, en segundo término, como tierras agrícolas. Esta primera caracterización o definición ideal del suelo, en la segunda mitad del siglo XVI, nos permite explicar por qué en los siglos posteriores la expansión de la frontera agrícola sobrevino con base en la redistribución del uso del suelo, esto es, a costa de las tierras de pastos.

Después de las mercedes reales el

¹ Mórner, Magnus. "La hacienda hispanoamericana: examen de las investigaciones y debates recientes", en *Haciendas, latifundios y plantaciones en América Latina*, coord. Enrique Florescano, Siglo XXI, México, 1975, p. 26

segundo mecanismo de apropiación del suelo fue la compra. En la provincia de Izúcar este renglón mereció efectivamente el segundo lugar y representó el 8.8% del origen de las posesiones. Estas compras de tierra fueron hechas usualmente a indios caciques y principales de los pueblos de la región. Como sabemos, en el caso de los aztecas se distinguían cinco tipos de posesión de la tierra: 1. teotlalli: correspondiente a los templos y a los dioses; 2. tecpantlalli: de las casas

cualquier caso, “la mayor parte de la tierra dejó enteramente de estar bajo la posesión y el control indígenas”.²

Respecto a la propiedad privada indígena —los pillalli y tecuhtlalli— los españoles respetaron, en términos generales, su permanencia siempre y cuando se demostrara que “eran herencia en posesión privada indígena desde los tiempos anteriores a la conquista”.³ En las controversias en torno a los cacicazgos, la Audiencia, al reconocer a un individuo como cacique,

y principales obtuvieron mercedes —en el siglo XVI— que amparaban superficies equivalentes a las obtenidas por los españoles, aunque en mucho menor número. La misma situación se presentó en Puebla. Así, los cacicazgos comprendían tierras heredadas y tierras adquiridas; en muchos casos dispersas y en algunos otros sujetas a disputas con otros principales o caciques, con españoles o con las comunidades indígenas.

La jurisdicción de Chalchicomula es particularmente ilustrativa por su alto número de cacicazgos. En las composiciones de 1709 se presentaron 89 legajos por parte de 26 solicitantes. Todos declararon una finca salvo Simón Modesto Venegas Espinosa, quien fuera por cierto el encargado de las composiciones de la provincia, el cual declaró cuatro haciendas. En total estaban incluidos 10 ranchos y 20 haciendas. De los 26 poseedores tres fueron mujeres, una de las cuales quedó catalogada como india cacica. Además se mencionan otros dos indios: uno como cacique y otro como cacique y principal. También se reportó a un mulato. Tanto éste como los caciques solicitaban composición sobre un rancho cada uno.

De los 89 legajos, 42 estaban amparados por una merced, 23 estaban ligados a cacicazgos (7), a tierras de caciques (14), a indios principales (1) o a gobernadores (1), y en cinco se infiere que los primeros poseedores de las tierras comprendidas eran el común y los naturales de diversos pueblos. En 1709, un poco menos de dos siglos después de la Conquista, 20 de los dichos 23 legajos que tenían como sustento a caciques y principales habían pasado a manos de propietarios no indios. En al menos cinco de estos expedientes se registran ventas muy tempranas y en otro de ellos una donación.

Ahora bien, un tercer elemento explicativo del origen de las haciendas, junto con la disminución de la población y las Congregaciones, lo constituye el proceso acelerado de concen-



de las comunidades; 3. tlatocatlalli: bajo el control de los tlatoque; 4. pillalli y tecuhtlalli: bajo el dominio de los nobles llamados pipiltin y tetcuh-tin y, por último, 5. calpullalli: tierra que era de los cupultin. La Conquista, en consecuencia, impactó de manera diversa estos tipos de posesión: algunos se transformaron, otros desaparecieron y algunos más hicieron por primera vez su aparición, pero, en

le concedía, junto con el título, las tierras y casas del cacicazgo. Sin embargo, aun en el caso de una decisión adversa, siempre quedaba el recurso de solicitar a las autoridades novohispanas el otorgamiento de tierras. En cuanto al Valle de México lo caciques

² Gibson, Charles, *Los aztecas bajo el dominio español*, Siglo XXI, México, 1967, p. 263.

³ *Idem*, p. 272

tración de la tierra que corrió casi paralelamente a la concesión de las mercedes reales. En otras palabras, el número original de beneficiarios de mercedes disminuyó en forma importante entre la segunda mitad del mencionado siglo XVI y 1643, año de las primeras composiciones generales de tierras y aguas de las provincias novohispanas. Es en estas composiciones de 1643 cuando la denominación de "hacienda" empieza a ser más frecuente y cuando ya denota una unidad económica agrícola-ganadera en plena consolidación. Por primera vez, también, es reconocida como una posesión sujeta al uso y a la explotación particular con plenos derechos. Tan es así que por estas fechas la mayoría de los propietarios de las fincas agrícolas se ven obligados a hacer una revisión retrospectiva de los diferentes tipos de tierras bajo su control y a integrar voluminosos expedientes que incluyeran toda la documentación relevante para la justificación legal de su posesión. Así pues, la entrada a la segunda mitad del siglo XVII se caracteriza por una regularización jurídica masiva de la propiedad agrícola cuyo objetivo es el garantizar suficientemente una estabilidad relativa de los propietarios.

En cuanto a las posesiones de las órdenes religiosas y no obstante que la legislación les prohibía tener haciendas bajo su propiedad, las autoridades virreinales no sólo no objetaron que las mismas regularizaran sus posesiones agrícolas sino que las conminaron a hacerlo. La presencia de estas haciendas en los primeros años no fue importante, y a decir verdad, aun cuando se amplió en los siguientes 150 años de vida colonial, distó mucho de alcanzar los niveles de dominio que lograron las órdenes religiosas en la propiedad urbana. No hay que menospreciar, sin embargo, la importancia y fuerza económica que algunas de sus fincas alcanzaron. En la provincia de Tehuacán, por ejemplo, la Compañía de Jesús fue la única orden con fincas y aprovechó las composiciones para obtener el re-

conocimiento sobre un poco más de 3000 hectáreas que equivalían al 3.4% del total. En otras provincias, como en la de Huejotzingo, estuvieron presentes los religiosos agustinos de las ciudades de México y Puebla, los de Nuestra Señora de la Merced de Puebla y los de la Compañía de Jesús y, aunque el número de fincas era reducido (cinco de las 141 solicitudes de composición), su valor fue tasado en 8.2% del total de la composición.

En la provincia de Izúcar, una de las más ricas por sus tierras aptas para "haciendas de hacer azúcar", el clero regular mantenía una presencia discreta a través de las posesiones del Convento de Santo Domingo de Tlaxpa que habría tenido que cubrir el 3.2% del pago total. La Compañía de Jesús pagó por concepto de composición en 1643, en todas las jurisdicciones, 7000 pesos, y con ello se le confirmaron sus títulos de ventas, compras, mercedes y donaciones que respaldaban sus "haciendas, tierras, ingenios, trapiches, aguas, jacaes, casas, potreros (y) astilleros". Se le extendieron asimismo nuevas mercedes que protegían las "sobras" y las "demasías" en tierras y en aguas.

Las tierras declaradas por el Colegio del Espíritu Santo fueron las siguientes:

Hacienda de labor Amaluca ubicada a pocos kilómetros de la ciudad de Puebla y que abarcaba 20 caballerías hacia 1709. En 1644 se había tasado con 504 pesos junto con la hacienda La Calera que años después habría sido vendida.

En la provincia de Tepeaca, en términos de los pueblos de Acatzingo y Quecholac, la hacienda de San Pablo, tasada en 1644 con 260 pesos y a la que se le agregó la hacienda de San Pedro, cuyo propietario, al momento de las primeras composiciones, pagó 120 pesos. Ambas haciendas eran contiguas y sumaban 34 y tres cuartos de caballerías. En la misma provincia, pero en términos de Tecamachalco y Tlacotepec, una hacienda de labor y trasquila llamada San Gerónimo con un sitio de ganado mayor y cinco de

ganado menor más cuatro caballerías; a ésta se le asignaron 200 pesos de composición.

Además, en términos de Nopalucan también en Tepeaca, la hacienda de Ozumba con dos sitios de ganado menor y tasada con 200 pesos. A ésta se le agregó la hacienda de San Antonio con sitio y medio de ganado menor más otro medio sitio que hubo de huecos. Su composición fue de 210 pesos. En San Salvador el Seco otra hacienda de labor llamada Nuestra Señora del Loreto, de 15 caballerías de tierra, que fue donada y tasada en 80 pesos.

Por último, en la provincia de San Juan de los Llanos el Colegio poseía 11 sitios para ganado menor, dos para ganado mayor y ocho caballerías de tierra que dieron origen a las haciendas de La Noria y Santa Lugarda, tasadas por conceptos de composición con 1100 pesos.

El Colegio de San Ildefonso, fundado en 1625 por el obispo Alonso de la Mota y Escobar,⁴ poseía cuatro sitios de ganado mayor y siete sitios de ganado menor. Éste fue obtenido en subasta pública y se extendía por Perote, Altotonga, San Juan de los Llanos, Tepeaca y Teziutlán. También tenía la Compañía seis haciendas llamadas La Alfonsina (donada al Colegio por el obispo de la Mota) en el Valle de Atlixco, San Miguel en la jurisdicción de San Juan de los Llanos y las haciendas de ovejas San Joseph y Santa Bárbara que tenían a su servicio varios sitios de ganado mayor y menor en Veracruz, en San Juan de los Llanos y en Tepeaca.

Por lo que respecta a la ubicación geográfica de las haciendas, ésta se encuentra fundamentalmente en los valles y llanos situados en los alrededores de la ciudad de Puebla. En las zonas serranas y en los valles y llanos localizados al oriente de la ciudad se

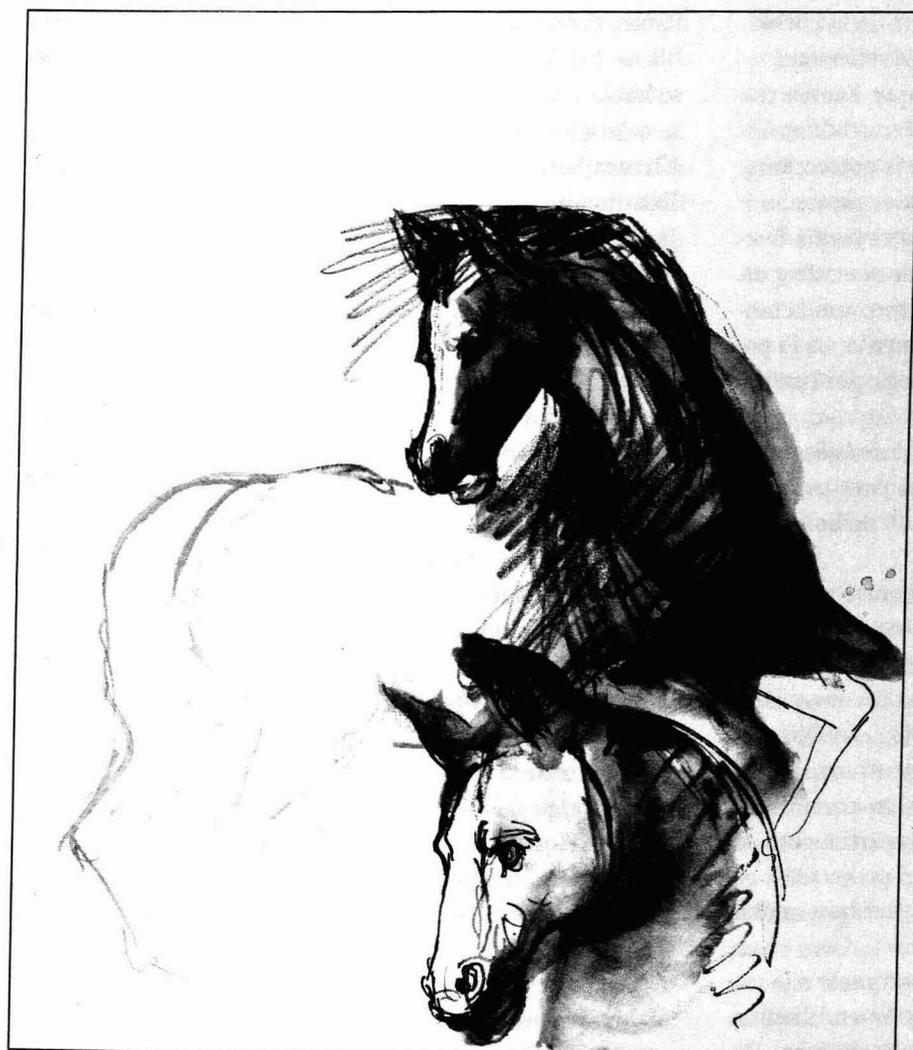
⁴ Leicht, Hugo. *Las calles de Puebla*, Junta de Mejoramiento Moral, Cívico y Material del Municipio de Puebla, Puebla, 1980, pp. 190-191. Los Colegios del Espíritu Santo y de San Jerónimo datan de 1578 y 1582, respectivamente. Véase del mismo autor pp. 69-71.

asentaron los ranchos que eran fincas agrícolas usualmente de menor superficie que las haciendas y, sobre todo, con un valor económico muy por debajo de las mismas. En los valles de Puebla, Tepeaca y Atlixco, y en los llanos de San Andrés tuvieron su origen cuatro de cada cinco haciendas. En la provincia de Tepeaca, en la Sierra Norte de Puebla y en los llanos de San Juan y de San Andrés tuvieron su origen igualmente siete de cada 10 ranchos. Ambos tipos de fincas, los

nen un patrón de localización geográfica muy preciso en la región poblana. En contraposición con lo que generalmente se ha sostenido, los cascos no representaron polos discordantes y divergentes respecto a los viejos y nuevos centros de población. Estos cascos, ubicados en puntos cercanos a las tierras que eran las más adecuadas para la agricultura, así como a las fuentes o corrientes que les proveían de agua y que se convirtieron además en lugares que brindaban protección,

bien a media o una hora a caballo, como máximo, de las cabeceras más importantes. Incluso en provincias extensas como la de Tehuacán, estimo que un poco más del 90% de sus principales haciendas y ranchos se situaban a no más de 42 kilómetros de la ciudad de Tehuacán. Puede mencionarse que ciudades tan importantes como Puebla y Cholula comprendían al 100% de las fincas bajo sus jurisdicciones en un radio de 12.6 kilómetros. Desde el punto de vista económico, este patrón de localización fue crucial para el afianzamiento y crecimiento de los mercados regionales y locales y para la integración de las haciendas a los pueblos y ciudades, pues esta integración se debió particularmente a los movimientos de cuadrillas de trabajadores entre estos centros de población, movimientos característicos del campo mexicano.

En suma las haciendas se conformaron gracias a la presencia de un conjunto de elementos que se manifestaron, fundamentalmente, entre la segunda mitad del siglo XVI y a lo largo del siglo XVII. Uno de estos elementos, constituido por la reducción sustancial de la población en la meseta poblana, llevó a una reubicación de la misma, reubicación que propició a su vez la formación de grandes extensiones de tierra sin explotar. La necesidad no cubierta debido a esta insuficiencia de la producción agrícola, condujeron a una redistribución general de la tierra, en un primer momento, y a una regularización masiva de la propiedad agrícola, en un momento posterior. Este proceso se dio bajo un patrón de localización geográfica, tanto de las poblaciones como de las haciendas y ranchos, que se caracterizó por el fortalecimiento de procesos acelerados de concentración espacial como de la propiedad. El conjunto de condiciones puestas aquí de relieve delinearon muy claramente el paisaje agrícola característico de la región poblana que perduraría durante toda la época colonial y buena parte del siglo XIX. ◇



ranchos y las haciendas, convergieron en el Valle de Tepeaca y en los llanos de San Andrés; en dichas regiones coexistirían a lo largo de la Colonia cuatro de cada 10 fincas.

Los conocidos cascos de las haciendas, a cuyo alrededor se construyó siglos después una imponente infraestructura para albergar hombres, animales, semillas y maquinaria, tie-

sirvieron de ejes en torno a los cuales se agolparon las fincas agrícolas. La tercera parte de las haciendas se hallaban a no más de 4.2 kilómetros de las principales cabeceras y una de cada dos, a no más allá de 8.4. En los tiempos coloniales estas distancias significaban, para las personas residentes en las haciendas, encontrarse a no más de una o dos horas de camino a pie, o

Y... la invención de la Puebla

La otredad, el pasado poblano, la invención de la Puebla, parafraseado al maestro O'Gorman, es la reflexión...

Porque aunque hoy seguimos diciendo que Puebla era mero punto intermedio en la ruta México-Tenochtitlan-Veracruz, que tenía perfiles militares o intentos correccionales, o era colonia agrícola, y aun sobre todo, producto y realización de la inspiración angélica, lo cierto es que Puebla es la única ciudad del siglo XVI fundada de acuerdo a un cuidadoso y luminoso plan y a un gran objetivo; con la fundación misma se inicia el laboratorio permanente, en lo político y social, de nuestra comunidad; quizá perdurable hasta nuestros días.

Ensayo de República de la Corona, a través de la Segunda Audiencia; para ver si acertamos en alguna, para perpetuidad de esta tierra, sin encomendar indios, con dedicación al agro, para que se asegure la colonización.

Como ensayo práctico para solucionar el grave problema de los vagabundos —gente sin oficio ni beneficio— que constituían un grave obstáculo para la formación de la naciente sociedad y como pésimo ejemplo para la conversión y la propagación del evangelio, por su notable desorden... así se inició el asentamiento de lo que sería la Ciudad de los Ángeles, sin éstos y, sí con vagabundos, como parte de un ensayo social, en que sin encomienda o repartimiento, se podía trabajar y arraigarse a la tierra: era el proyecto de reducir los tributos de los indios cercanos a Puebla, a cambio de construir la ciudad.

Así se inició la invención de la Puebla, porque se dijo y se dice que el obispo Fuenleal tuvo participación en la realización del plan, aunque lo cierto es que estaba en Santo Domingo. Juan de Salmerón va a ser el artífice, el hombre que dio paternidad al proyecto y de hecho el primer gran poblano y poblamista que en el mundo hubo...

Si bien otro obispo, Garcés, planteó la solución al problema de los vagabundos, lo quiso para su obispado, el de Tlaxcala y cuando la Segunda Audiencia resolvió hacerlo en nuestro espléndido valle, adelantándose a la propia decisión de la Corona, Garcés fue implacable y no sólo no volvió a Tlaxcala sino que vino a su nueva sede, la Ciudad de los Ángeles, casi obligado.

Todavía no resolvemos, dentro de esta invención intermi-

nable, el nombre de nuestro asiento. Para Salmerón es Puebla de los Ángeles; lo sugiere en marzo de 1531 cuando ya se había iniciado el asentamiento. El nombre podría deberse a la iglesia donde surge, en Italia, la orden franciscana, Nuestra Señora de los Ángeles; o a la provincia de ellos en Extremadura, de donde procedían los doce apóstoles; a Juan de la Puebla, el superior que ordenó su traslado a Nueva España; o a Puebla de los Infantes, también en Extremadura, que hasta en su escudo de armas guarda semejanza con el nuestro. Pero como sabemos, la reina Isabel de Portugal la llama, por cédula real, acta verdadera de natalicio, Ciudad de los Ángeles, nombre que permaneció, so pena de multas por parte de las autoridades municipales a quienes no lo utilizaran, hasta que en 1640 el influyente obispo Palafox y Mendoza, en sus documentos de la diócesis, la llamó como Salmerón, Puebla de los Ángeles. Saltamos así los documentos religiosos, civiles y el uso común: en septiembre de 1862 el presidente Juárez le da el nombre de Puebla de Zaragoza.

Durante años, y a veces hasta hoy, se cuela el nombre de Alonso Martín Partidor como el responsable de la traza magnífica de la ciudad y no de quien lo fue, Hernando de Saavedra, primo de Cortés, y con experiencias de colonización en Honduras.

También olvidamos a Francisco de Soto, el guardián del convento franciscano de Cholula, partícipe importante en la fundación. Inventamos otros protagonistas.

Documentalmente, entre febrero y marzo de 1531, ya se había iniciado la instalación de la Puebla. Para Motolinia, en su onomástico, 16 de abril, día de santo Toribio de Astorga, surge la primera misa, y el 29 de septiembre del propio año, sobrevienen la solemnización de la fundación, el traslado al sitio urbano que seguimos ocupando y el día de su santo patrono, San Miguel Arcángel.

Cifras de indígenas presentes en aquel domingo de pascua de resurrección para Motolinia son miles de miles; nuevo invento porque habrán sido poco menos de dos miles.

En este volar de imaginación, oímos y decimos, no pocas ocasiones, que la primera fundación fue aquí, allá o acullá. Muchas invenciones, pero la mayoría piensa, cotejando in-

formaciones, que otra vez, tampoco Motolinia tiene razón sino Zumárraga y Salmerón, que fue en el zócalo actual, cuatro kilómetros directos de Teotimihuacan.

Cierto, las invitaciones, los pregones para invitar a españoles al ensayo novohispano, se pregonan en Salamanca, en Ávila, en Plasencia, en Segovia. Pero lo cierto es que tampoco nuestra ciudad nació andaluza, como se repite, sino extremeña, y más de Badajoz que de Cáceres y masiva; según refiere Salvador Cruz en su revisión de las actas de los pobladores, nuestros portales son casi copia de los de Zafra, allá precisamente, en Badajoz, para remachar la versión...

En mayo de 1531, a poco más de un mes del acto religioso, Salmerón lleva a cabo el jurídico-político nombrando al primer cabildo, dando las ordenanzas para la comunidad, instalando las primeras ventas y, en una palabra, integrando a Puebla como municipalidad.

A cuatro meses de la fundación todo parece marchar sobre ruedas pero es ficticio el éxito inicial de la empresa. Puebla va a recorrer un trágico camino de graves penurias, crisis políticas, inundaciones, insalubridad, rigores climatológicos, desconocimiento del medio ambiente, pero fundamentalmente la labor de Zapa, criminal de los encomendados afectados en sus grandes y poderosos intereses. Como consecuencia, éxodo de pobladores. No llegó a la metrópoli uno de ellos, Luis de Castilla, a tratar de anular el proyecto en marcha.

En este momento, clave para la supervivencia y el desarrollo futuro de nuestra entrañable ciudad, surge la figura egregia del oidor Juan de Salmerón, nacido en Madrid, doctorado en leyes, ex-alcalde mayor de Castilla de Oro, consejero de Carlos V, miembro de la Segunda Audiencia. Investido de amplios poderes por ese organismo, personalmente se traslada a Puebla para afrontar directamente todos los serios problemas surgidos y darles soluciones definitivas. Cuatro meses de intensa labor hecha con pasión, con tenacidad de hierro, con energía creadora, permitieron que la ciudad sobreviviera y sentara las bases recias de su plausible futuro y de su posterior y ejemplar desarrollo.

Salmerón obtuvo mejoras en la habitación, repartió tierras en Atlixco, aprovechó la mano capaz del indígena y con visión de sociólogo, habilidad de estadista y calor de humanista, logró superar todas las dificultades presentadas. Abrió el horizonte que obtendría, no muchos años después, la grandeza de nuestra ciudad, admiración de propios y extraños.

Se establecían nuevas ideas y formas políticas y sociales en el trabajo, fruto de una actitud mental contra el mundo racionalista. Proyecto audaz, acaso utopía, invención, de superación humana que exigía el Renacimiento.

Creo que la figura de Salmerón debe exaltarse en toda su fuerza trascendente, en uno de los momentos más dramáticos de nuestra fecunda historia. Él es, sin duda, el gran forjador de Puebla, y su amor visceral, entrañable para Puebla, lo demostró no sólo en aquel proceso difícil sino también como miembro del Consejo de Indias, ya de retorno en Es-

paña, como apoderado de la ciudad, para la que obtuvo no pocos beneficios.

Puebla siguió adelante con el experimento social; se introdujeron frutales y cereales europeos, instrumental de hierro, tracción animal; se aprovechó el sistema de riego indígena, aljibes y norias y Puebla se convirtió en el centro agrícola más importante de Nueva España; en 1531 se funda el primer molino, en 1538, ya hay en Puebla, textiles, fundamentalmente sedas, linos, paños; se produce jabón, curtido de pieles, cerámica vidriada, vidrio y objetos de hierro, bronce y madera; Puebla es también la primera ciudad industrial y comercial del Virreinato.

Los indígenas se establecieron en barrios propios, alrededor de la ciudad española; se alquilaba tres veces su mano de obra, verdaderos "braceros urbanos". Ensayo nuevo de relaciones laborales dentro del sistema español, los encomendados no intervenían en el contrato, sino que éste se hacía a través del ayuntamiento; se inició el mestizaje biológico y cultural de la región pero aparece, y hay que señalarlo claramente, el problema de la marginación urbana...

Puebla vence, en fin, con Salmerón como guía y artífice, la parte negativa de la Conquista. El ensayo subsistirá casi sin encomiendas, como caso único no sólo en México sino en el continente. Además, de un lugar planeado para españoles, se convierte en sitio de mestizos, donde el cabildo incluso entregaba tierras comunales para que temporalmente los vecinos trabajaran. Recordemos que, el otro intento, el dirigido por Vasco de Quiroga en la Villa de Santa Fe, cerca de la Ciudad de México, dedicado a los indígenas, no pudo subsistir.

Y aquella ciudad primigenia, ciudad de vagabundos, surgida por el amor de Soto y Motolinia, el celo de Garcés, la tenacidad y visión de Salmerón, a la que concurrieron voluntades y esfuerzos generales, pronto tomó vida y personalidad propia, así como alcances insospechados. Este audaz, noble, alto programa social y humano, fue esencia, raíz y fundamento orgulloso de la erección y tránsito histórico de Puebla, de su nacimiento en 1531 a su rápida consolidación en 1534.

Esta empresa, de alcances elevados, se esfumó, se ha esfumado muchas veces en la fábula, en los mitos de los llamados por Martí "ángeles agrimensores" o del padre Florencia en 1692, con la aparición de San Miguel. Está comprobado, sin embargo, que la Puebla, la Ciudad de los Ángeles, fue obra de hombres de una pieza; en lo hondo y profundo del vocablo, con sentido y visión humanista. Ellos "inventaron" su comunidad y la supieron forjar...

Juan de Palafox, independientemente de su gran esfuerzo humanista como creador de colegios, retablos, hospitales, la catedral, traía una misión específica: la de cuidar los derechos de la Iglesia y del trono de España, consistente en el traslado de las parroquias y curatos de las órdenes monásticas al clero secular y la recepción de los ingresos que percibían los religiosos a las cajas reales; lucha política, económica, que en Puebla, llegó a ser problema social;

ocasionó la alteración de la paz... ¿no también recreamos e inventamos la figura palafoxiana una y otra vez?

No olvidemos que en pleno siglo XVI en Puebla se leía *El Decamerón* y se pintaba intensamente. Lo prueban los frescos de la casa del deán. Inventábamos la locura del barroco en la Capilla del Rosario y en ambos casos, nuestros insignes artistas, aún antes de Tonanzintla, estamparon su sensibilidad con su flora y fauna y sus rostros humanos.

¿No reinventamos un soplo del espíritu para integrar la biblioteca palafoxiana, obra material del obispo Fabián y Fuero?

Inventamos un "santo", Sebastián de Aparicio, que hasta hoy, oficialmente, es sólo beato, pero que ciertamente aligeró la pesada carga de los Tamemes, con sus carretas y carreteras...

Inventamos una historia de Zerón Zapata y ahora resulta, que el autor verdadero es Miguel de Alcalá y Mendiola... inventaron que Puebla se fundó en la llamada venta de Esteban Zamora y de Pedro Jaime, y los testigos oculares de la fundación ni la mencionan...

Dónde empieza o dónde termina lo real y lo ficticio, qué hay entre la utopía, los buenos deseos, la imaginación y lo tangible y real... encuentros y desencuentros en la forja de la Puebla...

Más adelante inventamos la Independencia, imprimiendo el Plan de Iguala, aunque los jesuitas expulsos, con Clavijero a la cabeza, forjados en sus colegios de Puebla, eran los parteros del alma nacional y precursores ideológicos de nuestra autonomía.

Con Miguel Ramos Arizpe, que vive y muere en Puebla, el federalismo; con Comonfort, y sus primeras medidas, la Reforma; con Francisco Miranda y Pelagio Antonio de Labastida, el absurdo imperio europeo y ¿no nuestro Antuñano inventa la industrial textil, gloria y crisis de los poblanos, un tiempo y otro?...

Y con Zaragoza y Díaz, los triunfos militares, después de mil desventuras...

Contra lo que se ha dicho, el espléndido valle poblano, tuvo un indiscutible origen indígena. La arqueología nos ha venido proporcionando material que indica que nuestros naturales de ninguna manera desaprovecharon la configuración física de su asiento, sus ventajas climatológicas y sus recursos. La Puebla prehispánica es básica en el estudio del problema de la densidad de la población mesoamericana y clave para el estudio de Teotihuacan. Es más: para tratar de entender la problemática histórica que encierra Cholula, nuestra Jerusalén americana, habrá que resolver nuestra incógnita inicial. Puebla es ya fundamental en la vida pre-clásica de ese acontecer, que no debemos sepultar y sí exaltar.

Ciudad inventada para españoles, vagabundos, pronto es mestiza... comunidad rural, sencilla, de casa de barro y paja, es ya en el siglo XVII admiración de propios y extraños. Una espléndida y lozana ciudad, llena de prosapia.

Puebla fue poco agrícola, comercial e industrial pero sobre todo fue y allí están, pese al tiempo y sus hombres, su

emporio artístico, su patrimonio monumental y religioso. También están la pintura, la escultura, la producción bibliográfica, su arquitectura, sus explosivos recuerdos, valores abiertos del Renacimiento en América, su traza y conjunto monumental, sus casonas, sus rejas, sus portadas y balcones, su barroco incomparable, sus formas y colores, su azulejo... sus alarifes y yeseros y doradores anónimos...

Aquí están entrelazados con la invención, con la creatividad, los edificios más típicamente mexicanos, de tres centurias novohispanas y aun del siglo pasado. Patrimonio común que algunos ignaros pretenden alterar y degradar, "modernizando" Puebla, derribando casonas para levantar estacionamientos y supermercados, legado que los poblanos de hoy y de mañana debemos respetar.

Porque Brujas, Ávila, Toledo, Cáceres, Praga, Urbino, Spoleto, Florencia no se han valorado por los metros de altura de sus edificios de vidrio o de cemento, las toneladas de pavimento de sus calles, ni en las básculas se han pesado los kilos de sus estructuras. Se han medido precisamente por la estatura de su valor artístico, por la hondura de su verdad patrimonial, insertada en el espíritu esencial de su historia y su significación y proyección cultural, humanística.

Por ello, la UNESCO reconoció en 1987 el valor de nuestro centro histórico, enlistándolo en el patrimonio universal.

Lamentablemente, ni la autoridad municipal de quien depende ese centro, ni mucho menos la comunidad, sociedad civil, tienen participación alguna en la normatividad. Ésta sigue dependiendo, a estas alturas del siglo, del Instituto Nacional de Antropología e Historia, organismo federal, muchas veces en manos de quienes son aves de paso, sin conocimiento mínimo del historial de la ciudad a la que llegan. Permiten y coadyuvan a verdaderos atentados, piqueta en mano, contra monumentos y entornos ciudadanos... con parches, se trata de integrar comisiones, que no pasan, con toda la buena voluntad del mundo, de ser menos aparatos de protesta pero sin poder alguno de decisión.

Es hora, pero ya, de que los poblanos, en nuestro caso, con conciencia y solidarios de la defensa de ese patrimonio, levantemos la voz y pongamos fin al galopante centralismo que no termina pero que sí pone en peligro nuestra misma identidad.

Somos un pueblo con memoria, con permanente aliento nutricional desde Salmerón, que ha sabido "inventar" su ciudad, su casa común a través del tiempo y el espacio y que sabe que para amar, defender y preservarla en sus mejores esencias, hay que seguirla estudiando profundamente. Así de simple y de trascendente es el dilema. ◇



Instrucción teatral en Puebla. 1785*

Antecedentes

Desde que en la Nueva España fue establecida la práctica de la dramaturgia, ésta asumió formas e intención ajenas, en buena medida, al propósito que hoy, en general, es atribuido al teatro: entretenimiento escénico de múltiples facetas. Así, en el ámbito novohispano, la dramaturgia fue utilizada para catequizar —especialmente en el siglo XVI—, para contribuir en la formación de conciencia cívica de índole hispánica —sobre todo durante el siglo XVIII— y también para divertir. El hecho consistía, en todo caso, en que la teatralidad era fundamentalmente vista desde una perspectiva alejada de su propósito estético literario.

Durante la segunda mitad del siglo XVIII —época que aquí interesa—, el objetivo del teatro que era atendible por el gobierno virreinal, por los jueces teatrales y por los empresarios, era el de “enseñar en las buenas costumbres”, tal como lo estableció el reglamento teatral de 1786, en su artículo sexto.

Un hombre de teatro en el más cabal sentido de la expresión: Juan Manuel de San Vicente, cuando en el Coliseo de México se propuso, en mayo de 1787, organizar y llevar a la práctica una original función de teatro, y “completa en todas sus partes”, mandó imprimir un *Aviso al público*, en el que anunció su decisión de escenificar la pieza *El amigo verdadero*, de Andrés Gil Enríquez, que le parecía perfectamente acorde con la finalidad que él concedía al teatro: “El objeto principal se dirige a dar una instrucción moral, para hacer respetable al mundo la augusta voz de amigo...” El mismo San Vicente añadió que en dicha obra se presentaba Avaricia como ente detestable, “para hacer por este medio amable la virtud y odioso el vicio, como fin legítimo del drama, que es deleitar aprovechando”.

Juicios como los anteriores menudean en escritos de la época, tanto salidos de la pluma de un funcionario virreinal, como provenientes de la de un juez, de un censor o de un empresario teatral. Todos coincidían a ese respecto: el teatro constituía buen instrumento para coadyuvar en la formación de conciencia cívica y de moralidad individual. Incluso se llegaba a extremos, como aquel de pretender que los espectadores se habituaran a vestir de mejor manera, después de advertir que los personajes/actores de las piezas teatrales aparecían sobre la escena usando “medias y zapatos decentes”.

El reglamento teatral de la época —válido para toda Nueva España— no perdió de vista el objeto orientador, correctivo y sugerente que se le concedía al teatro y, para lograrlo, continuamente eran buscados recursos dirigidos a ese fin, como era el nombramiento de jueces y censores y el establecimiento de disposiciones coercitivas, tanto para empresarios y actores, como para el público concurrente; empero, la carencia de textos teatrales suficientes y adecuados a la idea gubernamental acerca del teatro, lo mismo que la necesidad de ofrecer al público una imprescindible diversión, hicieron que reglamentos y hábitos teatrales se hicieran algo flexibles. En efecto, todavía en los inicios del siglo XIX (1806), el alcalde de corte Manuel del Campo y Rivas afirmaba que el teatro era una especie de taller en

* El lector mayormente interesado en este tema encontrará información documental pertinente en: Archivo General de la Nación, México, serie *Historia*, tomos 467, 473, 476, 478; serie *Bandos*, tomo 14. Biblioteca Nacional, México, *Manuscritos*, tomos 1410-1413; *Raros*, tomo 588 (Lafragua).

donde se figuraban héroes y reformaban costumbres, pero también reconocía que había necesidad de alguna diversión "para la vida humana, que es el descanso del alma"; esta convicción era la que hacía que las autoridades virreinales ajustaran los reglamentos, pues también consideraban que, de no hacerlo, la actividad teatral caería en una penuria tal, que no se dispondría de obras representables y redituables; así, un juez de teatro, en 1791, proponía que otros como él se conformaran con que las piezas escenificables no contuvieran cosas que "ofenden al pudor o la decencia", y que, si las tenían, que se les pudieran "suprimir y mutilar". Por lo tanto, la finalidad moralizadora básica se mantenía sin alteración, con lo cual las representaciones dramáticas simultáneamente asumían su propio papel dentro del escenario social novohispano, hecho del que derivaba su mayor importancia, al menos desde la perspectiva gubernamental; por esto también se pedía que los jueces de teatro fueran individuos bien instruidos, dedicados a la lectura, dotados de fina capacidad crítica e ilustrados por la experiencia "de lo que es el mundo en su totalidad interior y exterior".

La posible utilidad "social" que se le concedía al teatro novohispano hacía que a éste se le apoyara de muy variadas maneras, como era su programación de cuatro a cinco veces por semana, según que se diera o no con la intercalación de bailes del país, pues éstos y la música contribuían a la mayor concurrencia de gente aficionada; más aún, en ocasiones en los interludios se incluían peleas de gallos, aunque éstas a veces eran cuestionadas por los jueces de teatro, ya que eran consideradas propiciadoras de actos vandálicos. Esta última circunstancia hacer ver, por otra parte, que a las autoridades les importaba incrementar los ingresos económicos a como diera lugar. A este respecto hay que tener presente que, del teatro, también dependía el sostenimiento de instituciones de beneficencia, como era el caso, en la Ciudad de México, del Hospital real de naturales. Exigencias de esta índole hacían que el gobierno virreinal favoreciera la llegada de actores y de compañías extranjeras. Un caso, entre muchos, fue el del actor/bailarín italiano Camilo Bedoti, quien, en noviembre de 1795, llegó a México procedente de Lima.

Otro modo de apoyar la actividad teatral consistía en propiciar la cohesión de las empresas correspondientes, mediante la suscripción de contratos, que obligaban a sus firmantes a no separarse de sus trabajos mientras no se cumplieran las representaciones programadas por temporada; sin embargo, esta situación a menudo era infringida por las autoridades mismas, sobre todo cuando éstas querían cubrir una ausencia en provincia o promover allí puestas en escena. Esto ocurría con frecuencia en relación con los coliseos de Puebla, Guadalajara y Veracruz.

En el afán de impulsar y de dar continuidad a la dramaturgia novohispana —con fines sociales—, la autoridad virreinal veía con buenos ojos, por ejemplo, el que los actores estudiaran, ensayaran, que evitaran al apuntador y que fueran mejoradas las condiciones acústicas de los coliseos; incluso en Nueva España se difundían pequeñas obras peninsulares que hacían apología de la dignidad del teatro y de los actores españoles; éste fue el caso del *Manifiesto por los teatros españoles y sus actores*, de Manuel García de Villanueva (Madrid, 1788).

Un tópico poblano

Dentro del contexto suscitadamente descrito, en particular por lo que atañe al aspecto educativo, puede ser inscrito un hecho acontecido en la ciudad de Puebla hacia el final del siglo XVIII. En su coliseo —todavía hoy erguido y en funcionamiento— se ofrecía espectáculo teatral y, en consecuencia, se daban en aquél asuntos aldeaños: los relacionados con compañías teatrales, empresarios, actores y con la formación profesional de éstos. Unos eran circunstanciales y, por lo mismo, tenían menor trascendencia, como el caso de la "primera dama" del coliseo poblano, María Gertrudis Urdanivia, cuyo trabajo fue solicitado por el coliseo de la Ciudad de México, para suplir aquí a su equivalente escénico. Este hecho, por otra parte, deja ver lo complicado que eran estas situaciones y los múltiples recursos de que se valían los actores involucrados, para no satisfacer peticiones laborales de teatros distintos al suyo. Otros asuntos, empero, tenían recuperación mayor, pues trascendían el ámbito meramente teatral, aunque no dejaban de vincularse con éste, por atañer a su aspecto educativo o de formación profesional.

Por febrero de 1785, José Savella y Morali, maestro de danza y baile y vecino de la ciudad de Puebla, mediante contrato se comprometió a enseñar sus habilidades escénicas a dos adolescentes radicadas en la misma ciudad: Rosa y María Orsillez. Éstas eran huérfanas de padre, pero su madre, Josefa Antonia de Loaeza, tal vez impelida por la inopia, cedió a sus hijas para su tutela.

El documento establecía que la enseñanza de Savella se prolongaría por un lapso no inferior a siete años; durante este tiempo las jovencitas tendrían asegurados un salario y su instrucción técnica; el primero consistía en dos pesos para cada una por cada escenificación en que bailaran; además, quedaba estipulado que el compromiso signado por ambas partes obligaba a las adolescentes a que acompañaran profesionalmente a su tutor a todos los bailes y festines del coliseo poblano, sin faltar a ninguno, excepto por enfermedad grave; por añadidura, las alumnas quedaban comprometidas a que podían ser enviadas a otros teatros virreinales que solicitaran sus servicios, con la única condición, favorable para ellas, de que Rosa percibiera dos pesos por cada baile suyo, y María sólo uno. Se ignora la razón del dístico. Si ellas no querían hacerlo, podían ser obligadas mediante un recurso legal. Por su parte, el maestro Savella quedaba obligado, por los mismo siete años, a sostener a las hermanas y a proporcionarles una "vida arreglada". El propio maestro se reservaba el derecho de exigir a Rosa y a María que lo trataran con respeto y, en el caso de no hacerlo éstas, de castigarlas según su criterio. Por si esto fuera poco, el mismo contrato tutorial señalaba que, si las pupilas abandonaban el hogar de Savella sin el permiso de éste, las hermanas serían buscadas y después de ser halladas, iniciarían un nuevo y obligatorio periodo de tutela, por otros siete años, en las mismas condiciones del primero. Esta última cláusula era importante, pues los miembros de compañías teatrales con frecuencia buscaban la manera de huir de las exigencias leoninas de sus contratos; para evitar esto, la organización teatral novohispana contaba con apoyos gubernamentales eficaces, como puede constatarse a la vista de los numerosos procesos legales seguidos a diferentes actores, cantantes y bailarines.

Sabido lo anterior, es fácil imaginar los abusos a que se prestaba la realización de contratos como el signado por el señor Savella y la madre de Rosa y María Orsillez. En efecto, poco menos de año y medio después de celebrado aquél, las "huérfanas" se hallaban presas en la Casa de recogidas de la ciudad de Puebla, acusadas de un delito hoy imprecisable a la vista de la documentación existente; sin embargo se sabe que hubo una averiguación pertinente, a raíz de la cual se comprobó que Rosa Orsillez tenía un hijo de Savella y que éste tenía dos más con la "primera dama" del coliseo poblano, María Gertrudis Urdanivia, al parecer teatralmente formada con el mismo sistema de las hermanas Orsillez.

El proceso correspondiente efectuado inculpó al señor Savella, pero las consecuencias legales sólo consistieron en ordenar a aquél que ya no procurara comunicación con ninguna de las dos mujeres, "para que no haya escándalo". Por su parte, las Orsillez llegaron a constituirse en parte de la compañía teatral del coliseo poblano, pues a mediados de 1786 eran bailarinas allí, y por esas mismas fechas se veían forzadas a trasladarse a la Ciudad de México, para completar una serie de funciones en el Nuevo Coliseo. Este hecho al menos prueba que la instrucción teatral, en la Puebla de finales del siglo XVIII, cumplía el objetivo básico para el que fue creada.

A pesar de lo anterior, es justo decir que, independientemente de lo ocurrido en torno al señor Savella y su método de instrucción teatral, había otros maestros y empresarios que procuraban lograr el mismo propósito que aquél, pero sólo mediante la organización de sesiones técnicas, que incluían ensayos en horario preestablecido, pero que jamás aceptaban a niños.

Cabe decir, entonces, que la Puebla de la centuria de la Ilustración —al menos en una de sus partes— contaba con medios y sistemas educativos teatrales, tal vez organizados de modo rudimentario y acaso extraoficial, a fin de lograr la continuidad y el profesionalismo del espectáculo escénico, pero la falta, insuficiencia o imprecisión de la reglamentación respectiva podía desvirtuarlos y volver ineficaz el mecanismo entero; por esto se incrementaba el desprestigio generalizado, que con razón padecía la gente de teatro, en particular los actores, cantantes y bailarines. ◇

Cholula, piedra que sangra ríos

para Alfredo Toxqui

PERSONAJES:

EL CAPITÁN ALVARADO

SUS OFICIALES: A, B, C Y D

DOS O TRES FRAILES MISIONEROS

UNA MUJER INDÍGENA

LOS CHOLULTECAS

El CAPITÁN ALVARADO departe con algunos de sus compañeros; se han reunido para planear acciones así como para evocar nostalgias y plantar incertidumbres.

- A. Señor Capitán, ésta es la casa de los homicidios, de las guerras y las disensiones, señor Capitán. Grandes crueldades y fuertes cautiverios y se tienen mucha gente de guarnición.
- B. A esta Cholollan la tienen por otra Roma; gran santuario a do hay tantos templos del demonio como dijéronme días en el año, e yo veo muchos pero no los he contado.
- A. Su ocupación y morada es estar siempre en las casas y presencia del demonio y para velar toda la noche. Ocúpense cantando al demonio muchos cantares y ofrécnlos con sangre de partes diversas de su cuerpo. La mayoría son capellanes y ayudadores del demonio.
- C. A éstos les aparece muchas veces el demonio o ellos lo fingen; y dicen al pueblo lo que el demonio les dice.
- D. De lo que hacen estos informadores e ayunadores, huelga mucho de oír a Moteczuma, el gran Señor de México...
- B. E si alguno de estos capellanes les apetece mujer, ayúntanse muchos ministros del demonio y mucha gente popular y senténcialo a muerte.
- A. ¡Ésa es una buena cosa de imitar! (*Ríen fuertemente*)
- ALVARADO. Éste es un pueblo bárbaro aun en sus apetitos. Pueblo donde todavía el fuego es esclavo. Pueblo brasero y brasa calcinada. Echan su sangre en el brasero para que no muera la lumbre de los demonios.
- A. Por las lenguas sacan dos palillos aunque no tan grandes, y de grueso de un cañón de pato...
- ALVARADO. No me importa que ofrezcan a los demonios papel y copalli y codornices, sino que a las puertas de sus

- casas las adornen con cráneos sanguinolentos. Parecen estar engolosinados con la sangre, entretenidos en su color que es la color de los infiernos. Ése es su culto una fiesta terrible de la sangre, una manera animal y sangrienta de solicitar la muerte. Me parece verlos más inclinados al morir, que a comprender la vida y disfrutarla.
- B. Os acordáis del aula, Capitán. Estáis hablando como doctor universitario...
- ALVARADO. ¿Cuál aula? ¿La de *El Toro quemado* en Palos? ¿A qué aula te referís, hideputa?
- B. Al aula... al claustro de la universidad... A cualquiera sala de sabidurías... Vos sí habéis tenido la oportunidad, Capitán...
- ALVARADO. ¡Y vos no, señor Marqués de la Fuente del Piojo y Maestre del Santo Muladar de la Liendrera! ¿De dónde soís?
- C. De León ciertamente, de la Fuente del Piojo.
- ALVARADO. Pues pronto seréis Marqués. ¿Y vos, Mesoneros?
- A. De Aranjuez, Capitán; que nací junto del horno del mesón de mi padre que era molinero. Diego Mesoneros.
- B. ¡De ahí hurtaste el nombre, rufián, pues a tu padre lo conocían únicamente las mazmorras!
- D. Y a su madre, los alguaciles... (*Ríen*)
- C. ¡Junto al horno... Y nacistéis *hornadamente* ya que no honradamente!
- ALVARADO. Tierra sólida y firme como la de Extremadura. Aquí el agua se confunde con el lodo; con el fango podrido de muertes y almas en pena. Aquí hay que caminar trancadas como el raptador Tarquino... (*Suena un toque de campana*) ¿Qué es esa campana?
- A. No lo sé... Quizá el tañido de la misericordia. ¡No la oigáis, Capitán!
- ALVARADO. (*Muy molesto*) ¿De qué hablas, imbécil?!
- A. De la "misericordia", Capitán... (*Se ríen entre ellos, suave y malintencionadamente hacia ALVARADO*).
- ALVARADO. Misericordia... ¡No conozco el significado de esa palabra...! Debo haberme olvidado del sentido de esa palabra en estas tierras...
- B. (*Burlándose del Capitán*) Viene de *miser. miserere nobis. Y cordia...*
- C. ¡... corazón!

B. Y cordia, corazón, Capitán... (*Ríen todos fuertemente*)

ALVARADO. Estáis borracho como es tu costumbre. (*Transición*) Cuando suena una campana en cualquier parte del mundo hay que sentir el aguijón de una daga en el pecho. El fierro de las campanas de Badajoz tiene esa virtud semejante a las dagas en el corazón... Ahí suenan y se sienten así... Ahi... repican... ya que... Misericordia... es el nombre de mi madre. ¡Misericordia del Sagrado Corazón!

C. (*Tras de pausa grave*) Señor, la gente de esta tierra mezcla su coraje a sus acciones en tal forma, que bien parece que no solamente el demonio, sino también la naturaleza, discuten a veces si viven o mueren.

D. Ciertamente, parecen vivos y muertos al mismo tiempo.

B. Para abrir las lenguas de los otros sobre una manta blanca...

C. Sus navajas son navajas negras como azabache...

D. Navajas de azabache para las lobas hambrientas abiertas por delante.

A. Pelo de conejo hilado y teñido, Capitán. ¡Cuidado! ¡Culebras, langostas y mariposas negras como navajas de azabache!

C. Os piensan un ídolo, Capitán. Os están pensando un ídolo, Capitán. ¡¡Cuidado!!

B. Y para no convidaros, Capitán, cuando comen su chili o ají con esa carne de sus prisioneros... Todos comienzan a comer su chile o ají con esa carne...



ALVARADO. Dejad dispuestos los aceros...

A. Siempre mantenemos dispuestos los aceros.

C. Mueren y viven sin furor. Esperan de vos todo: permiso, libertad y honra para morir.

ALVARADO. ¡Reyes y dioses de estériles coronas, de cetros baladíes como las cañas de la estera! A ninguno de ellos debemos temer; a ninguno de ellos podemos concederles el título de rey. Son gente de los demonios y por lo tanto enemigos del género humano: mitad hombres, mitad bestias; mitad agua, mitad lodo pestífero de sangre podrida. ¡En su interior no habita lo que debe ser temido!

D. ¡Coronas infructuosas, éstas!

A. Y acabados de labrar, los palos fuera de los patios, ahí vienen los capellanes que sacan sus navajas de piedra con que se habían de abrir las lenguas, para ponerlas sobre una manta blanca...

C. ¡Cuidado, siempre cuidado! ¡Cuidado!

A. (*Se inicia un crescendo*) Incensarios de barro e copalli... ¡Misericordia!

B. Puntas de maguey como alesnas de palo y tizne... ¡Misericordia!

C. Arrimados a la pared sin levantarse aún para hacer sus necesidades. ¡Misericordia!

D. Echando brasas en aquellos incensarios todos juntos. ¡Misericordia!

B. Y con ese tizne en la cara y el cuerpo se paran negros a sacrificarse de las orejas. ¡Misericordia!

C. ¡Ved aquí con que desertéis y os saquéis sangre de las orejas y así no dormiréis! ¡Mi se ri cor día!

A. ¡Y que para aquel día se había de morir un hijo o hija! ¡Misericordia! ¡Para echarle la sangre sobre su cabeza y quebráble el incensario en pena de su maleficio! ¡Misericordia!

Los ruidos de la sonata de la paranoia empiezan a llenar el ambiente. Antecedentes a la llegada de los misioneros, que vienen con unos cuantos indígenas ricamente ataviados. De entre éstos, una mujer indiana se para significándose por su belleza.

- B. En esta Cholollan, Capitán, no estamos en Castilla, Andalucía o Extremadura. Vos, Capitán podéis acordaros de Badajoz; de vuestra infancia en la morada familiar y, con misericordia, acordaros también de vuestra augusta madre, la Señá Doña Misericordia... (*Ríen*)
- C. Esto es sin tomar la necesidad del sueño, Capitán.

Ahora están con ellos los misioneros y el séquito de indios. ALVARADO siempre que se refiere a la MUJER INDIA le dirá la mujer.

EL FRAYLE. Los ejemplos aquí sólo se ven semejantes a los del Libro de Josué, que después de las conquistas edificaban cerca del Jordán *altare infinitae magnitudinis*...

D. Cerca de un tiro de ballesta, de esquina a esquina, está el Jordán, padre (*Ríen*).

EL FRAYLE. Así es; y en los pueblos menores, a tiro de arco de esquina a esquina. Y que nadie se pasare sin hacer acatamiento y reverencia al demonio o algún desangradero de las orejas o de otra parte.

ALVARADO. ¡Soy como el perro guardián de la casa: can guardador de la casa yo soy, padre! ¡Figuro en la lista de los dioses de este pueblo, padre! Me llaman ¡Tonatiuh, el Hijo del Sol! ¡Qué mayor gloria para la noble España!

EL FRAYLE. Estamos en tierra de ciegos, Capitán. No debemos olvidar que aunque los españoles conquistan por armas y palmo a palmo esta tierra, Dios mostró muchedumbre de maravillas en estarla ganando por tan poca gente española... tan amplia tierra de siervos.

ALVARADO. El Capitán General no se opone a que estos seres construyan otra torre de Babilonia; pues a sólo siete leguas tienen la más alta sierra que creo hay en la Nueva España, que son el vulcán y la sierra blanca que siempre tiene nieve.

A. Y nubes... Nubes de tempestades, también, de las que caen grandes piedras en figuras de sapos. Andan por este cerrejón como conejos los indios e como serpientes e piedras en figuras de sapos hinchados y en desasosiego...

B. Padre... en su lugar más alto, una cruz que un rayo quebró, y puesta otra y otra ¡acaeció lo mesmo!

EL FRAYLE. Por esta idolatría envía Dios sus rayos. Él es quien los trae al Reino de la Iglesia y los sujeta a la obediencia del Rey de España. Él tampoco permitirá que en estas tierras se pierdan y condenen más ánimas, ni haya más idolatrías.

A. En la tierra, lo continuo y general es que se entierren e niños...

B. En el agua... se les ofrecen y ahogan en ella...

C. En el aire... los asaetan a palos diez o más brasas...

D. En el fuego... porque se echan atados de pies y manos...

B. ¡Fuego perpetuo que nunca se mata, Capitán!

C. ¡Usted tiene tanto qué entender en sus duelos, Capitán, y pesares! ¡Misericordia!

ALVARADO. Padre, las joyas y riquezas; el oro de estos reinos de Dios y de Su Majestad, se encuentra escondido en el más secreto lugar que han encontrado. Estos tesoros están con sus ídolos en sus templos.

EL FRAYLE. Les habéis puesto tributos desaforados...

ALVARADO. ¡Y no bastan para cuanto los indios puedan haber!

EL FRAYLE. ¡Dan tributos de esclavos; oro humano; oro de eternidad divina!

A. Esta ciudad es la Roma de los demonios, padre.

EL FRAYLE. ¡Blasfemias!

ALVARADO. Cuando les inquiero del oro, me responden:

UN INDIO DEL GRUPO. Cuando los escondimos no conocíamos a tu Dios... Pensábamos que se irían presto... que volverían a su tierra... e ya que vinimos en conocimiento e vimos que no era así... dejámoslos allí podrir, porque teníamos vergüenza y temor de lo sacar.

ALVARADO. ¡Patrañas! (*Va hacia la MUJER INDÍGENA*) ¡Somos dioses y hombres, la mujer, a quienes los golpes y puñadas del mundo han templado en la lucha!... ¡A mí no me interesa confiar a vuestros pechos este asunto, la mujer! (*Al FRAYLE*) Padre... hermanos, os agradezco la visita y os ruego me dejéis solo. (*Salen de escena los FRAYLES y la comitiva india.* ALVARADO sigue refiriéndose a LA MUJER INDÍGENA) Cualquiera cosa terrible me resulta indiferente por ofender el mundo, la mujer...

B. Capitán, os véis abrumado de luchar tanto contra vos... y la fortuna, Capitán...

C. Contra la fortuna, diría el canónigo...

D. Contra vos, dicen los capellanes de los demonios...

A. Capitán, cada minuto de tu ser es un golpe de puñal contra tu vida. Misericordia.

ALVARADO. (*Exaltado*) ¡¡Misericordia!! (*A LA MUJER*) ¡Oye! ¿Tú has escuchado antes en tu vida el nombre de Misericordia del Sagrado Corazón...?

MUJER. No comprendo tus palabras. Tu lengua me es ajena, Tonatiuh.

B. (*A ALVARADO, insidiosamente*) Hemos empezado a revolver la tierra y a desenterrar a los difuntos; tengámosles misericordia.

C. (*Igual*) Hemos empezado a desasosegar los quietos que se pudren de ausencia e hieden como redomas pestíferas en el Templo de Dios. Misericordia, Capitán.

MUJER. Tu lengua me es ajena, Tonatiuh...

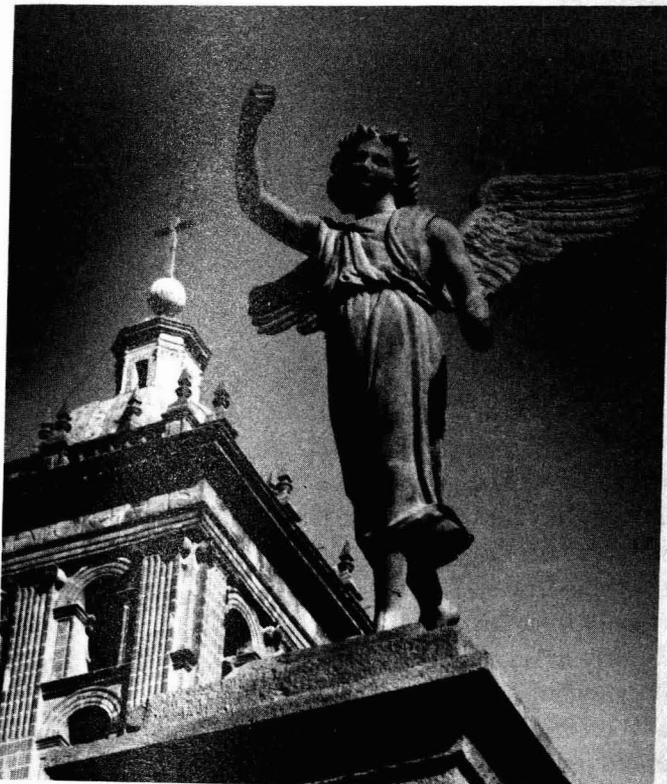
A. (*Igual*) Apremiados y afligidos buscan todo aquello que les ha sido quitado. ¡Tengámosles misericordia!

D. (*Igual*) Antes que lleguemos nos salen a recibir, por saber si nosotros hacemos fruto sabroso de sus ánimas...

Un rumor de miedo se esparce por el escenario. ALVARADO y sus compañeros sienten escozores y angustias de pánico; son los momentos previos a la matanza de Cholula. Las picas homicidas inician su alegato de furia y destrucción genocidas.

ALVARADO. Son inalcanzables los designios de Dios. Escarabajo del estercolero, murciélago secular que pretende volar en plena luz del día. Escucha, *la mujer...* en medio de mis piernas habita corroyendo mis vergüenzas un murciélago de piedra que quiere romper su claustro.

MUJER. No comprendo tu lengua, Hijo del Sol. Sólo me hablan de ti los rayos de tu pelo (*Se despoja de sus ropas*).



- A. (*Viendo hacia afuera*) ¡Esta noche está plagada se zumbidos de alas pequeñísimas!
- B. ¡En esta parte de la tierra, la noche se puebla únicamente de estrellas y es una loba ululante, Capitán!
- C. ¡A estas horas el cielo es un tapiz de estrellas que zumban y cintilan, como queriendo hablar de la bondad de Dios...! (*Salen los cuatro*)

ALVARADO. (*Muy cerca de LA MUJER*) Las cosas buenas de la mañana siento que empiezan a derrumbarse. Esas estrellas y su parpadeo son las huestes negras de esta noche con sed. (*Transición*) ¡Que no se asombren los tiempos por venir! ¡Que no se asombre tu raza, *la mujer!* ¡Te espero igual que una loba abierta por delante! ¡Las cosas que me hicieron venir a estar tierras y llegar a ti... sé que se afianzan con la maldad de tu sangre! (*Como en un grito desgarrante*) ¡¡Quién ha mandado que esta raza bárbara se ayunte con nosotros!! ¡¡Quién a dado la voz del juntamiento del murciélago de oro y la loba azabache!! ¡Ah...

noche sedienta como una loba abierta por delante, no tienes cabida para la desconfianza del Rey Nuestro Señor! ¡No vislumbres los arreboles de occidente, lugar de lobas abiertas; noche sedienta de horas! ¡El visitante rezagado no pasa de ser un humilde huésped! ¡Alisten los aceros! ¡Las ballestas! ¡¡Saquen filos porque nuestro corazón se ha inflamado buscando palabras nuevas!!

Entran los cuatro sumamente agitados.

A. ¡Señor Capitán, hay concurrencia de indios en la plaza! ¡Han cortado el pescuezo de un conejo, la lengua de una serpiente! ¡Han sacado de sus cuencas los ojos hinchados de los sapos...! ¡Y beben la sangre de todo ello, mi señor!

ALVARADO. ¡El conejo debe terminar su vida con veinte cuchilladas en su corazón!

C. (*Muy grave y tenso*) ¡Nuestra gente está presta, Capitán! ¡Esperan vuestra orden, capitán de asesinos! ¡¡Piedra que labra llantos!!

ALVARADO. ¡¡La honra de España, hidalgo!! ¡¡En ella tenéis reservado un sitio!! ¡¡Gánalo con fuerza!!

Salen los cuatro a iniciar la matanza. ALVARADO está con LA MUJER, despojados ya de sus ropas.

Tú... *la mujer...* como la imagen verdadera de mi miedo. Tú... *la mujer...* indiana... alucinación que me estremece y me espanta. Dios cumple en mí sus deseos como a ti te lo ha anunciado... ¡Contempla! ¡Mira! ¡Tú y yo levantamos un osario gigantesco que asombra al mundo desde el centro de tus ojos de loba acorralada! ¡Un osario en la cumbre de la gran pirámide! ¡Mira cómo los cráneos ciñen ya tu cintura, *la mujer,* cómo las tumbas devuelven su contenido anunciando nuestras nupcias tintas de grana! ¡Nuestras nupcias como la terrible aurora de la carroña... igual que la guarida de los buitres esperando impacientes la resurrección... ¡Qué descendencia de árboles me ofreces en magnífica dote! ¡Ah... tú, *la mujer...* Misericordia del Sagrado Corazón, que llevo a mis espaldas... y no hay vergüenza capaz de amordazarme... ni dignidad alguna que cercene mis manos sobre tu vulva de piedra negra... murciélago azabache aposentado en tu vientre de jade y pedernal...!

El escenario se ha poblado de ruidos de matanza y trazos de muerte. Irrumpen los coreutas en una danza fúnebre con el sempiterno ballet de sangre que se ofrece fatal en batallas y diálogos oscuros. Temas musicales estridentes, sordos, multiplicando los pasos de danza en los que el entrecortamiento de las voces sobrevive segador e implacable. La matanza de Cholula ordenada por Cortés y ejecutada por ALVARADO, ante el temor de ser ajusticiados por los pueblos indígenas ya sometidos, establece la pauta del miedo y la matanza en nuestro país; la señal de la angustia y el holocausto.◊

Germán Venegas

La primera vez que vi una obra de Germán Venegas fue en Aguascalientes, en el Encuentro de Arte Joven, una vez que yo no fui jurado. De paso señalo la importancia de ese tipo de encuentros y concursos, que es donde podemos ver a artistas que no están todavía en galerías y que no veríamos de otro modo. Recuerdo que no se le dio premio, aunque no estoy seguro si se le dio alguna mención. Su trabajo me sorprendió y casi diría que me revolvió. Se trataba entonces de unos relieves coloreados, cuya apariencia remitía inmediatamente al trabajo de máscaras de cartón de las ferias mexicanas. La referencia era válida: ahí estaban los colores, las formas, podría decirse que las texturas, pero en una situación nueva. No se trataba de formas consabidas y repetidas, como en el arte popular, sino de creaciones personales e intencionadas.

En realidad no eran piezas de cartón, sino una combinación de talla en madera incluso en lienzo. Yo no sabía entonces que Germán Venegas era hijo de un santero entallador. Hace doce o trece años que esto sucedió empezaban a figurar en el ambiente mexicano una serie de artistas que intentaban retraer ciertos aspectos de un arte popular mexicano, primordialmente de un arte marginado y mal reconocido, tanto del campo como de la ciudad. Se les llamó “neomexicanistas” por algunos. Yo rechacé siempre ese término, por varias razones: por antipático en primer lugar (todo término que requiere de un adjetivo o un prefijo es por definición antipático); por incongruente, puesto que la idea de “neo” implicaba una referencia a la “escuela mexicana” y su exaltación del pasado y el presente indio —y yo no veía en los nuevos artistas ninguna intención de idealizar ese pasado o presente con rasgos del pasado, sino precisamente una actitud de rechazo hacia aquella posición, esa sí “mexicanista”— y por pobre para definir las búsquedas que algunos artistas emprendían en los principios de los años ochenta.

Pero la realidad es que en el escenario tan amplio y variado del arte mexicano algo específico estaba pasando. Yo lo he llamado —con poca fortuna, por cierto— “los del nopal” apoyado en una exposición del Museo de Arte Moderno en 1986, cuyo título y lema era (tomado de una sátira del siglo XVII) “que para tanto oropel/tiene espinas el nopal”. De quienes andaban en esa vertiente, algunos declinaron a un folklorismo o pintoresquismo de poca trascendencia. Otros, en cambio tuvieron ahí su punto de partida para desarrollar otras cosas. Entre éstos está Germán Venegas.

Suponer que Germán Venegas es lo que es porque es hijo de santero y entallador me parece equivocado, porque propone la continuidad de una tradición y lo reduce a una especie de artista popular, que continuara la historia de sus mayores. Germán Venegas puede ser visto y apreciado sin conocer tal antecedente. Ni está determinado por esa circunstancia ni repite lo que hicieron sus mayores. Sin embargo esa circunstancia tampoco puede ser despreciada. Más que en el aprender un oficio —lo que sin embargo lo marca de alguna manera— lo que



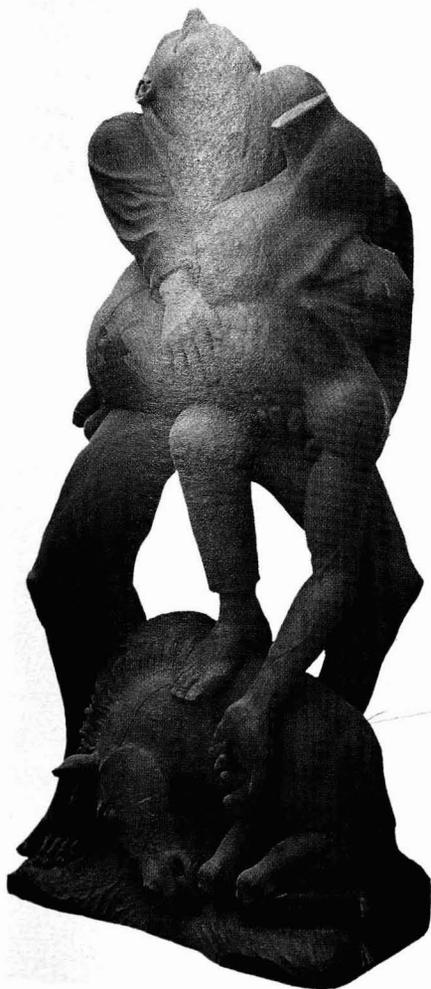
De la serie *Los payasos*, 1986, gouache/papel, 90 x 80 cm



Los abuelos, 1984, acrílico/altorrelieve de cartón y madera/tela, 140 x 180 x 6 cm



Zapata vivo, 1984, acrílico/cartón y tela, 140 x 180 cm



La muerte de Zapata, 1987, escultura en madera, 130 x 60 x 30 cm

siento al ver su obra es una concepción del quehacer que, si bien tiene qué ver con lo que es el arte en términos de nuestra apreciación actual, tiene también qué ver con otra idea, absolutamente ajena, la de que hacer un objeto tiene una carga de sagrado.

Quizá sea eso lo que hace excepcional la obra de Venegas. Frente a ella sentimos que no estamos ante un juego inteligente, ni frente a una notable habilidad, aunque desde luego hay juego y hay inteligencia en su obra, y hay una sorprendente habilidad. Pero hay, más allá de eso, un sentimiento profundo, cargado de presencias interiores y cósmicas (si se me permite decirlo), en donde se confunden y funden nuestro (su) personal microcosmos con un ámbito mucho más amplio, el de un mundo que no conocemos pero sentimos a través de objetos como los que Germán Venegas inventa. Su obra no es de aquéllas que se quedan en sí mismas, sino que se propone como camino para acceder a otros terrenos.

Venegas es un artista de riesgo. Vale decir, es un artista inconforme. Empezó por esa rehabilitación del mundo de la imagería popular. Pero pronto se fue por otros derroteros. Por una parte realizó esculturas en madera, extraordinariamente trabajadas, de una delicadeza que —en nuestro medio— sólo es comparable al trabajo de Reynaldo Velázquez. Y por otra parte desfogó su necesidad hacedora en gran cantidad de papeles coloreados. Ambas cosas revelaban un artista absolutamente fuera de lo común.

La última exposición de Venegas en el Museo de Arte Moderno permitió ver cómo un artista vela sus armas antes de dar una gran batalla. El grueso de la muestra era de trabajos de los últimos dos años.

No sé si sea correcto hablar de "relieves". Las obras tienen volumen y obligan a una visión frontal, pero no se interesan en la gradación de las formas respecto al plano. Son objetos, pedazos de objetos, pedazos de cuerpos humanos que se colocan sobre un plano. Maderas trabajadas en forma violenta. Cuerpos despedazados, en palos mal armados. Una inusitada capacidad "gestual" en el medio escultórico, que teóricamente es ajena a él. Junto a la madera, alambres, cerdas, pelos.

De pronto advertimos que Germán Venegas se ha convertido en un artista de una dimensión sorprendente, que propone y refleja un mundo descoyuntado, sin sentido claro. No hace otra cosa sino sumergirse en la realidad que le está en torno. Y emerger con unos objetos absolutamente impredecibles, esos relieves que tienen una presencia propia y verdadera, pero que remitan a otras realidades míticas y profundas.



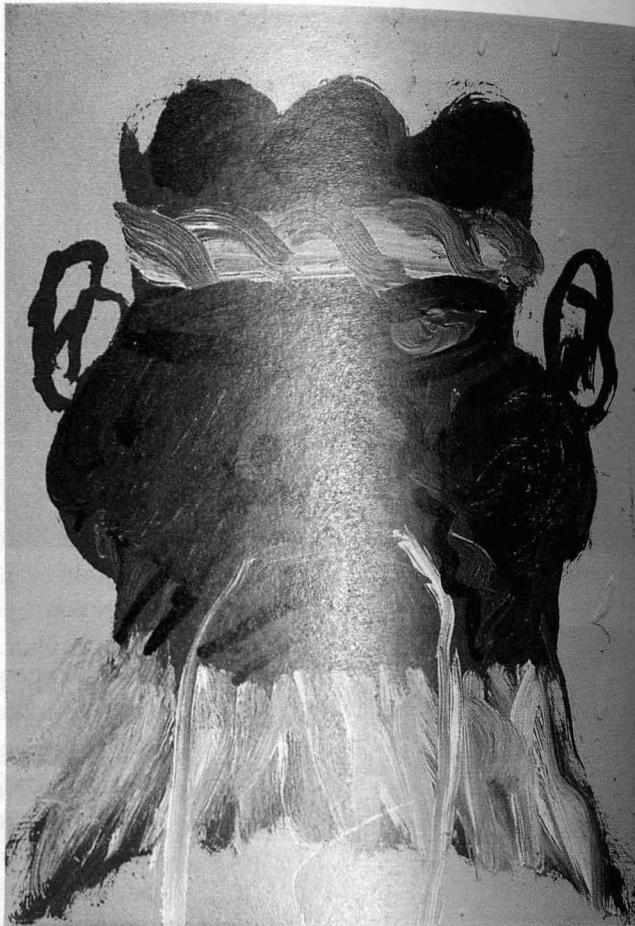
De la serie *Los payasos*, 1986, gouache/papel, 90 x 80 cm



Boxeador y modelo, 1985, acuarela, 80 x 105 cm



De la serie *Los payasos*, 1986, gouache/papel, 90 x 80 cm



La tensión que resulta del conservar formas tradicionales del quehacer artesanal y realizar una obra personal y por lo tanto única es lo que hace de la obra de Germán Venegas un hecho sorprendente y magnífico.

Sin ninguna referencia explícita, la obra de Venegas se introduce en los laberintos degradados del mundo que vivimos. Lo hace con una fuerza de aquéllas que se encuentran sólo muy de cuando en vez. Dueño de un oficio notable, tiene la capacidad de hacernos ver, a través de sus figuras desmembradas, la miseria de nuestro mundo. Y al mismo tiempo mantener una mirada socarrona, burladora, de este espacio y tiempo que es el nuestro.

En el fondo, quizá, Germán Venegas no se propone sino como un testigo. Un testigo de excelencia de las miserias y grandezas de este pedazo de tiempo que es —así sea sólo prestado— el nuestro. ◇

Algunos pintores en Puebla

Una de las características fundamentales de la actividad artística, su capacidad de autogestión (es decir, su espontaneidad individual y colectiva para surgir y manifestarse) se hace patente en el plano de las artes plásticas mexicanas de hoy en día. En efecto, como si este mundo de explosivas y multiformes imágenes que confor-

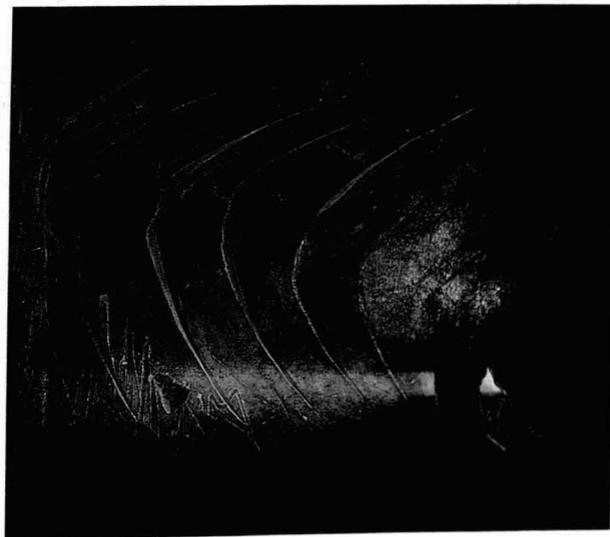
man las postrimerías del siglo XX se expandiera en todas las direcciones y sentidos, los jóvenes pintores —sin acatar las lentas elucubraciones de los teóricos y críticos— parecen apoderarse de miles de disyuntivas, técnicas, corrientes y contracorrientes, secuencias, reflejos y tonalidades para arribar, en logros variados y sorpren-

dentes, a obras, facetas y periodos muy expresivos y muy libres.

En México, el último decenio ha propuesto asimismo una pintura joven más indiferente a los cánones y modas y, sobre todo, más propositiva con respecto a la muy necesaria “desconcentración” de las habilidades productivas. Se ha realizado cierto



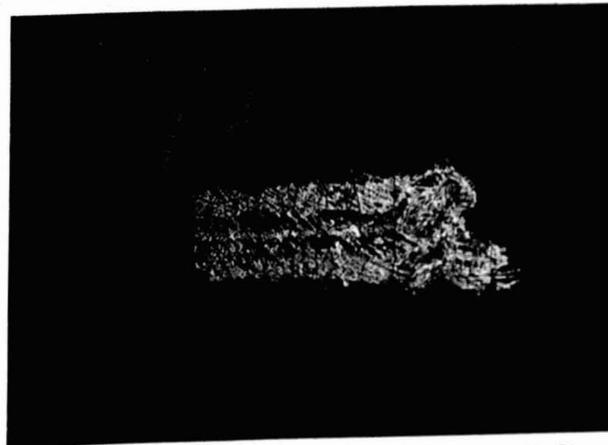
José Villalobos, *La tierra y el porvenir*, 1992, técnica mixta/tela, 110 x 130 cm



Gerardo Ramos Brito, *Profundidad en ti*, 1991, técnica mixta, 100 x 150 cm



Antonio Álvarez, *Por cada año una bala*, 1992, óleo/tela, 100 x 150 cm



Sergio Glz. Angulo A. *Siempre te amaré toda la vida*, s/f, técnica mixta, 50 x 70 cm

efectivo —aunque no aún total y definitivo— desplazamiento creativo en dirección de las regiones y ciudades del amplio territorio de la República. Cada vez con mayor calidad e inventiva, los jóvenes artistas de los estados del país muestran y hacen valer sus obras y sus centros creativos y simultáneamente sus imágenes, sus figuras y sus propuestas, sin el agobio que implica el reconocimiento unívoco y sentencioso del centro del país.

En Puebla se han organizado grupos de trabajo y artistas aislados con obras cada vez más notables, sugerentes y significativas. Aunque no todos han nacido en territorio poblano, han hallado en el Estado el mejor ambiente para enseñar, aprender y producir sus obras. Y todos han descubierto ciertas características del entorno poblano que auspicia y propicia una creatividad más acelerada, más profunda, más operativa. La geografía y la naturaleza poblana, así como una cultura llena de complejas mezclas y bifurcaciones y originales elementos, han multiplicado los vericuetos de su imaginación y han apoyado sus ansias de expresión.

Gerardo Ramos Brito (nacido en 1943) ha coadyuvado a la organización de las artes plásticas poblanas. Fue fundador de dos escuelas de arte y diseño en la ciudad de Puebla y ha expuesto local e internacionalmente con pleno éxito de crítica. Su obra expresa un manejo destacado de los volúmenes y las texturas; su pintura, de amplios rasgos, se inclina por la espesura y la persecución de la totalidad. Rayas, rayones, colores sepías divididos por negros y matizados con rojos y ocres recuerdan los afares de trascendencia telúrica de los grandes del muralismo. Algunas de sus telas, a la manera de planos o mapas, otorgan variadas sensaciones en las que el color, desprovisto de vanos rebuscamientos, utiliza la simetría (*Presencia*) o el separamo de trazos (*Luz de agua*) para desembocar en huellas o señales, divisiones o texturas excitantes o perturbadoras (*Requiem*). Algunas de sus formas convergen a un urbanismo semi-



José Lazcarro T., Sin título, 1992, óleo, 80 x 150 cm



Carlos Luna, *El rapto de Cuba*, 1993, carboncillo y gouache/papel amate, 120 x 150 cm



Mihael Dalla Valle, *Distinto amanecer*, 1988, acrílico/papel, 90 x 60 cm

orgánico (*El que es, Ur*) que parece indicar desplazamientos de la vista y la conciencia.

En el caso de Sergio González An-

gulo (1951) sus variadas incursiones en las distintas técnicas han dado por resultado el descubrimiento de una necesidad ineludible: precisar rumbos

e influencias. Por etapas hemos detectado en González Angulo formas y colores tamayescos (linóleo, grabado) pero en periodos concretos de su obra o en series esporádicas (*Te amaré toda la vida*) el artista suelta sus amarras formal y técnicamente. El artista gusta de desgranar sus figuras, concebidas originalmente en "poses" variadas (brazos en alto, manchas que simulan bestias, animales prehistóricos) y salpicarlas de formas localizables en la cultura espacial y temporal (serie *Euforiones*). González Angulo puede inventar entes de la misma manera que los hace más evidentes o los desintegra. Para él, el cuadro puede resaltar una figura, variarla por medio de texturas y colores, y al fin hacerla transitar a lo grotesco para borrar cualquier sensación de "belleza" o "hermosura" tradicionales, conceptos exigüos o, al menos, poco definidos dentro de la producción pictórica contemporánea. El hecho de que distintas instituciones de enseñanza y de cultura poblana hayan echado a andar y apoyado mediante persistentes esfuerzos, espacios y actividades que muestren la labor pictórica del Estado, indica que las obras artísticas reciben por lo menos la revisión física, *in situ*, del público. Aún no se organiza mejor prueba de aceptación o rechazo, de suscitación y curiosidad que las muestras y exposiciones sistemáticamente concebidas, diseñadas y realizadas, de ahí que constituya labor básica inscribir este tipo de actividades en mecanismos perdurables y organizados.

A la par que González Angulo, otros artistas, como Antonio Álvarez Morán (1959), han conocido su camino pictórico recorriendo a la vez vías aledañas o paralelas como las artes gráficas. Álvarez Morán realizó estudios, como becado, en Alemania, y ha dado a conocer su obra en países del extranjero. Su obra ha recibido la influencia de los núcleos y centros populares y no deja de contener un tono trágico que se aviva en las telas de una manera impresionante (*Todo para el bebé*, *La tienda*, etcétera). Sus collages y acrílicos no dejan de contener una iconografía

que prolonga las figuras de Posadas y María Izquierdo, bajo tratamientos que en mucho hablan de los tiempos nuevos que le ha tocado vivir a un artista más cosmopolita e itinerante.

José Villalobos (1950) busca en su pintura reintegrar el orden o la armonía que el ser humano aparentemente ha perdido en la época contemporánea. En efecto, algunas de sus telas persiguen y logran una tenaz geometría apenas afectada por toques orgánicos o por sutiles intensidades. En *Los lugares y sus límites*, por ejemplo, no existen detalles que interrumpen la uniformidad general de la figura que la tela muestra y, sin embargo, la sensación visual que produce se refiere a un orden alterado, no sólo por lo trazos sino también por los colores. Desde el eje central, en medio de la tela, la figura recibe un marco ocre amarillento y éste a su vez conserva la expresión de sus límites con otro marco, ahora de color negro. Dentro de la figura sobrevienen juegos que se convierten en grecas que se rompen en rombos, rectángulos y otras suaves o evanescentes formas geométricas. Y aunque hay un singular juego de repeticiones, las distintas obras de sus series esbozan una gama amplia y —a veces marcadamente terrosa— de exploraciones formales (*Patio con cruces*). En algún punto de la tela puede percibirse el momento en el que el pintor ha llegado al punto más notable, claro y expresivo de sus "caminitas" pictóricas (*El mar ausente*). De Villalobos afirma Teresa del Conde que "es un colorista nato, con todo y que su paleta es escueta y seca", o sea: "desprovista de apariencia oleosa".

Dentro del grupo de maestros de artes plásticas integrados en y para la Universidad de las Américas-Puebla se halla, junto con Villalobos, José Lazcarro Toquero (1941). Aparte de su obra de dimensión pequeña, ha incursionado con éxito en el mural y en la escultura monumental. La pintura de Lazcarro es viva, tenaz, a veces explosiva. Impresiona la exactitud de sus formas, las cuales hablan del dominio que el artista ha ejercido sobre las téc-

nicas que ha escogido para trabajar. Lazcarro tiene un su haber, críticas elogiosas de muestras en Japón y los Estados Unidos y sus murales, plano o en relieve, completan los espacios de algunos edificios públicos y sitios de recreo de Puebla, México D.F., Guadalupe, etcétera.

Mihael Dalla Valle (1949) se adhirió al hacer pictórico y didáctico de la Universidad de las Américas y ha recibido influencias y a la vez dejado honda huella su iconografía y sus técnicas en alumnos y seguidores. Las incursiones que Dalla Valle logra en procedimientos experimentales dan pie a una iconografía cortante e incisiva, muy de acuerdo a sus desplazamientos. Sus obras buscan las sensaciones de la comunicación postal; sus figuras devienen esbozos o ensayos de retratos o copias inmediatas de lugares, objetos y personas: palmeras, héroes de películas, paisajes citadinos, trayectos, tempestades en alta mar. Algún toque o detalle invita a ponderar la presencia del pasado en estos lugares extraños (¿la imaginación del artista?) en los que el espectador (¿el viajero?) refuerza sus sentimientos encontrados: el sello de la franquicia, la letra manuscrita, los colores vivos de un papel tapiz, los rayones (¿estallido de angustia?) de tinta o de crayón se suceden en la obra y se acomodan en el conjunto como una masa de elementos y sensaciones convergentes.

Carlos Luna (1969) se ha unido a los trabajos pictóricos que secunda la docencia. Ha recogido de su Cuba original la tradicional onomatopeya formalista y, depurada, la ha extendido temáticamente. No exento de influencias (el cartel, la caricatura, la imagen televisual), Luna conserva del constructivismo rasgos convergentes y los incrusta en cuadros casi "sellos" llenos de actualidad y nitidez. Sus formas, a veces, estallan. Se muestran luminosas a la manera del neón; devienen imágenes, más que vistas, impresas en la mente una vez que el paisaje electrónico se ha cerrado. ◊

Bajo el manto de los santos propios. El proyecto criollo para un santoral poblano

"No sé que deliciosas dulzuras tiene el amor de la patria... que se lleva lo más del afecto... y especialmente si en las circunstancias del nombre trae consigo la etimología de la Patria anuncios de la mayor dicha, indicios de un superior empleo y cifras de felicidades gloriosas... Puebla es... cielo de ángeles en la tierra."¹

Estas palabras del clérigo Francisco Pardo expresan no sólo un sentimiento generalizado entre la intelectualidad criolla poblana del siglo XVII, son también muestra de lo que ellos tenían por el mayor timbre de orgullo: Puebla era un paraíso de ángeles en la tierra, cuna de hombres y mujeres ejemplares por su santidad.

Desde que en el siglo IV el cristianismo dejó de ser una religión perseguida para convertirse en el culto oficial del Imperio Romano, la Iglesia tuvo que buscar nuevas formas de cohesión e integración para las comunidades sujetas a ella. La más efectiva fue el culto a los santos, hombres excepcionales, *patronos*, amigos y protectores contra los males del mundo. De ellos se podían obtener milagros, curaciones y buenas cosechas a cambio de velas, limosnas, peregrinaciones y actitudes de dependencia. Sus cuerpos, convertidos en reliquias, comenzaron a ser trasladados por los obispos desde las catacumbas y las tebaidas a sus sedes. El santo, intercesor entre Dios y los hombres, se convirtió así para el occidente, en el instrumento básico de una nueva forma de socialización basada en el patronazgo y en la subordinación a las sedes episcopales que guardaban las reliquias y distribuían los favores celestiales.

Durante la Edad Media, todas las naciones cristianas promovieron, primero ante sus obispos locales y a partir del siglo XI ante la Santa Sede, la veneración de sus más virtuosos miembros. El culto a los santos fue un elemento fundamental en la formación de las conciencias nacionales e incluso centro de competencia entre ciudades.

Con la Contrarreforma, y como reacción ante el movimiento protestante que tantas críticas hizo contra esas prácticas, la Iglesia promovió el culto a los santos con gran fuerza. Con ello fertilizó el terreno para que se fortaleciera un cristianismo mágico lleno de prácticas paganas alrededor de las reliquias y las imágenes. Esa religiosidad barroca

llegó a la Nueva España del siglo XVII y encontró en ella un medio idóneo para florecer. Una Nueva España cargada de mito y magia que había acrisolado en un rico mestizaje elementos occidentales, indígenas y africanos. Una Nueva España poblada por masas empobrecidas para las que la *potencia* de los santos, al igual que la de los antiguos dioses que aún sobrevivían, era lo único efectivo en la solución de las numerosas y lacerantes necesidades materiales. Una Nueva España habitada también por una élite criolla que construía un fuerte sentimiento de identidad y de diferenciación frente a la actitud despectiva del peninsular; unos criollos que exhaltaban primero la belleza y la fertilidad de la tierra novohispana y se enorgullecían de la habilidad, ingenio e inteligencia de sus habitantes; unos criollos que rescataban y desdemonizaban el pasado mexicano, y sobre todo, que insistían en los prodigios que Dios había obrado en esta parcela del paraíso a través de las imágenes milagrosas y de las vidas y virtudes de personajes ejemplares. Los siervos de Dios novohispanos, en su mayoría no beatificados por la Iglesia, creaban, al igual que en el cristianismo primitivo, nuevas formas de socialización; su existencia llenaba de sentido una tierra que no lo tenía aún.

Sin embargo, la exhuberancia con que comenzó a darse el proceso fue detenida por las normas papales de Urbano VIII que limitaban la literatura hagiográfica e imponían mayores controles a los procesos de canonización. Se daba a los obispos locales la autorización para promover informaciones sobre los escritos, vida, fama de santidad y milagros de los siervos de Dios que habían nacido o actuado en América; pero al mismo tiempo se creaban mecanismos que limitaban las manifestaciones populares del culto e introducían un complejo sistema burocrático en el trámite de las causas en Roma. A pesar de esto, los venerables novohispanos, aún sin la autorización eclesiástica, recibían culto popular en sus imágenes y reliquias, y sus vidas eran preservadas y difundidas en tratados hagiográficos y en sermones.

El fomento y promoción de estos cultos tuvo como centros de difusión las dos capitales criollas más importantes de la Nueva España: México-Tenochtitlan y Puebla de los Ángeles. Desde principios del siglo XVII se generó entre ellas una intensa competencia por lograr que sus hombres y mujeres

¹ Pardo, fol. 6.

llegaran a ser venerados en los altares del orbe cristiano y por demostrar que su territorio podía producir flores de santidad que no tenían nada que envidiar a las europeas.

En 1621 México conseguía la beatificación de su primer candidato, el protomártir criollo muerto en el Japón, fray Felipe de Jesús. En forma paralela los poblanos promovieron, sin éxito en un principio, el suyo: fray Sebastián de Aparicio. Muerto en 1600, este lego franciscano tuvo ya en vida fama de santidad. Los numerosos milagros que se le atribuían (19 personas resucitadas, 782 curaciones, 156 tempestades calmadas, etc.) culminaron con la más clara prueba de santidad: la incorruptibilidad de su cuerpo muerto. Al conocerse tan sorprendente hecho, la devoción popular comenzó a visitar sus reliquias en el convento de San Francisco de Puebla y acudió al pie del grueso encino donde el venerable acostumbraba albergarse a la salida de Puebla. En ese lugar se contruyó una pequeña ermita dedicada a Nuestra Señora del destierro. Convertida en capilla en 1639 y en convento hospicio de Propaganda Fide en 1732, la piedad popular nombraba a ese lugar iglesia de San Aparicio.²

En forma paralela, los obispos de Puebla, Diego Romano y Alonso de la Mota y Escobar, comenzaron a levantar las informaciones necesarias y en 1625 se dio inicio al proceso de beatificación. Para reforzarlo, los franciscanos se entregaron a la difusión de su vida y virtudes. A la primera biografía del postulado, escrita por fray Juan de Torquemada e impresa en 1602, se sucedieron otras muchas a lo largo del siglo. Alrededor de 1656 fray Bartolomé de Letona, por orden del obispo Osorio y Escobar escribió una *Relación sumaria de la vida del venerable*, para llevarla a Roma como procurador de la causa. Pero las nuevas disposiciones de Urbano VIII, que impedían la apertura de procesos antes de 50 años de haber muerto el postulado, detuvieron el caso por un tiempo.

La suspensión no desanimó a los criollos poblanos, que buscaron mientras tanto otro candidato para sus intereses. Lo encontraron en 1632 en la figura de fray Bartolomé Gutiérrez de Quirós, agustino criollo martirizado en el Japón ese año. Aunque el origen poblano del mártir no estaba probado, varios autores angelopolitanos, como Miguel Zerón Zapata, hicieron circular la noticia de que el segundo mártir criollo que sería llevado a los altares era su coterráneo.³ La noticia fue repetida por Gil González Dávila, quien en 1649 fijaba el falso dato en su Teatro eclesiástico.⁴

La primera mitad del siglo XVII había visto una ola de canonizaciones de santos españoles (en 1622 fueron elevados a los altares Santa Teresa, San Ignacio y San Francisco Xavier y en 1628 San Pedro Nolasco). Parecía que Roma estaba abierta a las postulaciones ibéricas y los poblanos creyeron que era un buen momento para lograr el triunfo de esta nueva causa. Además, el tener su propio mártir, frente a la ciudad de México que tenía a su Felipe de Jesús, daba a los

poblanos un nuevo timbre de gloria. Pero el proceso sufrió la misma suspensión que el de Aparicio y por la misma razón: era demasiado pronto.

La segunda mitad del siglo XVII trajo, sin embargo, nuevas expectativas. El papado concedió a España en esos cincuenta años numerosas canonizaciones: Santo Tomás de Villanueva en 1658, San Pedro de Alcántara en 1669, San Fernando en 1671, San Pascual Baylon en 1690; San Juan de Dios en 1691; y las más significativas para los nacidos en América, Santa Rosa de Lima, beatificada en 1668 y canonizada en 1681 y Santo Toribio de Mogrovejo, el leonés arzobispo de Lima, beatificado en 1679 y canonizado en 1726. Roma se mostraba por fin inclinada hacia América y le concedía dos santos, siendo además uno de ellos una criolla.

Afortunadamente para los poblanos, desde mediados del siglo, dos figuras que habían vivido en Puebla reunían las características de los canonizados limeños. Una era la monja concepcionista sor María de Jesús Tomellín, muerta en olor de santidad en 1637. El otro era don Juan de Palafox y Mendoza, el controvertido obispo enemigo de los jesuitas. El obispo Manuel Fernández de Santa Cruz, con una especial sensibilidad para captar las inquietudes de los criollos, fue el encargado de darle impulso a los dos procesos.

La causa de la venerable monja poblana ya había sido iniciada por Palafox, quien sin haberla conocido se interesó en ella. Cuando el obispo regresó a España, se llevó copia de los manuscritos que narraban su vida, obras de su compañera sor Agustina de Santa Teresa y de su confesor, el jesuita Miguel Godínez. La intención del obispo era solicitar un breve papal que diera principio al proceso de beatificación, pero por razones desconocidas nada logró. Su sucesor en el episcopado, Diego Osorio de Escobar y Llamas, continuó con los trámites del proceso, pero lo alcanzó la muerte antes de lograrlo. Por fin, en 1674, un año después de fallecido el prelado, llegaba a Puebla el decreto de Clemente X que iniciaba las informaciones. En este contexto se publicó en 1676 la obra del bachiller Francisco Pardo, capellán de coro y canónigo de la catedral de Puebla, la biografía más conocida y difundida de la venerable religiosa. Para este autor sor María era ya la santa protectora de su ciudad: "Fue elegida su virtud por el mismo Dios en el cargo tutelar y abogada de la Puebla para que no descargase la divina justicia el azote en orden a castigar o a destruir la ciudad de los Ángeles."⁵

Cuando en 1677 llegó el obispo Fernández de Santa Cruz a su sede, se interesó también por la causa de la monja concepcionista y le dio un gran impulso. Encargó primero a Diego de Lemus la elaboración de una segunda biografía de la sierva de Dios y la mandó publicar en Francia para impulsar el proceso en Europa. Levantó después informaciones mediante el examen de 146 testigos.

La causa de beatificación de Palafox se había echado a andar desde 1665 con la recopilación de informaciones rea-

² Aguilera, p.20; Rodríguez, Lib.IV, cap. XII, pp.228 y ss.

³ Zerón, caps. 22 y 23.

⁴ González Dávila, fol. 72. (v.I, p.110).

⁵ Pardo, fol. 41.

lizadas en España y en México sobre la vida, virtudes y milagros del insigne prelado. Al año siguiente, fray Pedro de Godoy, obispo de Osma, iniciaba los trámites del proceso, apoyado por los carmelitas, grandes difusores y promotores de la causa. Sin embargo, no fue sino hasta 1688 que el proceso recibió un fuerte impulso gracias a Antonio Ibáñez de la Riva Herrera, arzobispo de Zaragoza, quien solicitó a esa sede perfeccionar los procesos a sus expensas. El arzobispo pidió además a la Nueva España la formación de procesos similares, a lo que respondieron, con gran eficacia, Manuel Fernández de Santa Cruz y su cabildo. La apertura de la causa de Palafox también produjo un inusitado entusiasmo en la sociedad poblana. Los criollos veían en él y en sor María, su Santa Rosa y su Santo Toribio.

A pesar de las brillantes perspectivas, los poblanos no olvidaron la promoción de sus otros dos candidatos, los frailes Sebastián y Bartolomé. Aunque el obispo Santa Cruz no apoyó abiertamente sus causas, por las desavenencias que tenía con las órdenes religiosas,⁶ franciscanos y agustinos poblanos intensificaron en este tiempo sus campañas de promoción. Entre 1687 y 1695 los frailes menores publicaron cuatro biografías de su venerable hermano Aparicio. Fray Diego de Leyba, autor de una de ellas, fue enviado a Roma en 1687 para reabrir el proceso. Dos años después fray Juan de Castañeira, limosnero mayor de la causa, escribía un *Epílogo métrico* de su vida, obra que concedía 40 días de indulgencia para quien la leyere. A fines del siglo fray Agustín de Vetancurt incluía en su *Teatro mexicano* una extensa noticia del lego santo, señalando que estaba "para beatificarse".⁷

Un gran paso se dio en 1693, al expedirse el decreto de fama de santidad, virtudes y milagros *in genere*, lo que movió a los franciscanos a encargar otra biografía. Fray Isidro de San Miguel publicó en Nápoles en 1695 su *Parayso cultivado*. Después de narrar la vida del venerable y hacer un resumen de la causa, este franciscano descalzo terminaba diciendo:

Para el último paso... se presume que este año presente de 95 no salga sin que ante su beatitud se determine lo heroico de las virtudes, de que no se ha de dudar porque concurriendo tantos argumentos de santidad, tanta estimación de pueblos, tantos deseos y devotas súplicas de personas ilustres y enteros reinos... ¿quién duda que el Pastor universal no se mueva a darle al mundo este universal regocijo...?⁸

A pesar de estas seguridades, el siglo XVII no pudo ver consumado el tan deseado proceso. Pero tampoco se pudo

⁶ El obispo Santa Cruz tenía pleito con los franciscanos y por eso no intervino mucho en la beatificación de Aparicio. En *Conдумex*, 098 FER una consulta que hizo el obispo al rey a raíz de un libro llamado *Defensa de la verdad de fray Francisco de Ayeta*, donde critica la secularización de Palafox y la sumisión de los regulares a los obispos, 1683.

⁷ Vetancurt, *Trat. II*, núm. 95; v. IV, p. 368.

⁸ San Miguel, p. 156.



hacer nada con los otros; la causa de sor María de Jesús se vio detenida, pues la Sagrada Congregación de Ritos consideró que algunas de las visiones de la monja no eran del todo ortodoxas y que debían ser revisadas de nuevo por los teólogos. Por su parte, el proceso de Palafox sufrió un revés a causa de la oposición furibunda de los jesuitas, que acusaron al obispo poblano de jansenista.

Para colmo, entre 1682 y 1683 el agustino peninsular fray Joseph Sicardo y el descalzo criollo fray Baltasar de Medina daban pruebas contundentes de que el mártir Bartolomé Gutiérrez no era poblano. Un acta de bautizo del sagrario metropolitano de la ciudad de México probaba su origen y Puebla perdía así otra de sus glorias.⁹

Así llegaba el siglo XVIII a la Ciudad de los Ángeles. Incertidumbre y nuevas expectativas se abrían para ella en el terreno de sus proyectos para conseguir santos propios. Los primeros años de la centuria comenzaron con una intensa campaña a favor de la monja criolla. Se pensaba que insistiendo ante el rey se lograría obtener lo mismo que los peruanos, una santa criolla. Las concepcionistas poblanas organizaron una campaña epistolar entre 1713 y 1715. Numerosas peticiones de los cabildos civil y eclesiástico y de las

⁹ Sicardo, p. 239; Medina, fol. 244 vta.

órdenes religiosas llegaron ante el rey y ante el Papa, "atendiendo a las vivas ansias en que todo este nuevo mundo se halla de verla sobre las aras".¹⁰ Con abundantes limosnas se reabrió la causa en 1720 y se encargó a los trinitarios de Roma su procuración. Otras dos biografías suyas se publicaron en Roma para acelerar el proceso. Todo fue inútil. Lo único que se logró fue que Pío VI declarara en 1783 que sor María de Jesús tuvo en grado heroico las tres virtudes teológicas.

El proceso de Palafox no fue menos frustrante. Un obispo poblano tras otro levantaron campañas para reunir limosnas que ayudaran a darle a la causa el impulso que necesitaba. Grandes sumas de dinero se obtuvieron gracias a esas instancias, no sólo para el proceso sino también para la construcción de la capilla que se levantaba para honrar su cuerpo en la catedral de Osmá. La imagen de Palafox se multiplicó hasta la saciedad en pinturas que recibían una veneración sagrada. Cuando en 1729 llegaron a Puebla las noticias de la reapertura del proceso, los festejos fueron apoteósicos. Incluso se llegó a la violencia pues algunos devotos, irritados porque no les permitieron subir a repicar las campanas de catedral, pegaron fuego a las puertas de la cárcel y de la Audiencia Pública, quemaron la horca y apedearon a los representantes de la justicia. Sin esta violencia y con muchas mayores muestras de júbilo, se recibió en 1768 el decreto que aprobaba las obras, virtudes y los milagros *in genere* del ilustre prelado. En 1769, el obispo Francisco Fabián y Fuero mandaba transformar la capilla de la hacienda en San José de Chiapa, donde Palafox se había ocultado de la persecución jesuítica, y la convertía en un santuario palafoxiano. Pero el caso Palafox no prosperó. Carlos III había hecho de él una bandera política en su lucha contra los jesuitas y suspender la causa del obispo fue el precio que exigieron sus aliados a cambio de la extinción de la Compañía de Jesús.

En cuanto a fray Bartolomé Gutiérrez, Diego Antonio Bermúdez de Castro, intentó reactivar la supuesta oriundez poblana del mártir en 1746. En su Teatro angelopolitano acusaba a fray Balthasar de Medina de "defraudar de este blasón a la Puebla diciendo ser este ínclito mártir natural de México".¹¹ De nada valió tampoco este intento pues el caso del mártir criollo quedó igualmente en suspenso.

De todas las causas que los poblanos promovieron ante Roma, sólo una siguió el camino del éxito: Después de un lento y difícil proceso, los franciscanos consiguieron en 1768 que Clemente XIII expidiera el decreto de las virtudes heroicas de Aparicio. Con tres días de festejos se celebró este primer triunfo. Un año después, fray Joseph Manuel Rodríguez, cronista de la orden, publicaba una *Vida prodigiosa del siervo de Dios*. Por fin el 27 de marzo de 1790 se emitió en Roma el breve de beatificación de fray Sebastián. Des-

pues de 17 días de festejos, con que se conmemoró el acontecimiento, fray José Miguel Aguilera y Castro expresó en un sermón apologetico:

¿Reina con Jesucristo en la gloria fray Sebastián de Aparicio? Pues es imposible que vea con indiferencia la felicidad de los que por fortuna nuestra habitamos estos países: debemos estar seguros de que la ha de promover por todos los medios posibles: a esto llamo yo intereses nuestros, particularmente propios...¹²

Con la beatificación de Aparicio, Puebla lograba tener el otro único beato de la Nueva España. Con ello mostraba su importancia como la segunda ciudad del virreinato y conseguía un timbre de gloria que la ponía a la altura de la ciudad de México, capital indiscutible de la Nueva España. ◇

¹² Aguilera, p. 2.

Fuentes citadas

Aguilera y Castro, José Miguel. *Elogio cristiano del beato Sebastián de Aparicio, que en la solemne función con que su madre, la apostólica provincia del Santo Evangelio de México, le tributó el primer culto en el convento de las llagas de N.S.P.S. Francisco de la Puebla de los Ángeles, México*, imprenta de Felipe de Zúñiga Ontiveros, 1791.

Bermúdez de Castro, Diego Antonio. *Teatro angelopolitano o Historia de la ciudad de la Puebla*, 1746, ed. facsimilar de la de Nicolás León de 1908, Puebla, Junta de mejoramiento moral, cívico y material del municipio de Puebla, 1985.

Castañeira, Juan de. *Epílogo métrico de la vida y virtudes de el venerable fray Sebastián de Aparicio*, Puebla, Diego Fernández de León, 1689.

González Dávila, Gil. *Teatro eclesiástico de la primitiva Iglesia de la Nueva España en las Indias occidentales*, 2 v., Madrid, José Porrúa Turanzas, 1959.

Lemus, Diego de. *Vida, virtudes, trabajos, favores y milagros de la Ven. M. Sor María de Jesús, angelopolitana religiosa del convento de la limpia Concepción de la Ciudad de los Ángeles en la Nueva España y natural de ella*, León (Francia), Anisson y Posuel, 1683.

Leyba, Diego de. *Virtudes y Milagros en Vida y muerte del Venerable padre fray Sebastián de Aparicio*, Sevilla, Lucas Martín de Hermsilla, 1687.

Medina, Baltasar de. *Crónica de la Santa Provincia de San Diego de México* (1682), introd. Fernando B. Sandoval, México, Academia Literaria, 1977.

Pardo, Francisco. *Vida y virtudes heroicas de la madre María de Jesús, religiosa profesada en el convento de la limpia concepción de la Virgen María, Nuestra Señora en la ciudad de los Ángeles, México*, Viuda de Bernardo Calderón, 1676.

Rodríguez, Joseph Manuel. *Vida prodigiosa del siervo de Dios, fray Sebastián de Aparicio*. México, Felipe Zúñiga y Ontiveros, 1769.

San Miguel, Isidro de. *Parayso cultivado de la más sencilla prudencia; virtudes practicadas en la inocentísima vida del venerable siervo de Dios y portentoso varón fray Sebastián de Aparicio...*, Nápoles, Ivan Vernunccio, 1695.

Sicardo, Joseph. *Memorial sobre la Patria del Ven. Fray Bartolomé Gutiérrez, mártir en el Japón*, México, 1683.

Cristiandad del Japón y dilatada persecución que padeció. Memorias sacadas de los mártires de las ilustres religiones de Santo Domingo, San Francisco, Compañía de Jesús y crecido número de seglares, y con especialidad en los religiosos del Orden de N. P. San Agustín, Madrid, I. Sanz, 1698.

Vetancurt, Agustín de. *Teatro Mexicano. Descripción breve de los sucesos ejemplares históricos, políticos, militares y religiosos del Nuevo Mundo occidental de las Indias*, 4 v., México, Porrúa, 1971.

Zerón Zapata, Miguel. *La Puebla de los Ángeles en el siglo XVII. (Narración del dibujo amoroso que ideó el efecto: noticia de la creación, principio y erección de la nobilísima ciudad de la Puebla de los Ángeles)*, Puebla, 1945.

¹⁰ Carta de fray Gregorio Zedeño O.P., 9 de Dic. 1713 en AGI Indiferente General, 3032.

¹¹ Bermúdez de Castro, p. 220.

Juan Tovar

Árbol de la vida

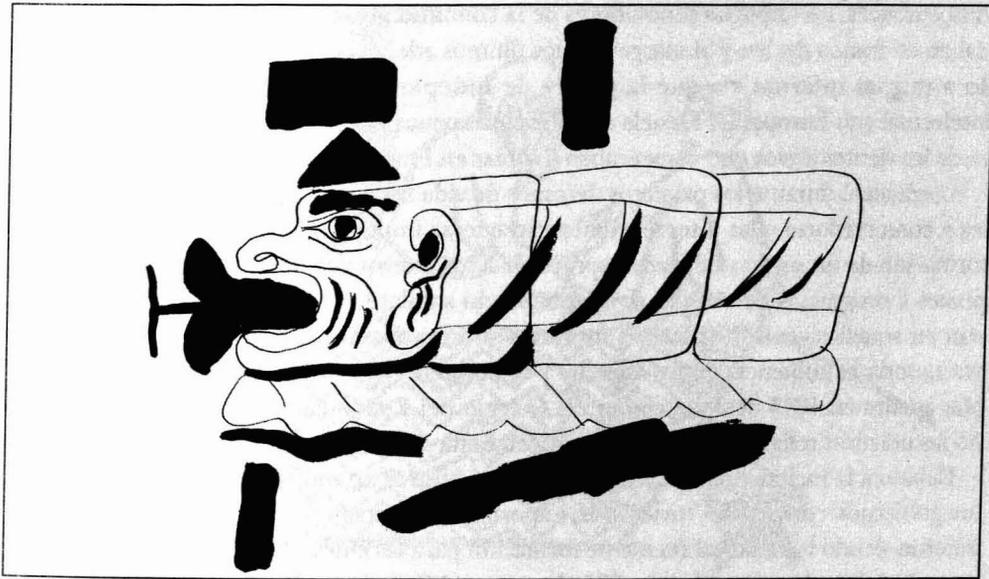
A Juan Elías

Si alguna vez dije sí
desde la última fibra de ser
quien soy; si fui sincero
una vez en mi vida, y quise aún
la luz de este mundo, la carne
y la sangre, su laberinto de sueños
donde uno se esconde de uno mismo
y se hace otro, la voluntad ajena
que a ciegas guía, y quiere lo que quiere,
y sueña que se sueña y se habla
y de pronto se escucha y todo fue,
se dice, perderme para hallarme
de nuevo aquí en este sitio
contigo, contándote un cuento
del árbol que el hombre plantó en medio del día;
si estamos, si somos, si el nombre
es el nombre, eres libre ahora y siempre,
tuyo es el reino y siempre es ahora,
así los tiempos confundan los espacios
y el olvido adormezca la razón:

Duran el trueno y el viento,
dura la higuera, dura su madera,
madura el fruto y a la hora viene
a caer en la mano del hijo del hombre
y saciar su sed de siglos —oh dulce
vampiro que se sangra y nos desangra,
nos devora al devorarlo, nos devasta
como el leñador al bosque, nos desbasta
recordando a su padre el carpintero
que cepillaba el tronco y le decía:

Hijo, todos somos monstruos.
La vida nos hace así.
Siendo lo mismo seremos al cabo
queridos extraños. Nadie
es más para nadie en esta tierra.
Digo que nunca nos conocemos
y el único chance es de querernos.
Quiérete mucho, porque yo te quiero
más que a mi vida y a mi muerte. ◇

La educación pública en Puebla durante el siglo XIX



Puebla entró a la vida del México independiente con una larga y bien ganada tradición académica y cultural, difícil de igualar por otras ciudades. Durante las décadas posteriores siguió conservando uno de los primeros sitios en el mundo de las artes y las letras, si bien dentro de un horizonte opuesto a las ideas y al credo liberal que comenzaban a implantarse en ciudades como Guadalajara, Oaxaca y Zacatecas.

Cuna de la ilustración católica, Puebla fue muy fiel a su proyecto innovador de vincular religión y ciencia, y a su convicción de defender la supremacía de la Iglesia sobre el Estado. Tal peculiaridad se explica por la lealtad de la élite criolla a la Corona y el fomento por parte del alto clero de una religión popular fincada en símbolos nuevos. Por eso, durante la primera mitad del siglo XIX la Iglesia poblana siguió siendo una de las más fuertes y mejor organizadas del país.

Institucionalmente, por otra parte, el cultivo de las ciencias y la irrupción del pensamiento moderno fue obra de la Iglesia y de los grupos de poder a ella ligados. Las comunidades de médicos y astrónomos, los literatos y otros profesionales encontraron en las jerarquías eclesiásticas y en el gobierno secular todo el apoyo a sus proyectos. No por nada el Seminario de Puebla fue el primero en el país que, desde 1788, añadió al estudio de las leyes de Roma y España, el derecho novohispano. No por nada los intentos de médicos y cirujanos por juntar lo bueno y útil de ambas profesiones y fomentar el estudio de las modernas teorías químicas, encontraron eco en el cabildo eclesiástico y en la figura del intendente, constructor del primer pararrayos de la ciudad.

Mientras otras ciudades sufrieron el asedio de las tropas insurgentes y realistas, Puebla se mantuvo al margen del conflicto, salvo la rendición de última hora que consumó la gesta. Esto permitió el mayor cultivo de las artes y las ciencias y así, entre 1810 y 1825, la Academia de Bellas Artes, fundada en 1814 por el presbítero Antonio Jiménez de las Cuevas, su-

peró en calidad y alumnado a la Academia de San Carlos de la ciudad de México. Asimismo la comunidad médica poblana, influida por el sistema médico de Herman Boerhaave y Laurencio Heister y la reivindicación nacionalista en torno al uso de las plantas mexicanas, recibió insospechado impulso de algunos médicos, botánicos y cirujanos provenientes de la ciudad de México.

Una vez consumada la Independencia, el movimiento ilustrado poblano encontró cauces para su institucionalización. En 1831 se reglamentó el ejercicio de las profesiones en general, y con respecto a su estudio el gobierno del Estado dictó varias providencias: en 1826 acordó por vez primera un plan de estudios para la carrera de derecho; en 1833 estableció la Academia de Derecho Teórico-práctico, y un año más tarde fundó el Colegio de Abogados.

El establecimiento y promoción de los estudios médicos también fue motivo de interés por parte de las autoridades estatales. En 1831 se fundó la Escuela de Medicina y Farmacia, y en 1833 la Academia Médico Quirúrgica se transformó en Sociedad Médica de Puebla. Para entonces los impulsos renovadores de la comunidad médica angelopolitana se encontraban en franco declive y al margen de los últimos adelantos en las ciencias médicas, debido a pugnas internas y a que la guerra de Independencia había impedido el tráfico intelectual con Europa. La Escuela de Medicina apenas abriría sus puertas en 1834, alejada ya de los vientos alisios que comenzaban a soplar en Francia.

Ahora bien, durante los primeros decenios de vida independiente las luchas entre liberales y conservadores y las intervenciones extranjeras impidieron, en el país y en Puebla, la formación de un sistema educativo apropiado a los nuevos tiempos. La vida académica y los planes y programas de estudio siguieron siendo similares a los impartidos en la Colonia, aun en aquellos centros, como los Institutos de Ciencias de Zacatecas y de Oaxaca, donde era notoria la influencia de los liberales y se pretendía el progreso de las ciencias. En Puebla, apenas en 1843 desaparecerían del Colegio del Estado las cátedras eclesiásticas, pero no las prácticas religiosas que se mantuvieron hasta 1874.

Debido a la inestabilidad política del país, los centros de educación superior creados por los gobiernos estatales no tuvieron la importancia esperada; los seminarios diocesanos siguieron siendo la principal fuente de formación para las élites. En 1843, por ejemplo, el Seminario Palafoxiano contaba con 328 alumnos y el Colegio del Estado, establecido en 1825, tenía 233 estudiantes. Aun así, en uno y otro se formaron políticos como Sebastián Lerdo de Tejada, Ignacio Comonfort y José María Lafragua. También estudiaron en sus aulas médicos y abogados como Antonio Haro y Tamaríz, Félix Béiztegui y Joaquín Ibáñez, quienes destacaron con creces en la vida política nacional y en el ámbito científico local.

En la perspectiva de formar ciudadanos ejemplares, el gobierno del Estado y los municipios promovieron desde tempranas fechas la educación elemental para las masas. La educación superior era prebenda de las élites, por más que desde 1849 el Congreso Local acordara que cada distrito tenía la obligación de mandar dos alumnos pobres al Colegio del Estado, donde se les daría "alimento, vestido, calzado, ropa limpia y libros", según el acuerdo.

Hasta finales del siglo XVIII la educación de las masas no fue una preocupación de la nobleza y la oligarquía poblana, si bien desde el Concilio de Trento funcionaban las escuelas parroquiales. El surgimiento de las primeras escuelas populares se relaciona con la crisis agrícola de 1785 y su secuela, que ahondó más el declive económico de la región central poblana. Los efectos de la crisis provocaron en el campo movilizaciones masivas de campesinos a la ciudad, bandolerismo, motines, tumultos y desorganización social. El Ayuntamiento de Puebla, previendo un conflicto, ordenó en 1791 que los conventos y las parroquias abrieran en la ciudad escuelas gratuitas de primeras letras para niños, dada la pobreza que sufrían sus moradores. En este contexto, la escuela pública y gratuita surgió como un medio de control y un instrumento para imponer sobre la trama social hábitos distintos de reticulación.

Hasta el último tercio del siglo XIX, tanto la educación elemental como la educación superior no pudieron prosperar en su carácter público, ni uniformarse en sus planes y programas de estudio. La ciudad de Puebla sufrió numerosos sitios, mientras que en la sierra norte y en la mixteca se libraron muchos combates. Maltrechos los caminos y vacías las

arcas, la educación pública fue casi letra muerta; pero en ese ambiente adverso tampoco pudo prosperar la educación privada. Sólo en la República restaurada y el régimen porfirista ambas se vigorizarían.

Durante esas dos etapas de nuestra historia, la educación pública elemental o primaria siguió siendo informe, pero en el distrito de Puebla sufrió cambios decisivos a partir de 1864, al considerar obligatoria la enseñanza del sistema métrico decimal, de la geometría elemental, de la geografía del país y de la historia patria. Estas modificaciones sirvieron de base para que en 1869 se abrieran en el Colegio del Estado los estudios de matemáticas, física y química.

Las leyes de educación de 1867 y 1869 fueron, por otra parte, el punto de partida de un proyecto que pretendió propagar en el país "la educación elemental y vulgarizar las ciencias exactas y naturales". En Puebla Gustavo P. Mahr, un alemán recién vecindado, creó varios centros educativos entre 1867 y 1873, con el propósito de formar maestros de primeras le-



tras y alfabetizar a los adultos. Poco más tarde el gobernador del Estado le propuso organizar la educación primaria, pero tales afanes no se llevaron a cabo porque en 1876 Porfirio Díaz se sublevó contra el gobierno de Sebastián Lerdo de Tejada y triunfó.

Con el arribo de Díaz al poder el grupo serrano de los "tres Juanes" (Juan N. Méndez, Juan Crisóstomo Bonilla y Juan Francisco Lucas) asumió de nuevo el control político de la entidad poblana. Para modificar las imágenes y representaciones de la sociedad y dinamizar la economía regional, este grupo impulsó una reforma integral a la educación. Así, en 1877 el Congreso del Estado decretó que la enseñanza primaria sería gratuita, obligatoria y uniforme, sin que nadie pudiese sustraerse de la misma hasta los 11 o los 12 años, según fuese hombre o mujer. Un año después, la educación primaria se dividió en elemental y superior; la primera se impartiría en comunidades pequeñas; la segunda en las cabeceras de distrito. Es de subrayar aquí el marcado intervencionismo estatal para hacer de los escolares ciudadanos "libres y responsables", hombres y mujeres modernos, con lealtades opuestas a cualquier jerarquía o corporación tradicionales. En este sentido, las materias como derechos y deberes del ciudadano, constituciones General y del Estado, e historia y geografía de Puebla, propagaron una sociabilidad distinta. La creación, empero, de una nueva sociabilidad requería de un agente formado ex profeso: el maestro. Sobre esta base, en 1879 se fundó la Escuela Normal para Profesoras y en 1880 se estableció la Escuela Normal para Profesores, siendo su primer director Guillermo Prieto, una personalidad famosa por sus convicciones liberales.

El paquete de reformas a la educación abarcó también a la educación superior. En 1879 el gobierno de Juan Crisóstomo Bonilla promulgó la *Ley de Instrucción Pública*, la cual pretendió vincular la enseñanza al desarrollo regional de la industria y las comunicaciones. Al traspasar los años 70 del siglo pasado, Puebla se había convertido en el principal centro

académico del sureste mexicano, ocupando el sitio que tuvo Mérida en la época colonial. Era una ciudad donde residían estudiantes de diversos estados, sobre todo de Guerrero, Oaxaca, Veracruz y Chiapas. Tal afluencia estudiantil, de consuno a las necesidades económicas de la entidad y la República, hizo que los estudios de ingeniería, creados en 1869, prosperaran mejor que en otras partes. Atenta a estos adelantos la *Ley de Instrucción* de 1879 dio al ramo de ingeniería siete especialidades y propuso el establecimiento de un observatorio astronómico. La jurisprudencia y la medicina también se reglamentaron por dicha Ley, pero el énfasis mayor estuvo en los estudios técnicos. Sin embargo, factores de orden político hicieron que tales modificaciones no se llevaran a cabo: la centralización política del país implicó la separación del poder del grupo serrano.

Hasta 1893 el Colegio del Estado se limitó a ofrecer las carreras de abogado, ingeniero topógrafo hidromensor, escribano y agente de negocios; la carrera de médico, que se impartía desde 1834 en la Escuela de Medicina, también se impartió en este recinto desde 1891. Con el carácter de facultativos, en 1894 se establecerán los cursos de comercio.

Los principales impulsores de las reformas propuestas por el grupo serrano fueron liberales poblanos vinculados con Ignacio Ramírez, Guillermo Prieto e Ignacio Manuel Altamirano, quien dirigió el Colegio del Estado en 1882. Francisco Béiztegui, Rafael J. Izunza y Gustavo P. Mahr (hasta su deceso en 1896) serán los pioneros y continuadores de aquellas reformas durante el régimen porfirista. En 1882, al dejar Guillermo Prieto la dirección de la Escuela Normal, fue nombrado director de la misma Rafael Izunza. En 1888 éste renunciará a su puesto y, comisionado por el gobierno estatal, hará un viaje de estudios al viejo continente con el objeto de comparar los sistemas educativos europeos y asistir a las cátedras de Ernest Renan y Gustave Le Bon. Fruto de este viaje y como secretario de Fomento e Instrucción Pública, Izunza impulsó y llevó a cabo en 1893, con la colaboración de Francisco Béiztegui y Gustavo P. Mahr, las más avanzadas reformas a la educación primaria, normal y superior en el Estado de Puebla.

En lo concerniente a la educación primaria se introdujeron conocimientos aventajados de matemáticas, física y química y se intentó crear un sistema educativo integral de educación básica. Sin embargo, siguieron persistiendo variaciones en las asignaturas y no pudo uniformarse la enseñanza. Bajo el impulso de la citada Ley, los estudios de Normal se modificaron en 1894, para que los conocimientos científicos y humanísticos fuesen "excelso, útiles y prácticos". Contrariamente al comportamiento de la Escuela Normal de Profesores, en la Normal de Profesoras las prácticas religiosas se mantuvieron con ahínco hasta 1888, cuando se hizo cargo de la misma la profesora Federica Bonilla. En 1894 la tolerancia en ambos centros y la fe en la ciencia como fuerza del progreso fueron el punto de partida para formar un tipo ideal de maestro, libre de prejuicios y dispuesto a erosionar la vida tradicional de las comunidades.

El Colegio del Estado tampoco fue ajeno a las reformas académicas. Desde 1894 hasta 1910, durante la dirección de J. Rafael Izunza, vivió una época dorada. El gabinete de física (creado en 1870) y su derivación inicial, el observatorio astronómico y meteorológico, recibieron el mayor impulso. Los gabinetes de historia natural e histología y bacteriología, el gimnasio, la Biblioteca Lafragua, todos ellos fueron surtidos con los mejores equipos importados de los Estados Unidos y Europa. En estas condiciones, las ciencias médicas, la ingeniería y la jurisprudencia, tuvieron en Puebla sus mejores exponentes. Los planes y programas de estudio, por lo tanto, pudieron rivalizar con los de cualquier universidad europea.

Pero en medio de esta pujanza estalló la Revolución de 1910. Este movimiento, como la guerra de Independencia, interrumpió el tráfico intelectual y desarticuló la vida académica de las instituciones educativas, desde las primarias elementales hasta los centros de educación superior. Nunca más, en los cincuenta años posteriores, el Colegio del Estado, ahora Universidad Autónoma de Puebla, o el Instituto Normalista, alcanzaron los esplendores de fin de siglo. Los jóvenes, retoños formados en sus aulas, cambiaron la pluma por las armas y llegaron a ocupar puestos destacados en la vida política nacional; por ejemplo Luis Sánchez Pontón, Juan Andrew Almazán y Gilberto Bosques.

Hoy el panorama es distinto; sin embargo, en el ámbito de la educación los problemas permanecen.◇

La educación superior pública y privada en Puebla

I. INTRODUCCIÓN

En el Estado de Puebla, como en otras entidades del país, se ha producido en las últimas dos décadas un crecimiento notable del número de establecimientos de educación superior. En efecto, Puebla cuenta actualmente con 31 instituciones que ofrecen dos centenas de programas en educación superior. Esta cifra contrasta con la situación imperante en 1970, cuando apenas se contaban tres instituciones y en una de ellas, la Universidad Autónoma de Puebla, se cursaban 15 de las 16 licenciaturas existentes.¹

Pero si la multiplicación de establecimientos es importante, las transformaciones del sistema rebasan con mucho ese aspecto cuantitativo provocado por las presiones de la demanda. Se han producido también importantes procesos de diferenciación institucional y sectorial, entre los que destaca el surgimiento y desarrollo de dos redes de educación superior: la pública y la privada.

II. CRECIMIENTO Y DIVERSIFICACIÓN DEL SECTOR PÚBLICO

La red pública de educación superior en Puebla comprende las instituciones siguientes: la Universidad Autónoma de Puebla, tres institutos tecnológicos (uno en Puebla, uno en Tehuacán y otro agropecuario en Tecamatlán), el Instituto Nacional de Astrofísica, Óptica y Electrónica, el Colegio de Posgraduados-CEICADAR, así como una unidad de la Universidad Pedagógica Nacional.

Es un sector que en los últimos veinte años, particularmente en los casos de la UAP y los tecnológicos, ha experimentado un importante crecimiento en su matrícula, planta académica y oferta de estudios. No revisaremos ahora los casos del INADE, Colegio de Posgraduados ni UPN, instituciones especializadas que por sus características merecen otros espacios; nos centraremos en los casos de la UAP y de los tec-

nológicos, ubicando su desarrollo dentro del campo de la educación superior.

1. Los tecnológicos

Paralelamente a la expansión y desarrollo de las estructuras de la UAP, en la década de los 70 en Puebla se crearon los institutos tecnológicos regionales. Si bien la implantación de estos establecimientos se explica de manera general por la previsión de un aumento de la demanda local de educación superior y por la escasez de opciones de formación profesional tecnológica (en 1970 sólo existían las carreras de ingeniería civil, química e ingeniería química impartidas por la UAP), ante todo respondió a un proyecto federal que contempló este tipo de oferta institucional en todo el país. En efecto, los tecnológicos regionales conforman una red de formación profesional que se fue extendiendo desde 1940 y que ya en 1990 totalizaba 96 planteles. En este sentido, el surgimiento de los tecnológicos regionales en Puebla se deriva, por una parte, del sorprendente crecimiento de ese sistema y, por la otra, de las condiciones socioeconómicas regionales, que hicieron de las ciudades de Puebla y Tehuacán enclaves industriales con una demanda creciente de trabajo calificado.

2. El desarrollo de la UAP de 1970 a la fecha

Una revisión sintética del espectacular crecimiento y de la evolución de la UAP en las últimas dos décadas, debe atender a una variedad de fenómenos de carácter académico, cultural, social y político.

De entrada se debe tener presente que la expansión de la UAP se produjo en un periodo de crecimiento acelerado de la demanda de estudios superiores en el país. Por eso la UAP debió acoger nuevos estratos sociales anteriormente excluidos de la formación universitaria. Sin embargo, al darse de manera improvisada y compulsiva este proceso de democratización del acceso a la educación superior, fue estableciendo límites casi infranqueables a los propósitos de reforma académica que reivindicó el discurso universitario de los años 70. La velocidad del crecimiento de la matrícula impu-

¹ Las otras instituciones eran el Instituto Nacional de Astrofísica, Óptica y Electrónica, dedicado a la investigación y a los estudios de posgrado, y la Universidad de las Américas-Puebla, que sostenía un programa de ingeniería.

so como prioridades institucionales la apertura de grupos académicos y la contratación de personal docente. Esta lógica simple y cuantitativista alentó el dominio de mentalidades y fuerzas al interior de la UAP que destruyeron las formas tradicionales de organización académica y los circuitos de reproducción de los cuerpos profesionales.

La ruptura del viejo orden institucional en la UAP y su aislamiento progresivo del entorno socioprofesional, desembocaron en una "crisis de realización" de la Universidad, agudizada por factores contextuales, como la crisis económica de los 80 (que redujo el financiamiento público a las universidades), el agotamiento del populismo gubernamental y la emergencia de una red privada en la educación superior, que fue apropiándose de los resortes y canales fundamentales de acceso de los egresados al mercado profesional.

Al interior de la UAP, la estructura institucional fue modificándose en varios sentidos, en gran medida derivados de las orientaciones y correlaciones dominantes entre los grupos políticos, burocráticos y en menor medida académicos, que influyeron en las distintas administraciones rectorales.

Durante los años 70 observamos un primer momento de auge extraordinario del populismo universitario que se tradujo en una política de "apertura de puertas", cuyos efectos se dejaron sentir en el crecimiento del nivel preparatorio y en el inicio de la "hinchazón" de muchas escuelas superiores. Este periodo inicial del modelo denominado "Universidad democrática, crítica y popular", puso el acento en el ingreso estudiantil indiscriminado y en el desarrollo de una oferta profesional y cultural orientada a la "solución de los problemas populares". Su expresión en la estructura académica fue el surgimiento de la preparatoria popular, la creación de la Escuela de Veterinaria y Zootecnia y un programa extensionista de corte político-asistencial hacia sectores marginados de la población.

Otro momento de transformaciones universitarias en los 70 descansó en los esfuerzos por desarrollar programas científicos (de investigación y docencia) en el seno de la UAP. Esta corriente universitaria dominante bajo el rectorado de Luis Rivera Terrazas, si bien cohabitó con las expresiones políticas populistas, priorizó iniciativas académicas que dieron al modelo de universidad democrática una imagen nacional de relativa respetabilidad. El desarrollo y consolidación del Instituto de Ciencias y particularmente el fortalecimiento del Departamento de Física son, sin duda, la mejor expresión del liderazgo científico-político en la UAP.

Los años 80 presenciaron varios procesos tan importantes como dramáticos en la UAP. En primer lugar aflora el agotamiento del modelo democrático y particularmente de sus estructuras políticas de conducción, hecho que trastornó la vida institucional y creó un clima de división e inestabilidad interna. A comienzos de los 80 amplios sectores de la comunidad universitaria deciden abandonar las orientaciones y el tipo de relaciones del viejo modelo, extraordinariamente burocratizado, buscando construir, aún de manera tímida e

inconsistente, un nuevo perfil institucional. Lamentablemente, la inercia de los usos y costumbres heredados del pasado y los tortuosos ambientes políticos internos generaron una conducta institucional dominada por el pragmatismo y el voluntarismo, que limitó los avances en la reconstrucción y consolidación de estructuras académicas nuevas. A ello se sumó el negativo impacto de la crisis económica, que acentuó el deterioro de las condiciones materiales, organizativas y anímicas del trabajo universitario.

Los conflictos universitarios de finales de los 80 fueron la expresión de ese difícil y largo proceso de transición de la vida universitaria que comenzó en 1981 y no ha podido concluir. Aun en ese complicado y conflictivo panorama, donde el crecimiento de la matrícula llegó a su máximo, se logró la creación y desarrollo de algunas escuelas profesionales, una reforma en el nivel del bachillerato, el crecimiento de los estudios de posgrado y, sobre todo, la gestación (mediante los programas de superación académica) de una planta de docentes e investigadores con mayor solidez y perspectivas.

III. ORÍGENES Y DESARROLLO DEL SECTOR PRIVADO

La división y diferenciación del campo institucional de la educación superior, que dio como resultado el surgimiento y desarrollo del sector privado en Puebla, ha sido consecuencia de distintos procesos. Señalaremos al menos tres de ellos.

1. El primero tuvo como escenario a la universidad pública, en donde los conflictos que protagonizaron las principales corrientes universitarias,² primero alrededor de la autonomía (1956), después al calor de los movimientos universitarios y sociales de los 60 y finalmente en los enfrentamientos de principios de los 70, crearon progresivamente una polarización política que culminó con la expulsión de la corriente conservadora radical y la creación en 1973 de la Universidad Popular Autónoma del Estado de Puebla (UPAEP).

Estas confrontaciones, de marcado tinte ideológico, generaron oposiciones de distinto tipo al interior de la UAP, en torno al modelo cultural en el que se insertaría la institución, a sus funciones sustantivas, al papel de la institución en el contexto sociopolítico y, en consecuencia, al tipo de sectores sociales con los que la universidad debía vincularse. La irrupción de nuevos sectores sociales, como consecuencia de la democratización del acceso a la universidad, el desarrollo logrado por la institución con la creación de nuevas carreras y disciplinas de tipo científico y el giro de las políti-

² De inicios de los años 50 hasta 1973, se enfrentaron permanentemente dentro de la UAP dos corrientes universitarias: una progresista, que incluyó una variedad de expresiones ideológicas, desde los liberales moderados hasta los comunistas; y otra conservadora, donde predominaron las tendencias radicales del Frente Universitario Anticomunista.

cas federales en el sexenio echeverrista, facilitaron el triunfo de las corrientes progresistas al interior de la UAP y el surgimiento de un sistema de educación superior con dos modelos institucionales ideológica y políticamente antagónicos: el de la "universidad democrática, crítica y popular" enarbolado por la UAP, y la opción derechista cristalizada en la naciente UPAEP.³

La creación de la nueva institución, con carácter privado, no significó mayores aportes a la oferta educativa de la entidad, al menos durante los primeros años de su funcionamiento. De hecho la UPAEP comenzó sus actividades ofreciendo carreras ya existentes en la UAP, particularmente aquéllas de donde provenían los grupos más importantes de catedráticos expulsados durante el conflicto (administración de empresas y arquitectura). En cambio sí desarrolló desde sus inicios el modelo institucional acorde con la ideología conservadora y anticomunista de sus dirigentes, estableciendo nexos con sectores de empresarios, profesionistas y políticos que comulgaban con tal visión.

2. El segundo proceso se caracteriza por la implantación y desarrollo de instituciones universitarias provenientes del exterior. Son los casos, por una parte, de la Universidad de las Américas-Puebla, abierta en 1968 por iniciativa de la Fundación Mary Street Jenkins, en un proyecto con el Mexican City College-Universidad de las Américas A.C., y por la otra, de la Universidad Iberoamericana (plantel Golfo-Centro), creada en 1983 como filial de la institución del mismo nombre con asiento en la Ciudad de México.

El establecimiento de este tipo de instituciones fortaleció las tendencias hacia la diversificación institucional en el sector privado y generó una ampliación del abanico de carreras profesionales. En efecto, los sectores sociales de Puebla, con inclinaciones y capacidades económicas para acceder al sector privado de la educación superior, tuvieron oportunidad de elegir entre una oferta institucional más diferenciada, que satisfacía una variedad de expectativas materiales y simbólicas generadas por una sociedad económica, social y culturalmente más compleja, y difícilmente reducible al tipo de opción representada por la UPAEP. Es decir, que el origen "externo" de estas universidades, el tipo de valores y prestigio que sustentan y la solidez de sus proyectos universitarios, permitieron remontar el carácter marcadamente

³ En el *Ideario* de la UPAEP se asienta: "... Abierta a las manifestaciones culturales válidas de todos los hombres a través de la historia, tomamos como fundamento, inspiración y criterio de síntesis, a la cultura occidental que revitalizada por el cristianismo es el origen de nuestro pueblo...

"En la actividad cotidiana de la UPAEP, habremos de formar los hombres capaces de llevar adelante las verdaderas soluciones a nuestros problemas, los dirigentes formados en el servicio, que resistan y salgan vencedores de la crisis de hedonismo y decadencia moral, de la claudicación de la inteligencia ante el escepticismo y la confusión ideológica que corroe los espíritus, del egoísmo y la avaricia de bienes materiales y de poder, de la fisonomía democrática o científica, y la declinación de los espíritus entre los sistemas totalitarios y materialistas, y construyan con el pueblo un México nuevo." (sic)

ideológico-político de una oferta educativa privada surgida al calor de los conflictos universitarios locales.

3. Finalmente debe señalarse un tercer proceso, ocurrido a partir de 1980, consistente en la creación de múltiples establecimientos de educación superior con características y cualidades extremadamente diferenciadas, que se explica por los incrementos de la demanda urbana de educación superior en la zona metropolitana de la ciudad de Puebla y, en menor medida, por el crecimiento de una demanda de formación en algunas regiones de la entidad. Algunos de los rasgos de este tipo de instituciones consisten en la poca cobertura de carreras (por lo general ofrecen programas en carreras profesionales tradicionales que no implican importantes inversiones de infraestructura); en la falta de solidez de sus estructuras académicas basadas en profesores de asignatura, y en la carencia o la insatisfactoria calidad de sus servicios institucionales. Se trata de grandes o pequeñas empresas educativas cuyo origen y comportamiento está estrechamente ligado a un mercado en expansión, favorecidas además por la inexistencia de mecanismos de regulación o evaluación de la calidad de sus actividades y por la ausencia de políticas públicas hacia el sector.

IV. CONCLUSIONES

Como puede apreciarse, en el transcurso de las últimas dos décadas el universo institucional de la educación superior en Puebla se volvió diversificado y complejo, fenómeno sólo semejante al que se ha producido, durante el mismo lapso, en entidades como el Distrito Federal, Nuevo León, Jalisco y Veracruz. Se puede decir, por tanto, que en Puebla se transitó en veinte años de una oferta institucional de estudios universitarios prácticamente unitaria, que descansaba en la UAP, a una "constelación" regional que comprende una importante variedad de opciones educativas tanto en la red pública como en la privada.

Este proceso de diversificación superó también el esquema de oposiciones antagónicas, de contenido ideológico y político, que se dibujó en Puebla en la primera mitad de los años 70 con las confrontaciones entre los modelos de "izquierda" y "derecha". En su lugar, la diferenciación sociocultural que fue logrando la entidad impuso finalmente un campo institucional plural, donde la elección del público consumidor sobre su formación superior responde cada vez más a motivaciones múltiples (económicas, geográficas, vocacionales o simbólicas) y no sólo a preferencias ideológicas. Este fenómeno de diferenciación de los consumidores y de las presiones por mejorar la calidad de las ofertas institucionales es, sin lugar a dudas, el componente principal de las nuevas realidades en la educación superior de la entidad. En este sentido, la distinción simple y llana entre "público" y "privado" como referente de calidad educativa tiende a desaparecer, para cobrar importancia el prestigio y la solidez verificable de las estructuras académicas institucionales. ◊

La voz del volcán

Heráclito decía que los hombres, en su sueño, trabajan y colaboran en los acontecimientos del universo. Esta idea no es sólo una bella formulación del acto onírico sino que, en algunas culturas, es un hecho verídico; entre esas culturas se encuentra el mundo campesino que no ha roto completamente sus relaciones con las viejas creencias y costumbres indígenas. Aquí, la imagen soñada ha tendido puentes y creado pasadizos entre el sueño individual y la vida colectiva; estos pasajes han hecho posible un intercambio entre el mundo del sueño y el de la vigilia, tráfico cuyo contenido esencial es la comunicación entre el mundo de lo sagrado y el mundo de lo profano. Esto es lo que acontece en algunas comunidades agrícolas que rodean a los volcanes; en ellas, el sueño es una dimensión espiritual en la que se ha recreado, a lo largo de los siglos, una antigua tradición mesoamericana que encontraba en las imágenes oníricas no meras fantasías, sino revelaciones divinas, signos premonitorios, viajes al inframundo o métodos terapéuticos y de adivinación.

Los sueños tuvieron una gran importancia en las antiguas culturas de oriente y occidente y en el mundo indígena anterior al contacto con Europa. Es una desgracia que en los colonizadores españoles de los siglos XVI y XVII haya pesado más la obstinación medieval por conquistar las almas que la comprensión renacentista que conduce a la convivencia con las creencias ajenas. ¿Debo recordar que la conquista espiritual significó el saqueo de los templos, la persecución de los sacerdotes, magos y curanderos, la mutilación de los dioses y la destrucción por el fuego de códices y libros sagrados? Toda una cosmovisión fue humillada, castigada y reducida al silencio, al acto clandestino y a la intimidad del sueño. En esa brutal destrucción, digna de los mejores momentos de la sociedad occidental, perecieron por la guerra, el trabajo o la enfermedad millares de hombres, poblaciones enteras fueron removidas bajo nuevos proyectos y ambiciones, la hierba y el olvido crecieron en los antiguos templos y adoratorios. Un nuevo modo de entender la sacralidad se abrió paso en la mentalidad indígena, pero el cristianismo estaba germinando dentro de una concepción religiosa que aportaba sus propios nutrientes. Así, aunque el propósito evangelizador haya sido arrancar de raíz a las antiguas deidades de la memoria colectiva, el resultado de la predicación cristiana fue más un injerto que una amputación.

Entre lo mucho que se perdió en aquel entonces estaban los "libros de los sueños", de cuya existencia hoy sólo tenemos algunas escuetas referencias, como la de fray Bartolomé de las Casas, que escribió: "Muchas cosas hacían o dejaban de hacer por los sueños, en que muchos miraban, de los cuales tenían libros, y lo que significaban, por imágenes y figuras. Interpretábenselo los sacerdotes o maestros que tenían aquel oficio." Al lector e intérprete de esas imágenes se le llamaba *temiquixmiati* "el conocedor de los sueños" o *teminamictiani* "el intérprete de los sueños". La sabiduría de estos hombres no residía únicamente en sus conocimientos interpretativos, sino en ser ellos mismos poderosos soñadores (*temiquini*) capaces de trasladarse a lugares inaccesibles a la gente común, hombres cuya mirada de noche podía penetrar el mundo sagrado y descifrar los más oscuros enigmas.

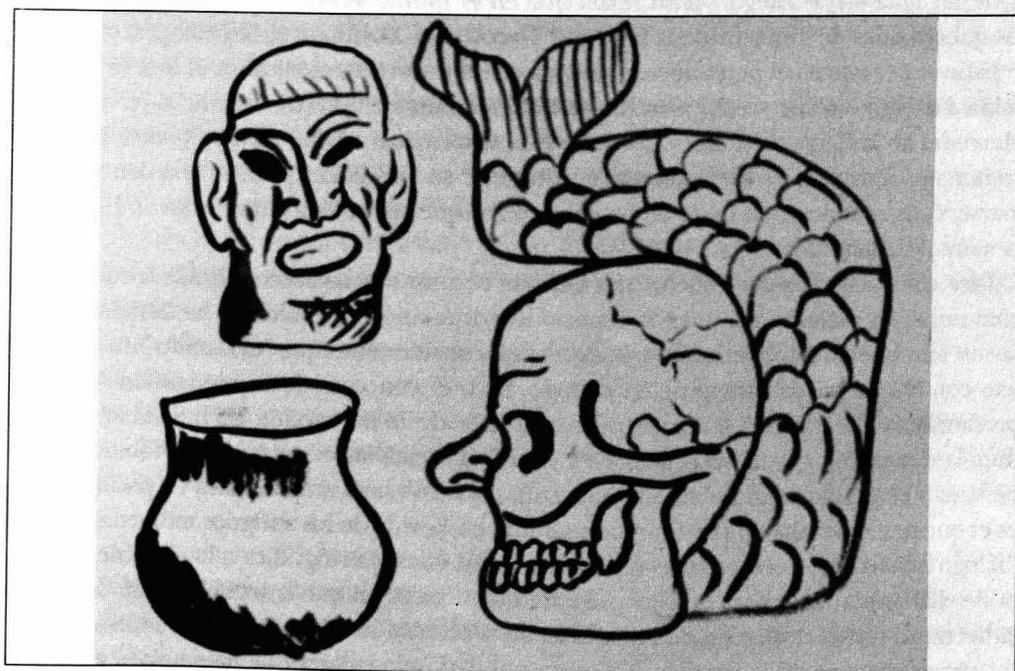
En las faldas del Popocatepetl y la Iztaccíhuatl existen algunos *temiquini*, personas que han sido elegidas por los volcanes para establecer con ellos un vínculo de colaboración en la generación anual de las lluvias. Los sueños de estos hombres y mujeres, llamados *tiempe-*

ros o conjuradores, son recintos del pensamiento en los que se manifiesta lo sagrado, son espacios intemporales en los que surgen los volcanes personificados en una mujer blanca, en un anciano o en un hombre montado a caballo para solicitar del iniciado su participación ritual en la creación de los buenos temporales. Estos personajes son los propios volcanes transfigurados, es decir, no son una representación de los volcanes en el sueño, al modo de un actor, sino una transposición de los volcanes al sueño. Es esto justamente lo que otorga a la experiencia onírica su carácter de experiencia religiosa.

El mundo campesino no es un mundo desacralizado como el nuestro, no es un mundo en el que la naturaleza haya sido plenamente entregada a la sensibilidad de aluminio que predomina en la mentalidad tecnologizada. Ahí existe la posibilidad de concebir a un volcán como una hierofanía, es decir, como una montaña en la que se manifiestan lo sagrado y con la cual es posible tener un intercambio benéfico mediante un trato ceremonial. En nuestra cultura resulta difícil pensar que se le pueda rendir culto a una planta o a una montaña porque no comprendemos que esa planta o esa montaña son hierofanías, que se les rinde culto no por ser plantas o montañas sino por que en ellas se revela lo sagrado, porque son un asiento de la divinidad y es esto precisamente lo que las transforma en sagradas, lo que las distingue entre otras plantas y montañas. Toda hierofanía contiene una paradoja que consiste en que un objeto, al manifestar lo sagrado, se convierte en otra cosa sin dejar de ser él mismo, ya que continúa formando parte del mundo que lo circunda como un objeto más. Un volcán sigue siendo un volcán, pero para quien aquel volcán se ha revelado como sagrado, su realidad inmediata se ha transformado en realidad "sobrenatural" o, para decirlo de otra forma, su naturaleza se expresa más allá de sí misma desde el momento en que se ha transformado en un recinto de lo sagrado.

El sueño es el inicio de un trato ritual con los volcanes y el origen de un singular diálogo con la naturaleza y con los poderes místicos que la habitan. Para que este diálogo pueda iniciarse, la persona elegida debió haber sido "señalada" previamente con la caída de un rayo en su propio cuerpo o a una distancia muy cercana. Esta señal es al mismo tiempo una distinción y una advertencia: la persona que ha sido tocada por el rayo —así lo establece la tradición— en algún momento de su vida recibirá revelaciones en sus sueños que le confirmarán que ha sido "exigida" por los volcanes para trabajar con ellos; si la persona se rehusa corre el riesgo de ser castigada por los propios volcanes con alguna enfermedad o morir fulminada por un rayo y trasladarse "a lo alto" a trabajar con el temporal.

Cuando a una persona "le llega el sueño", es decir, cuando en sus sueños aparecen los volcanes, la virgen, Cristo o unos niños pequeñitos que recuerdan a los antiguos tloques, esa persona está siendo iniciada como especialista en el manejo mágico del tiempo. En el



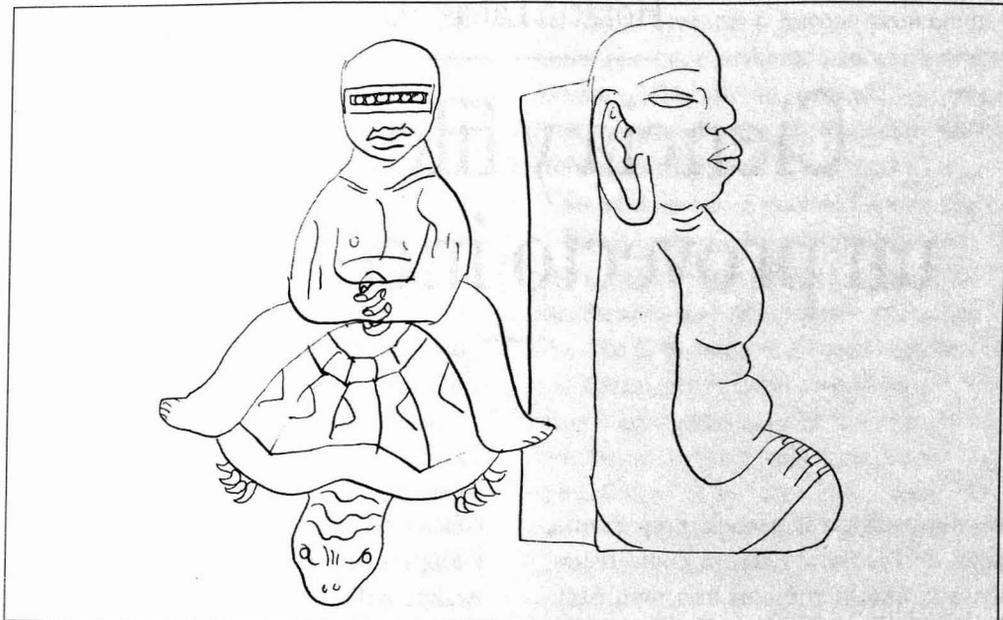
sueño recibirá instrucciones de lo que habrá de ofrendar a los volcanes, los lugares que deberá visitar y los momentos en que habrá de hacerlo, las palabras que tendrá que pronunciar y el modo como habrá de entenderse ritualmente con ellos.

Una vez recibido en sueño, esa persona está en disposición de responder a la divinidad y a la naturaleza en la que esa deidad se manifiesta. Su sueño ha sido reconocido por la comunidad como una revelación, como un anuncio "de allá arriba", por tanto, la respuesta no es exclusivamente individual, sino colectiva, aunque siempre dirigida y cuidadosamente vigilada por la persona "endonada". Entonces se realiza una procesión en la que se asciende a cerca de cuatro mil metros de altura para ofrendar comida, bebida, vestido y objetos santuarios a los volcanes con el fin de establecer con ellos un intercambio ceremonial. Con este ofrecimiento, al mismo tiempo que se le agradece a los volcanes por los beneficios recibidos, entregándoles como ofrenda lo que ellos en sueños solicitan, se les compromete a renovar el don de la lluvia y la fertilidad desde el momento en que ellos aceptan la oblación.

A partir del momento en que el chamán entrega la ofrenda espera una respuesta en el cielo, en la disposición, la densidad y el color de las nubes, en la fuerza de los vientos y en la temperatura del ambiente. Si la respuesta del tiempo es favorable esto indica que el ritual estuvo bien efectuado, que la ofrenda fue aceptada íntegramente, que sus peticiones fueron escuchadas, y lo más importante, que no hubo intromisión alguna de otro chamán para hacer "maldades" en el trabajo efectuado. Pero si la respuesta no es favorable, es decir, si las lluvias no son suficientes o son demasiadas, si el granizo y las heladas han afectado los cultivos y los huertos, si el viento ha dañado las flores, entonces esto se debe a la descomposición de su ofrenda, a que alguien ha quitado un objeto o ha introducido un elemento ajeno a ella, pues la ofrenda no es sólo un don sino también una disposición mágica para propiciar las lluvias y los climas favorables. Entonces el tiempero sueña con este desorden, que pone en riesgo los cultivos y su prestigio como conjurador, y acude al lugar donde colocó la ofrenda para reordenar, para recomponer lo que había hecho anteriormente.

El sueño y la ofrenda son dos momentos culminantes en la relación del tiempero con los volcanes. En el sueño el volcán revela sus necesidades, carencias y gustos, pide de comer mole o tamales, a veces pide música o ropa, necesidades que son satisfechas por el tiempero en la ofrenda; pero el acto de la oblación es al mismo tiempo el momento en que el tiempero revela al volcán sus necesidades personales y las de su comunidad, pidiéndole salud, protección, buenas cosechas o favores muy específicos como encontrar un animal perdido o el cuidado de algún familiar que se encuentra trabajando en los Estados Unidos. Sabemos que esta correspondencia tiene una larga tradición en las culturas mesoamericanas, que los sacerdotes y gobernantes entregaban abundantes mantenimientos a los dioses y en particular a los del agua —fray Diego Durán relata que en el monte Tláloc la comida entregada por los gobernantes de Tenochtitlan, Texcoco, Tlacopan y Xochimilco, llenaba prácticamente el patio— y es que en el pensamiento religioso de los antiguos mexicanos el hombre se concebía a sí mismo como sustentador de los dioses, como ejemplarmente nos lo ha mostrado Mercedes de la Garza en su libro *El hombre en el pensamiento religioso náhuatl y maya*. Dormir y comer son actividades cotidianas que no obstante su condición profana pueden transformarse, consagrándose, en parte de un ceremonial que permite la comunicación fluida con la naturaleza deificada.

Dice con razón Tzvetan Todorov que nuestra cultura nos ha acostumbrado a concebir la comunicación exclusivamente en su aspecto interhumano y que ello nos ha llevado a adoptar un sentimiento de superioridad desde el cual consideramos que "el mundo" no es un sujeto con el cual pueda sostenerse un diálogo. Pero el concepto de comunicación sería más productivo, dice Todorov, si comprendiera, al lado de la interacción de individuo a individuo, la que tiene lugar entre la persona y el grupo social, la persona y el mundo natural, la persona y el mundo religioso. Este tipo de comunicación, más amplia y rica en posibilidades, es el que desempeñaba un papel preponderante en la vida de los antiguos indígenas. En ese diálogo milenario con el mundo reside una actitud ética que dignifica a la naturaleza y esto es de vital importancia para una cultura como la nuestra, en que la tecnología ha devastado la tierra, en que el desarrollo desenfrenado de la técnica ha degradado a los mundos mineral, vegetal y animal reduciéndolos a la pura utilidad, una cultura que ha pensado y actuado



sus formas de vida contra la esencia de la naturaleza, violentándola permanentemente sin otorgarse la posibilidad de permanecer, simplemente permanecer, a su lado.

Somos descendientes de estas dos formas de comunicación y únicamente hemos atendido a una de ellas, la que se inició en estas tierras cuando Cortés y sus soldados únicamente vieron en el Popocatepetl un depósito de azufre, opción que culminaría en los años veinte de este siglo con una desgracia provocada por la estupidez de una empresa azufrera que tuvo la ocurrencia de dinamitar el cráter para incrementar su extracción. A contrapunto con esta manera exclusivamente utilitaria de mirar las cosas está la de los campesinos de la región, quienes también saben servirse de la naturaleza, sólo que algunos de ellos, en lugar de escuchar una explosión de dinamita, escuchan la voz del volcán. En seguida transcribo el diálogo que en sueños tuvo con la Iztaccíhuatl un tiempero que vive en las faldas de los volcanes, diálogo que muestra la correspondencia y la generosidad entre un hombre y una montaña:

Veía yo una muchacha bonita, güera, bien a todo dar, y a veces la veía yo medio morenita, pero casi nada. Y platicaba yo con ella y la iba ya a alcanzar. Y cuando llegué allí, donde caía el agua, había un zaguán y tocaba yo...

—¿Quién?

—Yo jefa... yo soy, su hijo de usted.

Es un zaguán grande y se abre. Aparece La Volcana y me dice:

—¡Ay hijo! ¿qué andas haciendo? ¡pásale!

—Sabe qué jefa, le traigo a usted estas manzanas. ¡Pero unas manzanas chapeadas! Bonitas manzanas que llevaba yo. Y le digo:

—Yo compré una falda, compré su ropa, a ver si le viene a usted, y si no le viene mejor me lo llevo, a ver si me lo cambian. Y dice:

—Sí, hójole, si me viene. Qué bueno que te acordaste, qué bueno que supiste mi número. Sí, es mi talla, mira, ¿cómo me veo, me queda o no me queda?... ¿Y tu gente por qué no viene?

—Pues es que están ocupados —le digo— pero yo me dí una escapadita. La vine a ver a usted siquiera.

—Mira hijo —me dice— ya que te vas llévate esto. Y veía yo que me regalaba hartas calabacitas, hartas naranjas de las buenas, cosas de lo mejor, y decía:

—Éste lo llevas para tus hijos, esto para tu mujer y ahí les compartes a los que te acompañan.

Y veía yo que me regalaba como un chiquihuite. Y repartía y repartía yo y hasta me sobraba. Y lo comemos y le seguimos comiendo y no se acaba. Y luego les doy aparte para que lo lleven y todavía tengo harto. Como que abunda, como que no rebaja la voluntad que me dio.◇

Ciencia y filosofía: un proyecto inconcluso

Entre 1946, año en que dirigía la Escuela Preparatoria, en la Universidad de Puebla, y 1948, ya como rector, honrosa distinción a la que llegué con una manifiesta aquiescencia de maestros, trabajadores y alumnos, estos últimos asociados en la Federación de Estudiantes representada entonces por el ahora distinguido científico Guillermo Ruiz Reyes, el proyecto fue adquiriendo perfiles más precisos.

Discutí el tema con numerosas personas. Recuerdo las sensatas observaciones del latinista Delfino C. Moreno, los juicios, siempre atractivos, de los historiadores Ponce y Alfredo Fenochio, quien en el orto del siglo y en amaneceres neblinosos aterrorizara a la vecindad con fantasmas descomunales que saltaban de mil maneras junto a las bellas, hieráticas y herrerianas torres de la catedral. El espantable escenario salía de la linterna mágica que el sabio profesor manipulaba en el balcón de su hogar.

No podría olvidar otros puntos de vista que sin duda enriquecieron los proyectos pedagógicos. El sociólogo y jurista Carlos Ibarra, hombre de finas virtudes incomprendidas por sus contemporáneos, fue muy persistente en la necesidad de introducir la cátedra de sociología mexicana, de la cual sería ilustre titular antes de que la ocupara el profesor Gastón García Cantú, a quien invité a echarse en hombros la apasionante y pesada carga. En esos años contábase con dos importantes contribuciones de Carlos Ibarra, un texto de *Economía mexicana* y otro titulado *Teoría de México*, obras pioneras en los esfuerzos por recobrar las raíces de nuestra personalidad. Francisco Javier Clavijero y Francisco Javier Alegre, expulsados de Nueva España en el reinado de Carlos III, volvieron en los cursos de Ibarra a ser lecturas de acuciosa meditación. Fidel Ibarra, hermano de Carlos, Gregorio de Gante, Ovidio Moreno, el poeta injusta y prematuramente arrancado de la vida, los abogados Armando Vergara, César Garibay, también latinista, Arturo Fernández Aguirre, dueño de clásica y envidiable discoteca y de una biblioteca jurídica e histórica poco común, Enrique Molina Johnson y otras ilustres personalidades del Colegio de Abogados, así como médicos —mi hermano Héctor, Antonio Barranco, Raymundo Ruiz y Carlos Vergara Soto, por ejemplo— fueron consultados. Lo cierto es que antes de las decisiones innovadoras escudriñé con inquebrantable afán en la

conciencia de la clase más docta del Estado. José Sarmiento y Miguel Sarmiento, geógrafo, el primero, y discípulo de Andrés Bello, el segundo, el matemático Rivadeneyra, don Francisco de P. Tenorio, titular en física y sus prácticas, Francisco Pérez Salazar, radicado en la capital de la República, los historiógrafos Gómez Haro y Juan Palacios, el fisiólogo José Joaquín Izquierdo, autor de invaluable estudios de historia de la medicina en Puebla y México, convinieron conmigo, éstos y los otros, en que la preparatoria especializada mutila la educación media de los jóvenes.

El resultado de ese largo proceso de estudios y confrontación de experiencias fue la elaboración de un programa distribuido en tres años, para la Escuela Preparatoria. Tres eran las claves del nuevo sistema. Junto con las ciencias exactas y naturales contaban las humanistas, incluidos estudios clásicos, una introducción a la filosofía y el acento especial en materias históricas dedicadas al conocimiento de lo mexicano; un curso de sociología de México culminaba la docencia en esta área. Llevé mi proyecto al Congreso de Universidades que en esos años celebrábase en Oaxaca, y los resultados fueron optimistas. Varios rectores lo vieron con simpatía; recuerdo a don Luis Garrido, de la Universidad Autónoma de México, y a los de Michoacán, Jalisco y Yucatán, interesados también en cambiar por una general la enseñanza especializada en la preparatoria.

Pero esa reforma fue sólo un punto de partida. La finalidad iba mucho más allá de la mera introducción global del alumno a la cultura. Se deseaba transformar la Universidad de Puebla, que hasta esos años congregaba disciplinas profesionales y técnicas —jurídicas, médicas, químicas, ingeniería civil, farmacia, odontología, enfermería, etc.— en una universidad de altas connotaciones. En 1910, durante las Fiestas del Centenario, la de México dio el paso al inaugurar la Escuela de Altos Estudios, bajo la dirección de Ezequiel A. Chávez, luego de la simbólica convocatoria a Palas Atenea, diosa de la sabiduría en la Acrópolis, que proclamó Justo Sierra en el discurso fundatorio de la actual Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).

Establecida la preparatoria general diseñábase las maestrías y los doctorados. Algunos años antes Luis Enrique Erro había logrado del presidente Manuel Ávila Camacho un

acuerdo para fundar el observatorio astrofísico de Tonanzintla, lugar elegido por sus cielos favorables. Mientras construíanse las instalaciones, los científicos se alojaron en la Universidad de Puebla. Carlos Graef Fernández, Alberto Barajas, Arturo Rosenblueth y otros, al mezclarse con poblanos y profesores, crearon una sugerente atmósfera proclive al conocimiento científico. Ya inaugurado Tonanzintla llegarían Guillermo Haro, Luis Rivera Terrazas y el matemático Joaquín Ancona Albertos, excluido de la Mérida nativa por heterodoxias en asuntos religiosos. Originaría en Puebla un agrio debate el día en que en torno a las celebraciones del milagro puso en duda el dogma de la ascensión de María; sus declaraciones, en la revista *Tiempo*, dirigida por Martín Luis Guzmán, exaltaron los ánimos eclesiásticos y el maestro se vio personalmente acusado de herejía.

Aquel ambiente propicio al florecimiento de la ciencia y la voluntad de llevar la enseñanza universitaria me inclinaron a mantener vivas y cercanas charlas con los astrónomos y técnicos del observatorio de Tonanzintla, y con otros eminentes profesores; Luis Rivera Terrazas y Joaquín Ancona Albertos mostraron de inmediato una noble intención de auxiliarme. El recuento de posibilidades ofrecía magros saldos. Sin embargo, Rivera Terrazas elaboró el primer plan de una deseada escuela de matemáticas, física y biología, campo este último que se dejó para una futura ocasión por carecer de un núcleo docente apto. La física y las matemáticas, atendidas por los mencionados Ancona y Rivera Terrazas, diseñáronse como una maestría previa al doctorado en filosofía. Con el ejemplo de la academia platónica, cuyo pórtico advertía a los alumnos: "nadie entre si no sabe geometría", sencillo es comprender la razón de ese esquema preliminar. La meditación filosófica sin el saber científico condenada está —así sucedió en el pasado y continúa sucediendo en el presente— a caer en sofisticaciones dogmáticas y metafísicas inútiles y riesgosas. Las destempladas experiencias del añoso escolasticismo no podían echarse al cuarto de los trastos viejos. Concluida la preparatoria general indispensable era una seria información de las ciencias y sus avances antes de iniciar la aventura filosófica.

No todos estuvieron de acuerdo. La noche en que presenté los programas al consejo universitario se me acusó de pretender la apertura de un claustro para egresados sin empleo. Nada tenían que hacer en Puebla los matemáticos, los físicos y los filósofos; y nadie los solicitaría para actividades remuneradas; la falta del mercado de trabajo aseguraría fracasos, resentimiento y rabia contra la vida. Yo creo que en esa noche defendí lúcidamente esos programas porque luego de largas discusiones aprobáronse por una significativa mayoría de votos. Al día siguiente tuve una intensa conversación con Rivera Terrazas y Ancona, y una semana adelante, en aula de química, inaugurárase sin solemnidades la Escuela de Ciencias de la Universidad de Puebla, segunda en el país —la de México fue anterior— y pionera en la provincia. La generación prístina, aprobada el primer año, cubriría, bien asesorada, las materias del primer ingre-

so. Rivera Terrazas y Ancona profesarían en los siguientes semestres; así, circulando conocimientos y entrelazando esfuerzos, abriéronse las puertas a los egresados, cuyos miembros, muy meritorios, desempeñan prestigiadas funciones en nuestra patria y en el extranjero.

No faltaron los enemigos. En noche negra un grupo asalotó laboratorios, destrozó investigaciones, rompió expedientes e incendió materiales de gran valor, actos criminales abanderados en imputaciones temerarias y absurdas. Se gritaba que la Escuela de Ciencias era nido de ideólogos extranjerizantes y ateos peligrosos. No siempre sucede, aunque en ocasiones sí. La razón abatió a la barbarie, y no obstante las no pocas tribulaciones, en la actualidad la Universidad de Puebla aloja a una avanzada y reconocida Facultad de Ciencias; sus trabajos aparecen en las más conocidas revistas especializadas del mundo, y el intercambio de información y becas tiene un creciente ritmo.

Mas la oveja negra está siempre en los mejores rebaños. Razones políticas me llevaron fuera de Puebla y su universidad, y supe del establecimiento de la Facultad de Filosofía, recia y admirable por muchos conceptos pero no vinculada al currículum académico original. Sus grados no requieren a los científicos como se había pensado en 1949, ni el pináculo doctoral abreva en las maestrías de ciencias. La concepción prima está pendiente. Acá y allá no todo está perdido. Existen corrientes que vinculan ciencia y filosofía. El Seminario de Ciencia y Filosofía que Eli de Gortari fundara en la UNAM, con la simpatía del entonces rector Nabor Carrillo, fue una decisión alentadora. Las ediciones del Seminario tienen una gran aceptación, y en Puebla son fecundas semillas en el lado de los que seguimos convencidos de que un puente de unión de la filosofía y las ciencias capítulo es *sine qua non* en la cultura. Las ciencias protegen al pensamiento de desviaciones fantasiosas y del peligro de la dogmatización metafísica que a las veces concluye en la dogmatización política; y la filosofía evita con la razón suficiente de los valores humanos el uso e instrumentación criminal de la ciencia. Hiroshima y Nagasaki son aún los brutales ejemplos del camino de la ciencia sin la reflexión moral y filosófica.

La violencia ilimitada que impera hoy, las masacres toleradas y en ocasiones perdonadas por presiones castrenses, el genocidio sin censura y el terrorismo de estado que precediera el nacimiento del nazifascismo exigen una vuelta académica al proyecto inconcluso de la Universidad de Puebla. Hermanemos investigación científica e investigación filosófica y propiciemos una verdad-fuente de felicidad y no de destrucción. No hay tranquilidad en los días que corren porque aún se escuchan las amenazantes doctrinas de ayer. Predicó Hitler la necesidad de aherrojar el espíritu de los pueblos, y a pesar de la tragedia a que los condujo con su barbarie, otra vez el cerrojo del espíritu parece cernirse sobre la humanidad. ◊

La celebración del 5 de Mayo en el pasado de Puebla

La ciudad de Puebla se levanta en un valle abierto hermosísimo en el Altiplano de México y ocupa un lugar privilegiado en la Meseta Central. Su posición geográfica es de 19° 02' 30" de latitud norte y 0° 56' 06" de longitud este del meridiano de México y alcanza una altura de 2162 m.s.n.m.

Su clima es templado y variable según las estaciones del año pero en general muy agradable; fluctúa entre los veinte y veintidós grados centígrados; abundan las lluvias en el verano y se agudiza el frío en el invierno.

La ciudad está rodeada de hermosas montañas y volcanes, éstos los más importantes de nuestra Patria. Al norte destaca imponente y con majestad inigualable la montaña La Malintzi, la de "Las Faldas Azules", sin lugar a duda la montaña más bella de México y del mundo; los picachos de su cumbre forman el rostro de una mujer indígena que mira eternamente hacia el Sol; claramente se ven su frente, sus ojos, su nariz, su boca y su barba; es una mascarilla indígena que ve siempre hacia el infinito.

Al oriente, en la lejanía del paisaje se perfilan las montañas de El Pinal y las Derrumbadas Roja y Azul y en lontananza se dibujan la Sierra Negra, el Volcán de San Andrés y el Citlaltépetl, que en lengua náhuatl quiere decir "Cerro de la Estrella", porque en una época del año el planeta Venus luce en el firmamento con toda su magnitud, precisamente sobre el cráter del volcán.

Al sur, la enigmática cordillera de El Tentzo, una cadena de montañas que se pierde en la lejanía del paisaje, y al poniente, las impresionantes y hermosísimas cumbres de los volcanes Iztaccíhuatl y Popocatepetl; Iztaccíhuatl en idioma náhuatl quiere decir "Mujer Blanca, Mujer Dormida" y Popocatepetl en nuestro idioma primitivo quiere decir "Cerro o Montaña que Humea" porque aún está en actividad volcánica y arroja fumarolas.

Puebla con su larga trayectoria de 462 años de existencia, está colmada de historia, de tradiciones, de leyendas y de hechos singulares de trascendencia mundial. Agreguemos a esto el conjunto arquitectónico de la ciudad donde destacan por su belleza y antigüedad edificios, templos, colegios y conventos, sobresaliendo en este conjunto por su esbeltez y belleza, por su estilo propio de la arquitectura exterior e in-

terior, la Catedral Metropolitana de Puebla, sin lugar a duda la más bella de América y del mundo occidental. Por algo en fecha reciente el Centro Histórico de la ciudad de Puebla fue declarado por la UNESCO, "Patrimonio de la Humanidad".

Durante el siglo XIX ocurrió un suceso insólito y de gran trascendencia que conmocionó al mundo. El 5 de mayo de 1862, en las goteras de Puebla y en el área de los Fuertes de Loreto y Guadalupe, tuvo lugar la batalla en la que el Ejército de Oriente venció al francés; el ejército de Francia, el primero en el mundo en aquella época, sufrió una humillante derrota; ese día ¡Las Armas Nacionales se cubrieron de Gloria!

Con este avasallador triunfo, México dejó muy claros los preceptos de "no intervención" y de "autodeterminación de los pueblos", además de dar una cátedra de estrategia, de valor y de lo que es capaz un pueblo para alcanzar su libertad.

Hay un pasaje final en este día de gloria para México que narran los historiadores, pero que no le han dado la importancia que tiene, por lo que he creído necesario consignarlo con el énfasis que merece:

Los últimos rayos del sol poniente bañaban la Ciudad de los Ángeles, aquella tarde del glorioso 5 de mayo de 1862. En los Fuertes de Loreto y Guadalupe, los lábaros patrios, rasgados por la metralla y ennegrecidos por la pólvora, ondeaban suavemente con la brisa de la tarde que caía ya en las alturas; las bandas de guerra tocaban dianas y sones marciales para celebrar la derrota del ejército francés que se batía en retirada, y el arco iris con sus brillantes colores lucía en el firmamento, enmarcando tan sublimes momentos.

Ignacio Zaragoza, general en jefe del Ejército de Oriente, acompañado de su estado mayor, decidió recorrer la línea de batalla. Zaragoza iba a caballo, descubierto, llevando en la diestra su gorra militar, con la que saludaba a sus soldados —a sus hijos, como él los llamaba. Al paso del general frente a sus batallones, éstos lo aclamaban con delirio, con vivas y nutridos aplausos. Testigos presenciales consignan que los anteojos del general se habían humedecido por el llanto.

Fue el único homenaje que recibió en vida Ignacio Zaragoza. Para él no hubo ni una medalla ni una condecoración por tan sonado triunfo que conmovió al mundo. No hubo tiempo. La muerte lo sorprendió justamente cuatro meses tres días después de la Batalla del 5 de Mayo. Murió en Puebla en el número 126 de la antigua Calle de la Santísima, a las 10:20 de la mañana, el 8 de septiembre de 1862. El general Zaragoza abandonó este mundo para cruzar el dintel de la inmortalidad.

Al tratar la celebración del 5 de Mayo, deseo referirme a su primer aniversario. Éste fue triste y doloroso, pero no carente de amor patrio; la ciudad sufría los trágicos y patéticos días del Sitio de Puebla de 1863, sitio que la población civil y el Ejército de Oriente, como un solo hombre, lo resistieron con heroísmo durante 63 días, del 16 de marzo al 18 de mayo del citado año.

El ejército expedicionario francés con artillería de grueso calibre y con 30,000 efectivos al mando del mariscal de campo Elías Forey, asediaron la ciudad, sin poder penetrar o romper sus líneas de defensa en el recinto urbano delineado por Jesús González Ortega, general en jefe del Ejército de Oriente.

Así el estado de cosas, el día 5 de mayo, al izar los pabellones nacionales en los fuertes que circunvalaban y defendían la ciudad, se disparó un cañonazo en cada uno de ellos; únicamente en los Fuertes de Santa Anita y de El Carmen se dispararon salvas de 21 cañonazos, según lo consigna en su *Diario de Guerra* el general González Ortega, honrando así la gloriosa efeméride.

En esta fecha memorable, la ciudad estaba a sólo 13 días de su capitulación; Puebla se rindió cuando no había ni un mendrugo de pan para comer y cuando no quedaba un solo cartucho que disparar. La entrega de la ciudad fue de lo más honroso que raya en lo sublime; desde la víspera se inutilizaron las baterías de montaña y las piezas de artillería; se incineraron las banderas nacionales para que no quedara ninguna en poder del enemigo. El día 18 de mayo de 1863, a las 6:00 de la mañana, en todos los fuertes se izó la bandera blanca del armisticio, se disolvió el ejército y la oficialidad mexicana se entregó como prisionera de guerra en el cuartel general del alto mando francés.

Cuando fueron recibidos nuestros oficiales por el mariscal Forey, éste ordenó que les rindieran honores militares; un general francés, queriéndose pasar de listo, conminó a nuestros soldados a que firmaran, además del armisticio, un documento por el cual se comprometían a no combatir al ejército francés. Como se negaron a ello, los amenazó con enviarlos a La Martinica, la prisión francesa de tanto renombre. El mariscal Forey lo interrumpió diciéndole: —¡No mi querido general, a La Martinica van los criminales y los asesinos, no los héroes que han defendido con denuedo y heroísmo la ciudad de Puebla!

Aquí es oportuno destacar algo muy importante: el ejército francés tenía todas las de ganar: superioridad en el número de sus efectivos, excelente armamento en toda su línea,

abundancia de alimentos y medicinas y la vía libre para las ciudades de la costa y el puerto de Veracruz. Así y todo, militarmente, no pudo tomar la ciudad de Puebla, que se rindió por hambre y por la falta de parque; ésta es la gloria del Sitio de Puebla que raya en lo sublime.

Los años que se sucedieron a estos notables acontecimientos constituyeron una época tormentosa para la Patria: la guerra de guerrillas en toda la nación ocasionada por la Intervención francesa, el establecimiento del Segundo Imperio mexicano, la restauración de la República, la lucha por el poder, la dictadura porfiriana y por último, la Revolución mexicana a principios de este siglo.

De toda esta época no se tiene noticia alguna de la celebración del 5 de Mayo, sino hasta 1920 en que se estableció el régimen constitucional que perdura hasta nuestros días. En efecto, en la década de los años 20, se empezó a recordar con gran magnificencia esta efeméride con tres actos de singular importancia: el simulacro de la batalla, el gran desfile militar y el combate de flores, en los cuales toda la ciudad prestaba su concurso para el mayor lucimiento. En la mañana de cada día de esta fecha histórica se efectuaba un simulacro de la contienda bélica en los mismos lugares, tal y como ocurrió en aquella ocasión.

Con verdadero realismo se interpretaban las acciones de los ejércitos mexicano y francés. Así se veían a los suavos africanos con sus pantalones bombachos rojos, sus casacas azules con los enormes turbantes negros sobre la cabeza, los infantes de marina con sus impecables uniformes, los suavos argelinos con aquellas barbas impresionantes, los grupos de soldados del 99 de Línea y los oficiales franceses con el pecho cubierto de condecoraciones.

Terminado el simulacro, todos sus integrantes desfilaban pasando frente a la plaza de armas. Ahí fue donde los vi; me impresionó mucho ver al general Ignacio Zaragoza, acompañado de los generales Miguel Negrete, Felipe F. Berriozábal, Porfirio Díaz, Antonio Álvarez y Mariano Rojo, así como a otros oficiales que intervinieron en aquella gesta gloriosa. Todos iban a caballo, luciendo hermosos y briosos corceles.

También se veían los escuadrones de lanceros a caballo, luciendo los bonitos trajes de chinaco, que participaron en forma decisiva en aquella batalla memorable; seguían los cuerpos de infantería vestidos con trajes de la época y se identificaban perfectamente los Cazadores de Morelia, los Rifleros de San Luis y los Nacionales de Puebla, destacando en forma singular las legiones de indígenas zacapoaxtlas.

Yo era muy niño, pero bien me acuerdo del realismo con que actuaban estos contingentes que participaban en los simulacros allá por los años 1926 o 1927.

En una de estas representaciones hubo un lamentable incidente: en el "fragor de la batalla", los jinetes mexicanos arrebataron a los suavos una bandera francesa, misma que pisotearon los caballos; esto ocasionó que el embajador de Francia acreditado en México presentara enérgica protesta ante la Secretaría de Relaciones Exteriores; desde entonces no volvió a efectuarse ningún simulacro.

Sin embargo, allá por los años 40, siendo gobernador del estado el general Maximino Ávila Camacho, se hizo un simulacro de la batalla con los conscriptos del servicio militar obligatorio en el área comprendida entre los Fuertes de Loreto y Guadalupe, Xonaca, la Hacienda de San José de Rentería y el Cuartel de Caballería de San José; fue éste el último acontecimiento de su tipo que se realizó para celebrar la Batalla del 5 de Mayo de 1862.

El acto más importante de la celebración de la Batalla ha sido y es sin lugar a duda el desfile militar que año con año se lleva a efecto. Es un acontecimiento cívico, muy emotivo, histórico, tradicional y de gran importancia porque se rinde homenaje al soldado de México y muy principalmente, a los héroes anónimos que ofrendaron su vida en defensa de la Patria. En la década de los 20 toda la población prestaba su concurso con entusiasmo y regocijo, ya sea adornando las fachadas de sus casas por donde pasaría el desfile o asistiendo al magno acontecimiento; con su presencia, que abarrotaba las calles, daba mayor lucimiento a esta significativa celebración.

En efecto, los zaguanes, ventanas y balcones se adornaban; los más humildes con cadenas y banderas de papel de china, siendo los eslabones los colores patrios verde, blanco y rojo; en otras casas, las banderas nacionales eran de raso o de seda, pero el caso era que no faltaba el adorno en casa alguna.

Allá por los años 20, el desfile se iniciaba en el Cuartel de la Montada, como llamaba la voz popular a un cuartel de caballería que estaba situado enfrente del templo parroquial del Señor San José; en la actualidad ese lugar lo ocupa la Clínica de Especialidades del Instituto Mexicano del Seguro Social. El desfile continuaba por las calles 1a, 2a, 3a y 4a Reales de San José; proseguía por Santa Teresa, costado de Santa Clara y calles 1a y 2a de Mercaderes (ahora 2 Norte); doblaba a la derecha para pasar por el Palacio del Ayuntamiento y la plaza mayor, continuaba por las antiguas calles de La Santísima (Trinidad), Cholula, Miradores, El Hospicio y Guadalupe (ahora Avenida Reforma), y así llegar al Paseo Bravo, lugar en que se dispersaban los contingentes integrantes del desfile.

Iniciaban la marcha los regimientos de infantería del Ejército Nacional, con sus bandas de guerra tocando con sus tambores "paso redoblado", moviéndose las columnas con gallardía y disciplina, los abanderados llevando la enseña patria con brillante escolta de honor. Los soldados de esta clase llevaban al hombro los máuseres con bayoneta calada y no faltaban los gallardetes con su identificación.

Seguían los escuadrones de caballería, algo en verdad impresionante; los caballos de gran alzada con las crines cortas y las sillas de los jinetes muy sencillas y exclusivas del ejército. No podía faltar en estos cuerpos de caballería la banda de guerra que tocaba con sus clarines y cornetas la *Marcha*



LA MANSION MR
restaurantes bar

**Nos enorgullece
formar parte
de la universal
tradición poblana**



**Calle 29 Sur #304
Col. La Paz Tels: 30-1055, 30-1204**



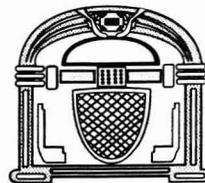
FONDA SAN ANGEL

RESTAURANTE • BAR

Para Complacer sus Sentidos...

TODA LA SEMANA, HASTA LAS DOS DE LA MAÑANA

PLAZA SAN JACINTO 3, SAN ANGEL, MEXICO
5 5 0 • 1 6 • 4 1



LOS CINCUENTAS
RESTAURANTE • BAR

**Una Nueva Posibilidad...
en el Corazón de Coyoacán**

A PARTIR DE LAS 11:00 AM
AGUAYO 3, COYOACAN, MEXICO 659-15 31

dragona, que hacía vibrar de emoción a las multitudes que abarrotaban las calles, y colmaban las ventanas, balcones y azoteas de las casas.

A continuación aparecían los escuadrones de cadetes del Heroico Colegio Militar, también a caballo, luciendo sus elegantes uniformes y hermosos caballos, que sólo de verlos arrancaban la ovación del público; caía sobre ellos una lluvia de flores, serpentinas y confeti. Como en la caballería del ejército, los cadetes con sus clarines tocaban también la *Marcha dragona*; estas notas musicales tan emotivas arrancaban la ovación y el aplauso de toda la gente ahí congregada.

Seguían los infantes de Marina y los cadetes de la también Heroica Escuela Naval Militar de Veracruz, con sus uniformes de gala blanco, con botonadura y galones dorados, quienes también se llevaban la ovación del público por su marcialidad y gallardía.

Después pasaban causando gran admiración las legiones de apuestos jóvenes indígenas de la Sierra Norte de Puebla, de Zacapoaxtla, Tetela y Xochiapulco, con su clásica vestimenta: algodón de lana de color café, calzón de manta blanco atado con cintas a los tobillos, huaraches típicos de la región, sombrero de palma y el machete a la cintura. Estos jóvenes recibían cálida ovación, el aplauso y la lluvia de flores, serpentinas y confeti.

Atrás de los zacapoaxtla venía la sección de artillería del Ejército Nacional, era algo espectacular y maravilloso; se veían los arzones de artillería tirados por caballos a los que iban enganchados los cañones de diversos calibres; a los lados de éstos iban las mulas cargando las voluminosas cajas con el parque para los cañones. Era en verdad un conjunto muy hermoso.

A continuación seguían los impresionantes carros de bomberos; el principal, con todos los implementos necesarios para el siniestro: bomba, mangueras, escaleras extensibles, etcétera, y los camiones pipa para transportar el agua. Todos estos vehículos estaban pintados de rojo.

Cerraba la columna la delegación en Puebla de la Asociación Nacional de Charros, luciendo sus integrantes el típico traje nacional de charro, con hermosos sombreros galoneados y qué decir de los preciosos caballos de raza pura que montaban; destacaba por su belleza y vestuario la abandera, que lucía el típico traje de china poblana y sombrero charro en la cabeza.

Era una tradición de la ciudad que, mientras pasaba el desfile, en la Catedral echaban a vuelo el sonido de sus campanas y así se escuchaba el repique con esa cadencia hermosísima, con ese ritmo acompasado y esa combinación perfecta de las campanas y las esquilas. Al escuchar las sonoras y clamorosas campanas de Catedral, de niño, de joven y de adulto, se me hacía un nudo en la garganta y en muchas ocasiones se me saltaban las lágrimas por la emoción de sólo escucharlas.

El repique a vuelo se oía únicamente en las grandes ocasiones, en las fiestas cívicas del 5 de Mayo y el 16 de Septiembre, y en las religiosas, la noche del 31 de diciembre



para dar la bienvenida al Año Nuevo, el Sábado de Gloria, el Jueves de Corpus, el día de San Pedro (29 de junio), por ser el Patrono de la Catedral y el 15 de agosto día de la Asunción de la Virgen María por ser la Patrona de la ciudad. Ahora se ha perdido esta costumbre porque no saben producir aquel sonido a vuelo. Tocan las campanas sí, pero sin orden y concierto y no como antaño que era honra y preza de la ciudad.

En los años 30 se cambió la trayectoria de los desfiles; se iniciaban en el Paseo Bravo y terminaban en la Plazuela de San José, haciendo el recorrido por las calles ya citadas; se incorporaron al desfile las escuelas oficiales José María Lafragua, Gabino Barreda, Ignacio Ramírez, Santos Degollado, Gustavo P. Mahr, José Manso y la Pacheco Hening de la colonia Santa María. Asimismo, se incorporó la Academia Militar Ignacio Zaragoza, cuyos cadetes uniformados de azul y gris competían en garbo y disciplina con los cadetes del Heroico Colegio Militar.

En los años 40 se modernizó el Ejército Nacional y vimos desfilar los camiones blindados, los tanques ligeros, los tanques pesados y hasta cañones antiaéreos.

En 1948 vino a desfilar el 5 de mayo una nutrida representación del ejército chino, de la China Nacionalista del general Chiang Kai-shek, causando gran sensación; por la tarde de ese día los "chinitos" hicieron chuzas en el baile del Hospicio. En los años siguientes se incorporaron al desfile los centros escolares Niños Héroes de Chapultepec de Puebla, Miguel Alemán de Cholula y los de Matamoros, Tehuacán y Teziutlán, quienes además de sus contingentes presentaban hermosos carros alegóricos, dando así mayor lucimiento a esta conmemoración.

La celebración del Centenario de la Batalla del 5 de Mayo en 1962 fue de gran trascendencia y solemnidad. Ese día al cuarto para las 11:00 de la mañana, se disparó un cañonazo desde el Fuerte de Guadalupe y en Catedral, la campana "María" respondió con sonoro campanazo, tal y como ocurría 100 años antes; después, en el monumento al general Ignacio Zaragoza, el jefe supremo de las Fuerzas Armadas, licenciado Adolfo López Mateos, presidente de la República,

presidió la ceremonia de jura de bandera de los conscriptos de la Clase '44 del servicio militar obligatorio. Después de este acto tan emotivo los jóvenes conscriptos se integraron al magno desfile. En esta memorable ocasión los poblanos tuvimos la honra de que la Legión de Honor de Francia, en homenaje a México, viniera a desfilarse por nuestras calles.

Algo curioso y extraño ocurría en Puebla cada día 5 de mayo. A mediodía o en las primeras horas de la tarde, se abatía sobre la ciudad una fuerte tormenta de agua y granizo, como ocurrió en la batalla que hemos venido comentando. A veces la granizada se adelantaba y caía el día 4, en otros años se atrasaba y caía el día 6, pero no pasaba de estos tres días en que el cielo nos deparaba agua y granizo. Cuando esto ocurría, en Catedral, con la campana "María", tocaban a rogación; entonces, en los hogares de Puebla, se quemaba la palma bendita y las ramas de romero que habían sido bendecidas el día de La Candelaria; se encendía el cirio pascual y se rezaba el trisagio, oración dedicada a la Santísima Trinidad y según el decir de nuestras abuelas, se hacía todo esto para "calmar la ira de Dios". Ahora ya no hay agua ni granizo el 5 de Mayo.

Después de la tormenta, brillaba el sol y el arco iris adornaba el firmamento; al anochecer de ese día daba comienzo la gran fiesta: El Combate de Flores que se prolongaba hasta pasada la medianoche.

El Combate tenía lugar en la Avenida Reforma y en las primeras cuerdas de la 2 Norte, donde se formaban dos hileras de vehículos en sentido opuesto; éstos eran tripulados

por jóvenes de ambos sexos y personas mayores que se arrojaban flores, principalmente claveles, rosas, margaritas y ramitos de violetas y de pensamientos, serpentinas y confeti, mucho confeti. Era un ir y venir de automóviles último modelo en un ambiente de alegría, cordialidad, decencia, respeto y cortesía, que hacía transcurrir las horas sin sentir y en el que participaba toda la población. Para todos era fiesta y alegría, intercambiando flores y lanzando piropos a las lindas muchachas de Puebla.

A las 10:00 de la noche, en el atrio de la Catedral se quemaban los preciosos fuegos artificiales, donde se veían las hermosas coronas de colores subir hacia el infinito y desde las alturas derramaban cascadas de luz y colorido, algo en verdad de extraordinaria belleza que daba mayor lucimiento a la gran festividad.

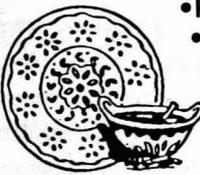
Los automóviles que circulaban eran de las marcas Graham Peige, Pontiac, Buick, Packard, Cadillac, Mercedes Benz, Ford, Chevrolet y otros; los había abiertos, cerrados y convertibles. La presencia de estos vehículos en el Combate le daba gran categoría a este acontecimiento.

Allá por los años 20 también participaron en los Combates de Flores las carretelas de caballos y los primeros modelos del automóvil. Aunque debo decir que todo esto pertenece a un pasado mejor. Ahora ya no hay Combates de Flores y los añoramos con nostalgia; sólo recordamos y celebramos un hecho trascendental que conmocionó al mundo y en el que "¡Las Armas Nacionales se han cubierto de Gloria!" (Ignacio Zaragoza). ◇

FONDA DE S^{TA} CLARA

LO TRADICIONAL MEXICANO EN EL BUEN COMER

- Mole poblano
- Pípián verde o rojo
- Chalupas
- Molotes
- Gorditas de manteca
- Mixiote de carnero
- Sopa de médula y sesos



Guisos de temporada

- En sus dos casas -

3 Poniente No. 307	3 Poniente No. 920
42 26 59	46 19 19
32 76 74	46 19 52
Puebla, Pue.	Fax: 32 05 03

AMPLIO SALON PARA EVENTOS

Estudio Q

De Ausencia

De perfil

JOAQUÍN MORTIZ
COLECCIÓN LAUREL
Los libros que han deslindado el territorio de la narrativa mexicana contemporánea.

VICENTE LEÑERO
MARÍA LUISA MENDOZA
JOSÉ AGUSTÍN



Juan Tovar

Del alma

en memoria de
Ignacio Ibarra Mazari
(1920-1976)

Una novela de Georges Simenon, *Le Petit Saint* (1965), ocupa entre las muchas otras un lugar especial, que el epígrafe señala: "Por fin... Ya lo he escrito", dice, implicando que ni el más prolífico de los grandes narradores contemporáneos dejó de pasarse sus horas frente a la página en blanco. Adentrados en el libro, bien podríamos preguntarnos dónde estuvo la dificultad; pues nos vemos inmersos en un ambiente de los que el autor sabe crear con maestría: un sórdido mundo de miseria y promiscuidad en el cual crece nuestro protagonista, un niño candoroso. Bien podríamos, también, pronosticar que el tema de la historia será la pérdida de la inocencia, la transformación del candor en alguna compleja perversión que conduzca, con toda probabilidad, al crimen.

Eso habría sido fácil para Simenon; lo difícil, como al cabo nos percatamos, fue narrar lo contrario: la conservación de la natural inocencia en medio del tumulto de la experiencia, la reafirmación del candor a través del arte. La novela viene a ser, a fin de cuentas, la biografía de un pintor que bien pudo haber existido y que en la última página, ya como viejo maestro, responde a la pregunta de qué imagen daría de sí mismo: "La de un niño."

Por una de las cosas que tiene la sincronicidad, leí este libro poco antes de releer, con miras a la presen-

te nota, *El barandal y los gatos* (1961), de mi maestro Ignacio Ibarra Mazari. He sentido entonces que este otro libro narra en esencia la misma historia, de muy distinta manera y sólo hasta la mitad.

El tono, aquí, es de evocación, con acentos elegíacos que suenan ya en el subtítulo: "episodios fortuitos de una infancia difunta". Se narra el paulatino descubrimiento del mundo por parte de otro niño sensible y candoroso, cuyo mundo no es para nada tan inhóspito como el del Santito, pero tampoco deja de ser cruel. Un recur-

so frecuente en los episodios es el desenlace irónico, el paso del encanto al desencanto, y el clímax de todo el libro es la muerte de una hermanita —también el Santito pasó por eso—, que destruye la mayor ilusión de todas.

Hay dos episodios más. En el primero, el niño descubre la música de Beethoven y encuentra en ella alivio para su angustia; en el segundo, entra a la escuela y, con ello, se interna en un laberinto interminable. "Y no quiero salir de él —dice—, porque sé que en la puerta del fondo está la muerte



Novedad
FONDO DE
CULTURA
ECONÓMICA



Ignacio Manuel
Altamirano
ICONOGRAFÍA



Prólogo de José
Luis Martínez

Investigación iconográfica,
antología, introducción y
notas de Catalina Sierra
y Cristina Darros

De venta en librerías



GOBIERNO CONSTITUCIONAL
DEL ESTADO DE GUERRERO

esperando que se abata a sus plantas mi fatiga, después de un inquieto correr, preguntar, y aprender, y olvidar...”

Esta enumeración final vendría a sintetizar lo que, en la novela de Simenon, merece una segunda parte: el desarrollo del artista que en esa infancia se gestara. Porque, también en este caso, el arte es una manera de seguir siendo niño, de conservar la inocencia por más que la experiencia abrume, de mirar las cosas con candor y candorosamente representarlas, para que el prójimo las redescubra.

Ignacio Ibarra Mazari no fue un escritor prolífico; lo mejor de su esfuerzo lo dedicó al teatro. Pero sólo su gran modestia explica que no computara, en sus últimos años, una segunda serie de recuerdos: episodios de una carrera teatral en un medio poco propicio, en ese terreno, para algo más que los chistes manidos y las declamaciones anquilosadas.

Y lo que él se proponía era mucho más. Buscaba la verdad teatral, la verdad humana, la restauración del teatro como fuerza viva en una sociedad cuyos pilares lo preferían muerto y disecado. Hizo suya la frase de Usigli: “Un pueblo sin teatro es un pueblo sin verdad”, creó casi de la nada el Teatro Universitario, y fue una voz clamando en el desierto, despertando conciencias.

—Quién nos manda amar el arte en tierra de mochos— dijo alguien, alguna vez, en la librería del maestro, un grato oasis para los lectores de literatura, que en la Puebla de los Ángeles pasábamos bastante sed.

Fue allí, en la Librería Fedón, donde conocí a Ignacio en persona, por así decirlo, ya que antes de eso había visto la *Antígona* de Anouilh con la que inauguró su local en la Universidad. Había sido para mí una revelación, como lo fue también aquella librería donde ninguna cara de “si no compra no mallugue” impedía examinar los libros y, más aún, se invitaba a hojearlos y se conversaba acerca de ellos: eran más que una mercancía; eran lo que eran (lo que son) para

uno en la intimidad, amigos tratados con respeto y confianza. Me hice asiduo del lugar y un día, venciendo la vergüenza de mi preparatoriana incultura, me animé a preguntar el sentido de su nombre.

—Fedón, o del alma— dijo el maestro Nacho—. Es el título de un diálogo de Platón.

Que no llegué a leer sino hasta muchos años después, y que no deja de venir a cuento. En él, como se recordará, Sócrates se despide de sus amigos antes de beber la cicuta, y demuestra la inmortalidad del alma, la inexistencia de la muerte, para luego hundirse en ella con impecable serenidad.

Me resulta inevitable leer ahí, ahora, la aspiración de mi maestro: vencer por el arte a la muerte antes de arribar a la “puerta del fondo” de su laberinto. ¿Qué es, en efecto, su labor teatral, sino una lucha incansable contra la muerte en el alma de su comunidad?

El desenlace de esa lucha, como el de varios episodios de *El barandal y los gatos*, está hecho de ironía y desencanto. El poder en la Universidad pasa a manos progresistas... y resulta que el progreso consiste, por ejemplo, en dismantelar el Teatro Universitario, presumiblemente para convertir el local en salón de asambleas.

Pocos años sobrevivió Ignacio a ese golpe que lo privó del sustento esencial de su existencia de artista. Acaso fue por esa razón por la que se abstuvo de escribir sus memorias teatrales. Mal habría podido, después de apurar la cicuta, escribirlas sin amargura, sin traicionar al niño que había logrado ser siendo.

Así permanecerá en el recuerdo de los que lo conocimos y lo quisimos, de los que admiramos sus puestas en escena y alguna vez participamos en ellas, y también de quienes sólo conozcan sus pocos escritos, vestigios inconfundibles de un alma bella que siempre supo hallar en el mundo “una poquita de bondad, de ternura, de poesía...” ◇

Nuevas letras de Puebla: otras voces, otros ámbitos

"Manchas: malezas: borrones. Tachaduras. Preso entre las líneas de las letras. Ahogado por los trazos, los lazos de las vocales. Mordido, picoteado por las pincas, los garfios de las consonantes. Maleza de signos: negación de los signos. Gesticulación estúpida, grotesca ceremonia. Plétora termina en extinción: los signos se comen a los signos."

Octavio Paz

Situar sin sitiar: empresa difícil cuando se trata de discutir un espacio que apenas se dibuja. El filósofo aconseja: de lo que no se puede hablar es mejor guardar silencio. Pero la prudencia es la madre de todos los silencios y la producción de los recientes escritores poblanos merece ser comentada siquiera para que nuestros nietos sepan que tenían un pasado literario.

No creo en los discursos ancilares e imagino como George Steiner el paraíso en una república platónica en donde estuvieran expulsados los críticos y los reseñistas, una sociedad de escritores y lectores donde ensayos como éste no tendrían ninguna validez. Pero mientras esa utopía nos alcanza necesitamos mediar a esos dos polos de la obra literaria con palabras sobre ella, aunque el crítico sea siempre —ya lo dijo con certeza Terry Eagleton— una especie de censor que decide qué y a quién debemos leer. Porque la literatura es mucho más que eso, hace viejos a los jóvenes en el sentido de que les permite centrar su atención sobre cosas que realmente importan: el amor, el sexo, la muerte, la escritura misma. Aun así, aquí vamos:

Esa lira intermitente que ha sido nuestra poesía tiene, sin duda, algunos representantes ya dignos de mención en los últimos tiempos. De hecho, ha sido a través de dos colecciones coeditadas por la Universidad de Puebla y la Universidad de Zacatecas que nuestros escritores han podido ver la luz de sus óperas primas. Primero, sin duda, fueron los cuadernos de Praxis/Dos Filos dirigidos por José de Jesús Sampedro —ese infatigable promotor de la literatura de provincia (que no provinciana)— quienes hicieron lo propio. En esos días —entre 1982 y 84— las plaquettes de Juan Carlos Canales (un poeta intimista pero aguda, dolorosamente inteligente que además de ese primer cuaderno tiene inédito un hermoso poemario *La casa de Eliot*), Mariano Morales (conceptual y enamorado de imágenes raciona-

les) y después los libros del último (quien aún espera ver publicadas algunas obras de prosa), de Fidel Jiménez (que ya en *Argumento para un western latinoamericano* enseñaba el oficio de su *Dédalo insurrecto*: poesía terriblemente irónica) y de Ángel López (*Los ríos de la maga*, surrealista y febril) engrosaron esta ya no tan despreciable lista. Enrique de Jesús Pimentel publica también en 84 su hermoso *Catacumbas* (mostrándose como un versificador de ecos simbolistas, un nuevo maldito que se ríe ya de su pasado romántico) y en el 85 el Premio Latinoamericano de Poesía Colima recae en Gilberto Castellanos con *El mirar del artificio* que editara Katún. Este último poeta muestra un manejo formal del lenguaje a todas luces admirable y, sin duda, grandes aciertos en sus imágenes. Buena década aquella para nuestra poesía que desaparece —editorialmente, lo que es un fenómeno no exclusivo de nosotros y que más adelante comentaremos— en lo que va de los noventa donde lo más relevante es sin duda la prosa.

Así, José Luis Zárate (uno de los más felices frecuentadores de la ciencia ficción en México y que ha recibido algunos premios ya por ese trabajo) publica *Permanencia Voluntaria* mientras al alimón Juan Hernández Luna y Dolores Zamorano *Crucigrama*; ambos libros de cuentos recibieron el Premio Jomar. El propio Hernández publicaría pronto sus novelas *Único Territorio* y *Naufragio* (donde lo policiaco convive con lo cotidiano y que ha avanzado en sus quehaceres narrativos). El que esto escribe, a su vez, pudo ver editadas casi en fila su *Música de Adiós* (cuento), *Amores enormes* (cuento, Premio Ibarguengoitia 1991), *Como quien se desangra* (relato) y *En la alcoba de un mundo*. Aunque sería injusto no mencionar el mejor libro de cuentos publicado hasta ahora: *Lo terrible ya ha pasado* de Juan Gerardo Sampedro (editado en 1985 y Premio Latinoamericano de cuento) que consigue una feliz mezcla de lo fantástico y lo cotidiano en los sórdidos escenarios del centro de nuestra ciudad o *Gajes del oficio* de María Teresa Martínez Terán y, sin duda, *Días extraños* de Alejandro Meneses que reescribe las historias a partir de letras de rock, además de su cuidado formal.

En teatro —independientemente de dramaturgos ya de lujo como Tovar o Héctor Azar— ha visto la letra impresa Ricardo Pérez Quitt que ya desde *Sacrilegio* mostraba lo que

sería su futura obra dramática recogida en *Deseos*, pulida en el taller del orfebre que es el del escritor: una literatura de denuncia, que no de manifiesto, con mensaje pero sin moraleja y con un contenido social que no rechaza nunca el valor individual de nuestras penas: siempre otras, siempre las mismas (ya decía Borges que después de Shakespeare todos somos plagiarios).

Hasta aquí los libros. Pero el mapa no puede hacerse sólo a través de las obras aparentemente consagradas por la gracia de la publicación. Esto dejaría de lado escritores que han visto en revistas o en antologías (incluso en libros colectivos) su trabajo en la magia de la tinta y el papel y agraciados por los duendes de las erratas. Günther Petrak (también con menciones honoríficas por sus trabajos en ciencia ficción), Gerardo Porcayo y Adriana Rojas (los dos recogidos en *Más allá de lo imaginado* de Federico Schaffler). La poesía y, sobre todo, el cuento de Arsenio González es digno de mención, así como el trabajo reciente de nuestro monterrosiano Gabriel Wolfson (que tiene inédito su brillante *La inmortalidad del cangrejo*) y la poesía de Eutiquio Sarabia. Todos estos escritores merecen ser comentados porque también creen que la literatura es el punto de partida y la vuelta a casa de sus vidas. Su sino, pues. Y es a partir del oficio que comprenden la incógnita de sus existencias y la locura de su ciudad que los envuelve.

Separado de todos ellos Hugo Diego Blanco ha escrito el

capítulo de la reflexión. Ha sido hasta con él que nuestras letras alcanzaron el ensayo literario de magnitud: *Las esferas de la paciencia* es un hermoso libro que nos habla de un viaje. El que Diego Blanco hizo a través de las "Cartas Edificantes y Curiosas" que los misioneros jesuitas escribieron desde China. Este sinólogo poblano, habitante eterno de la Biblioteca Lafragua escribe una prosa dulce y violenta que permite y catapulta los resortes de nuestro pensamiento. Una vez terminado el libro uno no sabe otra cosa que el infinito amor a los libros que han depositado todas las pasiones, todos los infiernos y los paraísos que hemos sido.

Comentar estos últimos años de escritura poblana no puede dejar de lado a aquellos escritores como Juan Tovar (*Memoria de Apariencias, Las Adoraciones*), Héctor Azar (*A la luz de la Puebla, Palabras Habladas*), Elena Garro (*Y Matarazo no llamó*) o Ángeles Mastretta (*Arráncame la vida, Mujeres de ojos grandes*) que han hecho su obra fuera del Estado pero se explican a partir de él, a quien se han llevado a cuestras o, como el caso de Azar, han tenido que regresar impulsados por la fuerza de su tierra telúrica y polvosa, pero maternal y azulísima.

Esta lista —quizá parcial, como toda serie y tal vez interminable como todo inventario— nos muestra algunas cosas dignas de mención. En otro trabajo¹ ya he comentado

¹ Una antología histórica sobre Puebla que editará próximamente el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes con el título: *Puebla, una literatura del dolor*.



XXI FESTIVAL INTERNACIONAL CERVANTINO

LO MEJOR DE LAS ARTES EN GUANAJUATO

MUSICA

Giuseppe Sinopoli, IL Gruppo Di Roma, Philip Glass Ensemble, Kronos Quartet, Munir Bashir, Hamza El Din.

TEATRO

Le Cirque Invisible, The Drama of The Slovene National Theatre Maribor "*Carmen*", Compañía Nacional de Teatro Clásico "*La gran sultana*", Teatro A l'Avogaria di Venezia "*La finta ammalata*".

TEATRO INFANTIL

Das Puppenspiel Puppet Theatre "*Cuadros de una exposición*" Teatro Estatal de Títeres de Bratislava "*Pedro y el lobo*", "*El carnaval de los animales*".

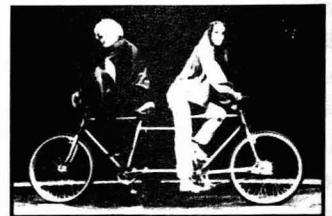
DANZA

Estrellas del Ballet de la Opera de Kiev, Momix Dance Theatre, Flamenco Mario Maya, Tütav Performance and Art Group

GUANAJUATO
OCTUBRE 6-24, 1993

VENTA DE BOLETOS A PARTIR DEL
6 DE SEPTIEMBRE

TICKETMASTER
¡SU ENTRADA A LOS MEJORES ESPECTACULOS!
325-9000



que es a partir de estos libros de los que he hablado que alcanzamos la tan anhelada modernidad de nuestras letras. Me explico: Puebla es una sociedad barroca por excelencia y ya ha demostrado con justicia Ángel Rama que las de este tipo están estratificadas en dos clases únicas: los nobles y la plebe, los otros. Después de la ruptura de la cultura católica que fue la Reforma, Puebla se desdibujó. Fue un quiebre que nos borró el rostro largo tiempo y nuestra lira se limitó —cuando más— al discurso laudatorio cívico y nuestra prosa a recontar viejas leyendas. Parece como si Puebla se hubiera defendido del tiempo deteniéndolo. Regreso a Rama y él opina que el modernismo le abrió la puerta a la clase media que alcanzó a un público mayor que se constituyó en la *ciudad letrada* de nuestras sociedades americanas. Esta capa intermedia —esta clase medium— toma la voz en nuestras letras a partir de la conceptualización del oficio de escritor como otra cosa. Los que se han quedado en Puebla a escribir lo han hecho gracias a los talleres literarios (que sepultaron la bohemia y apagaron por un tiempo las cansinas loas al cinco de mayo). Dorra y Donoso Pareja deben ser reconocidos por ese trabajo que ha abierto nuestras letras, universalizándolas. Pero también la apertura propia de nuestros tiempos que nos permiten afirmar sin temor a la equivocación que hoy en día se puede ser tan cosmopolita en Xonaca como provinciano en Coyoacán.

Quisiera insistir en la falta de apoyo para la publicación de libros —especialmente aquellos de poesía— y, hasta ahora, la absoluta ignorancia que los gobiernos han mostrado para sus escritores. Es increíble que estados como Durango —cuya tradición es apenas noticia— tengan antologías, colecciones literarias y que en Baja California autoagoten sus ediciones. Porque aún nos falta también pensar en que un productor de cultura tiene que ser un consumidor de la misma que la frecuente como su propia casa. Las cosas sin duda están cambiando y los resultados sólo podrán evaluarse cuando este siglo —y este milenio— dejen el paso a los escritores que empiecen a publicar ahora sin los resabios de su provincianismo —puro pleito y discusión— y opten por la camaradería literaria: única forma del diálogo fructífero.

Por eso necesitamos mencionar a las revistas literarias —especie siempre en extinción— que apareciendo y desapareciendo han hecho que esta nutritiva mesa de las letras poblanas sea más rápidamente degustable. Las revistas, además, son el espacio del viaje y del naufragio, de los ires y venires de las ideas. En estas décadas ha sido a través de *Infame Turba*, *Márgenes* y *Kórima* primero y de *Vitral* y *La Masacre de Cholula*, después, que hemos tenido dónde expresarnos. La nueva época de *Crítica*, la revista oficial de la UAP, apunta a ese porvenir invisible que son las letras nuestras.

Ahora, por último, la reflexión. Quedan los títulos, queda la lista y los nombres, pero qué ha sido realmente lo que ha pasado y lo que está sucediendo con nuestras letras estata-



les. O mejor aún, cómo vencer la soledad que —aún— nos aqueja. Las respuestas son difíciles. Primero las ventajas: escribir en provincia aleja a los escritores de las mafias, de las rencillas y los grupos y los hace trabajar en actividades casi nada o nada relacionadas con la literatura que hace que el espacio íntimo siga siendo el reservado a la obra. Sin las tentaciones del éxito —cuál— el escritor de provincia se vuelve íntimo, interior y se da cuenta más rápido que ser escritor público se convierte pronto en una basura y que el espacio abierto que recibe el escritor lo puede ensordecir de aquello que verdaderamente quiere decir, de lo único que le importa decir. Las desventajas, en cambio, son de todos conocidas: la obra no se conoce, se pierde o se ignora su importancia y el que escribe no llega a su principal interlocutor, quien lo lee y cierra el círculo de sus propuestas estéticas. Al ser reducidísimo el espacio literario los dimes y diretes corren con la velocidad del chisme que puede ser buena literatura, claro, pero también entorpecer la escritura laboriosa e intensa y la infinita artesanía —obra de la pasión y la paciencia— que es la escritura: espacio de la felicidad.

Me parece imprescindible aclarar, entonces, lo terrible del discurso secundario o terciario —único discurso que se vende, que alcanza el estatuto de objetivo— que desvanece el verdadero poder de las obras. Y ya no leemos sino libros

que hablan de otros libros que a su vez hablan de algún otro que nunca llegará a mis manos. De nada, sin embargo, me sirven todos los comentaristas del Quijote, si yo mismo no he cabalgado alguna vez con el caballero de la triste figura y he naufragado con sus desventuras que pueden ser las mías. De nada servirán estas líneas si mis pacientes lectores no deciden perderse en los vericuetos de sus páginas. El optimismo, sin embargo, no me abandona y nadie me quita la idea de que tarde o temprano los ojos de los editores voltearán en serio a lo que se escribe en la Provincia Mexicana de las Letras —una República aparte— y se decida a incluirlo sin miramientos entre sus líneas editoriales. El diálogo, entonces, empezará a ser con un país real y variadísimo que construye su evanescente identidad a partir de las asombrosas diferencias que lo sostienen. Lo demás son vanas metáforas del centralismo zafio y prepotente que nosotros también reproducimos en nuestras cercanas y lejanas provincias. Pero mientras algún escritor en el lugar más alejado del Estado de Puebla —o de cualquier otro— siga apostando con su vida por lo que escribe y crea que lo único importante que existe es ese papel y esas palabras que le hacen cobrar vida, entonces habrá algún feliz orate que espere pacientemente a leerlo. Nuestras letras sin duda, seguirán reinventándose y estas palabras serán ya también parte del pasado literario que alguna vez quiso interrogarse —con mayor o menor fortuna— sobre eso que somos en este lugar donde, como diría el poeta, de alguna forma se está. ◇



V. R. de el Exmo. e Ilmo. y V. S. D. Juan de Palafox y Mendoza de el Consejo de Su M. y su Consejero en los Supremos de Guerra, Indias, y Aragón. Obispo de la Puebla, Arzobispo de México, Virrey, Gobernador, y Capitán Ge. de esta nueva España, Presidente de la R. Audiencia, Visitador de todos sus Tribunales, Juez de Presidencia de tres Virreynos, y Obispo Orma. De cuya Beatificación se trata en la Curia Romana, y para su prosecucion Ordena N. Catholico M. por su Cedula de 21 de Mayo de 1600. Soliciten la piedad de sus Subditos para ayuda de San Santa Causa. Nació en Fitero Reyno de Navarra, año de 1600. Falleció a Primero de Octubre de 1659. Años. 59. Capelo

MAGNO FESTIVAL PALAFOXIANO

Correspondencia agradecida a la formidable obra humanística
de don Juan de Palafox y Mendoza (1600-1659)
Estado de Puebla
septiembre-noviembre



Bodegón Poblano

Galería de Antigüedades
Casa de la Cúpula

7 Oriente 401 Puebla, Pue.

Tels. 42 44 97 y 32 10 82

Colaboradores

Héctor Azar. Véase el número 510 (julio de 1993) de esta revista.

Alberto Dallal. Es director de la revista *Universidad de México*. Véase el número 510 (julio de 1993) de esta revista.

Antonio Deana Salmerón (Puebla, 1921). Es fundador y presidente de la Sociedad Numismática de Puebla (1959); socio fundador y de mérito de la Sociedad Numismática de México, A.C. así como miembro de diversas sociedades numismáticas nacionales y extranjeras, de las que ha recibido reconocimiento y premios. Es autor de *Los billetes de América, Los billetes de cinco pesos del banco de México, La casa de moneda de Durango y Cosas de Puebla*, entre otros libros y de la revista *Monedas* (siete volúmenes que comprenden 84 números, 1959-1984). Colabora en publicaciones de España, Argentina, Cuba y México entre otros países.

Georgina García-Gutiérrez (México, D.F.) Doctora en lingüística y literatura hispánicas por El Colegio de México, institución en la que fue investigadora de 1976 a 1979. Ha sido profesora de la Universidad de Guanajuato, Universidad de las Américas, UNAM, Universidad de Veracruz y Universidad de California, San Diego. Obtuvo becas en la Oakland University, Michigan, en El Colegio de México y en la Universidad Libre de Berlín. Está adscrita al Sistema Nacional de Investigadores y actualmente coordina el Centro de Estudios Humanísticos del Instituto de Estudios Avanzados de la Universidad de las Américas-Puebla, donde es profesora titular. Ha publicado *Los disfraces de la obra mestiza de Carlos Fuentes, Cristóbal Nonato: profecía apocalíptica, experimentación lúdica, crítica certera*, así como la edición crítica a la novela *La región más transparente*, de Carlos Fuentes. En prensa se encuentra *Terra Nostra: crónica universal del orbe (apuntes sobre intertextualidad)*.

Julio Glockner Rossainz (Puebla, Puebla, 1955). Licenciado en antropología social por la Escuela Nacional de Antropología e Historia. Investigador del Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad Autónoma de Puebla. Ha publicado diversos artículos en las revistas *Crítica y Elementos*, de la UAP, *Temas de población*, del Consejo Estatal de Población y *Espacios*, del Área de Cultura y Sociedad del Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades de la UAP. Coordinó una antología de textos sobre Tonantzintla, Puebla, que próximamente será publicada por la UAP.

Horacio Labastida (Puebla, Puebla, 1918). Licenciado en derecho por la Universidad de Puebla con estudios de posgrado en la UNAM y en la Universidad de Berkeley. Rector de la Universidad de Puebla de 1947 a 1950; asesor de la Rectoría de la UNAM desde 1951; profesor titular de tiempo completo de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales (1971-1976) e investigador titular de tiempo completo del Instituto de Investigaciones Jurídicas desde 1991. Fue director de esta revista de 1985 a 1988. Se desempeñó como

jefe de asuntos sociales del CEPAL-México, Naciones Unidas y como embajador de México ante el Gobierno Sandinista de Reconstrucción Nacional. Es autor de *Las luchas ideológicas en el siglo XIX y la Constitución de 1857, Aspectos sociales del desarrollo económico, Filosofía y política. Cinco ensayos, Reforma y República restaurada y Las constituciones mexicanas* entre otros muchos libros.

Jorge Alberto Manrique (México, D.F., 1936). Crítico de arte. Licenciado en historia por la UNAM, donde ha sido profesor desde 1965. Realizó estudios de posgrado en las universidades de París y Roma. Fue profesor investigador de El Colegio de México (1965-1979). En la Universidad Veracruzana fue director del Seminario de Historia de la Revolución Mexicana y de la Facultad de Filosofía y Letras. Director fundador del Museo Nacional de Arte (1982-1983); director del Museo de Arte Moderno del INBA (1987-1988). Se desempeñó como director de la revista *Historia Mexicana* y como jefe de redacción en la revista *Universidad Nacional*. Entre 1974 y 1980 fue director del Instituto de Investigaciones Estéticas, donde actualmente es investigador. Colaboró en el periódico *Unomásuno* y es fundador y articulista de *La Jornada* desde 1984. Ha escrito en publicaciones especializadas en historia e historia del arte. Miembro y secretario de la Academia Mexicana de la Historia y miembro del Comité Mexicano de Monumentos y Sitios (ICOMOS), del que fue presidente de 1979 a 1987. Perteneció al Comité Mexicano de Historia del Arte, al Comité Internacional de Museos y a la Asociación Internacional de Críticos de Arte. Recibió el Premio Paul Westheim a la crítica joven en 1957 y el Premio Universidad Nacional en 1992. Es autor de *Los dominicos y Azcapotzalco, La dispersión del manierismo y Ángel Zárraga*.

Jesús Márquez Carrillo (Tlaltenango, Zacatecas, 1958). Licenciado en historia por la Universidad Autónoma de Puebla; realizó estudios de maestría en historia en la Escuela Nacional de Antropología e Historia. Fue director del Archivo Histórico Regional Universitario de la UAP de 1984 a 1990. Actualmente es investigador de tiempo completo del Centro de Estudios Universitarios y responsable del área de historia de esa institución. Es autor de numerosos artículos sobre distintos aspectos de la historia social y política de Puebla, y de los libros *La revolución maderista en Puebla y Cátedra en vilo. Apuntes y notas de historia universitaria poblana*.

Eduardo Merlo Juárez (Puebla, Puebla, 1944). Maestro por la Escuela Nacional de Maestros. Licenciado en arqueología por la Escuela Nacional de Antropología e Historia; maestro de ciencias antropológicas y doctor en arquitectura por la UNAM. Investigador del Instituto nacional de Antropología e Historia y Director de Museos de la Secretaría de Cultura del Gobierno del Estado de Puebla. Catedrático de la Universidad Autónoma de Puebla y de la Universidad de las

Américas. Es autor de obras sobre antropología e historia de México, entre ellas, *La Basílica Catedral de Puebla de los Ángeles, Las danzas de Coetzalan, Puebla, una empresa excepcional y Tepexi el viejo: un pueblo popoluca*.

Ricardo Moreno Botello (San Luis Potosí, S.L.P. 1952). Licenciado en economía por la Universidad Autónoma de Puebla y maestro en ciencias sociales con especialidad en educación por el DIE/CINVESTAV. Fue investigador del Centro de Investigaciones Históricas del Movimiento Obrero y del Centro de Estudios Universitarios de la UAP. Actualmente es coordinador del proyecto de investigación "Crecimiento y diferenciación de las instituciones de educación superior en Puebla 1970-1987" del Centro de Estudios Universitarios. Es autor de *La escuela del proletariado. La educación técnica industrial en México, 1876-1938* y coautor de *La educación superior en Puebla, 1970-1990 y Directorio académico del Estado de Puebla*.

Pedro Ángel Palou García (Puebla, 1966). Ha publicado los libros de cuentos *Música de adiós* (1989), *Amores enormes* (Premio Nacional de Narrativa Jorge Ibarquengoitia, 1991), la noveleta *Como quien se desangra* (1991) y la novela *En la alcoba de un mundo*. Fue finalista del Premio Diana-Novedades (1992). Está en prensa su antología histórica de la literatura poblana *Puebla, una literatura del dolor* (CNCA). Fue Becario del FONCA en el periodo 1990-91.

Pedro Ángel Palou Pérez (Orizaba, Veracruz, 1932). Fue fundador y primer director de la Casa de la Cultura de Puebla, primer subsecretario y secretario de cultura y regidor del Ayuntamiento de Puebla. Ha dedicado gran parte de su vida al magisterio, al periodismo y a la promoción de la cultura. Actualmente es uno de los cronistas de la ciudad de Puebla. Ha publicado *5 de Mayo de 1862, José Agustín Arrieta, biógrafo gráfico de Puebla, Juan de Palafox y Mendoza y los colegios palafoxianos, Apuntes históricos sobre San Javier y la ex-penitenciaria de Puebla, José María Lafragua y Gabino Barrera* y es coautor de *Historia mínima de Puebla*.

Antonio Rubial García (México, D.F., 1949). Licenciado en historia por la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Doctor en filosofía y letras por la Universidad de Sevilla. Es catedrático de la Facultad de Filosofía y Letras e Investigador Nacional desde 1990. Ha publicado *El Convento Agustino y la sociedad novohispana (1533-1630)* (1989), *Una monarquía criolla* (1990), *Domus Áurea. La Capilla del Rosario de Puebla* (1990), *Santa María Tonantzintla. Un pueblo, un templo* (1991) y *Manifestaciones religiosas del mundo colonial. Un acercamiento bibliográfico* (1992).

Ernesto de la Torre Villar (Tlatlauqui, Puebla, 1917). Licenciado en derecho por la UNAM y doctor por la Universidad de París. Profesor de las facultades de Filosofía y Letras y de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. Director del Instituto de Investigaciones Bibliográficas entre 1965 y 1978, actualmente es investigador del Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM. Ha colaborado en *Revista de Historia de América, The Hispanic American Historical Review, Cuadernos Hispanoamericanos* y *Revista de Historia Americana* entre otras publicaciones. Es miembro de la Academia Mexicana de la Lengua, de la Academia Mexicana de la Historia, de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística y del Seminario de Cultura Mexicana. En

1987 recibió el Premio Nacional de Ciencias y Artes y el Premio Universidad Nacional. Es autor de *El nacimiento entre los pueblos prehispánicos*, *Las reducciones de los pueblos indios en los siglos XVI y XVII*, *Notas para una historia de la instrucción pública en Puebla de los Ángeles*, *El triunfo de la República y el fin del Imperio* (dos tomos), *Lecturas históricas mexicanas* (cinco tomos), *Códice Mendocino e Historia de la educación en Puebla. Época colonial* entre muchas otras obras sobre historia, derecho y bibliografía.

Juan Tovar (Puebla, Puebla, 1941). Formó parte del grupo de Teatro Universitario de Puebla, dirigido por Ignacio Ibarra Mazari. Ha sido maestro de la Escuela de Arte Teatral del INBA, del Centro de Capacitación Cinematográfica, del Centro Universitario del Teatro y de la Escuela Internacional de Cine y TV de San Antonio de los Baños, Cuba. Fue becario del Centro Mexicano de Escritores en 1964-65 y en 1974-75 y del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes en 1991-92. Ha publicado siete libros de narrativa, entre ellos *Los misterios del reino* (premio de cuento La Palabra y el Hombre), *La muchacha en el balcón* (premio de novela en el Primer Concurso Cultural de la Juventud convocado por la SEP) y *Memoria de apariciones*. Su obra como dramaturgo se encuentra incluida en *Las adoraciones*, *Manuscrito encontrado en Zaragoza*, *El monje*, *Manga de clavo* y *Luz del norte*. Se han representado sus versiones de *La vida de las marionetas*, de Igmarr Bergman, *Loco amor* de Sam Shepard, *La Marquesa de Sade* de Yukio Mishima, *Viaje de un largo día hacia la noche* de Eugene O'Neill y *El rehén* de Ronald Harwood, entre otras. En 1984 recibió el Premio Al-

fonso X por *El contrapaso*, versión del drama jacobino *The Changeling* de Middleton y Rowley. Escribió los libretos de las óperas *Aura* de Mario Lavista y *La hija de Rappaccini*, de Daniel Catán, basados en la novela de Carlos Fuentes y en la pieza de Octavio Paz, respectivamente. Colaboró como guionista en las películas *Reed, México insurgente*, *El medio pelo*, *Crónica de familia* y *Gabriel*.

Roberto M. Vélez Pliego (Puebla, Puebla, 1947). Maestro en economía por El Colegio de México y maestro en artes con especialidad en historia por la Universidad de Chicago. Ha sido profesor de diversas preparatorias y en las escuelas de Medicina y de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de Puebla, donde también ha dirigido seminarios de investigación. En 1975-78 fue becario del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, de la Asociación Nacional de Universidades e Institutos de Educación Superior y de El Colegio de México de 1973 a 1975. Es investigador titular del Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades de la UAP; consejero de investigación por el área de Ciencias Sociales ante el Consejo de Investigación y Estudios de Posgrado de la UAP y vocal del Comité Ejecutivo de la Asociación de Historiadores Latinoamericanos y del Caribe, sección México. Ha participado en diversos congresos, simposios y encuentros sobre historia; algunas de sus ponencias han sido publicadas en libros y revistas especializadas.

Germán Venegas (Magdalena Tlatlahuquitepec, Puebla, 1959). Entre 1977 y 1982 estudió en la Escuela

Nacional de Pintura, Escultura y Grabado "La Esmeralda", INBA. Desde 1981 ha participado en treinta y cuatro exposiciones colectivas aproximadamente y a partir de 1984 ha presentado ocho exposiciones individuales. La última de éstas, *Polvo de imágenes*, fue montada en el Museo de Arte Moderno (1992) y en el Museo de Arte Contemporáneo de Monterrey (1993). Entre otros premios y distinciones ha recibido Mención Honorífica en la I Bienal Rufino Tamayo, Oaxaca (1982), Mención Honorífica en el Salón Nacional de Dibujo, INBA, México, D.F. y el Premio de Adquisición en el III Encuentro Nacional de Arte Juvenil, Palacio de Bellas Artes, México, D.F.

Germán Viveros (México D.F., 1937). Doctor en letras por la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Ha sido profesor de la Escuela Nacional Preparatoria, de la Escuela de Altos Estudios de la Universidad de Sonora y de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Ha sido investigador del Centro de Traductores de Lenguas Clásicas, de El Colegio de Michoacán, de la Biblioteca Nacional y del Archivo General de la Nación. Desde 1986 es investigador titular de tiempo completo en el Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM y miembro del Sistema Nacional de Investigadores desde 1984. Ha realizado ediciones, traducciones y estudios sobre el teatro griego y latino y se ha ocupado del teatro novohispano del siglo XVIII; sus textos han sido publicados en diversas revistas. Actualmente prepara la edición y el estudio de los *Coloquios* dieciochescos de fray Juan de la Anunciación.

Universidad de las Américas-Puebla

Escuela de Humanidades

Ofrece licenciaturas en:
Arquitectura, Arquitectura de Interiores
Artes Plásticas, Diseño Gráfico
Filosofía, Historia, Historia del arte,
Humanidades, Literatura

Nuevas licenciaturas (agosto de 1994):
Danza, Lenguas, Música, Teatro

Informes: Dr. Basilio Rojo.
Decanatura de Humanidades, oficina 8-117.
ExHacienda Santa Catarina Mártir.
Apartado postal 100, C.P. 72820, Cholula, Puebla.
Tels. (22) 29 20 57 y (22) 47 32 84,
FAX (22) 29 20 77



¡nueva Administración!

El Sistema de Tiendas UNAM
extiende sus horas y días de servicio al público
en sus unidades de **ACATLAN Y METRO CU**
363 días del año de 9 a 20 hrs.
La unidad **ESTADIO CU**
continúa a sus órdenes de **martes a domingo**
de 10 a 20 hrs.

CALIDAD TOTAL

PRODUCTO	PRECIO	SERVICIO
ACATLAN AV. ALCANFORES Y SAN JUAN TOTOITTEPEC STA. CRUZ, EDO. DE MEX.	METRO CU CIRCUITO EXTERIOR FRENTE A LA FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES, CU.	ESTADIO ESTACIONAMIENTO 9 ATRAS DEL ESTADIO OLÍMPICO CU.

TERRA
ADENTRO

IV CONVOCATORIA

TERRA
ADENTRO

APOYO A LA EDICION DE REVISTAS INDEPENDIENTES DEL INTERIOR DE LA REPUBLICA

La revista *TERRA ADENTRO*, publicación del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes y del Instituto Nacional de Bellas Artes, con el objeto de alentar las labores de difusión de la literatura mexicana y como estímulo a la creación artística que realizan las **revistas independientes del interior de la República**, ofrece a sus editores apoyos económicos para su edición, bajo las siguientes:

B A S E S

Podrán presentar su solicitud sólo las revistas editadas en el interior de la República, de carácter predominantemente literario y artístico, que hayan publicado un mínimo de seis números o cuenten por lo menos con un año de existencia, durante el cual hayan publicado tres números, a la fecha de la publicación de la presente convocatoria, y que, de modo preferente, entre sus objetivos tengan la promoción y la difusión de la literatura y el arte mexicanos, en particular los producidos por los jóvenes.

- 2.- Es requisito indispensable que las revistas que soliciten el apoyo económico no cuenten con ningún financiamiento público, subsidio o aportación directos de instituciones, entidades paraestatales, empresas u organismos privados, salvo ingresos provenientes de la venta de publicidad. Tampoco podrán participar las revistas de carácter institucional. Las revistas que obtuvieron el apoyo en períodos anteriores, si podrán concursar nuevamente y aquéllas en que en su directorio aparezca alguna institución pública o privada, deberán aclarar la índole de su vínculo por escrito.
 - 3.- La solicitud del apoyo económico deberá acompañarse con seis ejemplares de cada uno de los últimos números de la publicación, así como de un documento que describa brevemente los antecedentes, objetivos, perfil de lector, características editoriales, periodicidad, tarifas de publicidad (en su caso), tiraje, desglose de costos de edición de la revista y nombre y domicilio de la persona autorizada para suscribir compromisos a nombre de la publicación. Los editores que así lo consideren podrán remitir una colección completa de su revista, que permita apreciar la constancia y solidez del proyecto editorial.
- Las revistas ganadoras en la convocatoria anterior, en su caso, deberán enviar únicamente las ediciones publicadas con el apoyo del año anterior.
- 4.- La recepción de solicitudes estará abierta a partir de la fecha de publicación de la presente convocatoria y se cerrará el **jueves 30** de septiembre de 1993. Las revistas solicitantes deberán enviar la documentación requerida al Programa Cultural *Tierra Adentro*, Av. Revolución 1877, Piso 11, Col. San Angel, México, D.F., C.P. 01000.
- Los resultados se darán a conocer a través de los medios de comunicación nacionales, a más tardar el 31 de octubre de 1993.
- 5.- Las revistas ganadoras, durante el apoyo, deberán tener una periodicidad mínima trimestral y, al menos 24 páginas.
 - 6.- Las revistas ganadoras proporcionarán 30 ejemplares de cada uno de los números que editen con el apoyo otorgado, algunos de los cuales serán remitidos al jurado institucional por la revista *TERRA ADENTRO* y otros serán empleados en su difusión.
 - 7.- Las revistas beneficiadas intercambiarán gratuitamente espacios publicitarios con la revista *TERRA ADENTRO* durante la vigencia del apoyo económico concedido.
 - 8.- El jurado, integrado por Federico Campbell, Ali Chumacero, Sergio Mondragón, Oscar Oliva, Edmundo Valadés y el secretario del mismo Saúl Ibargoyen, seleccionarán hasta quince publicaciones merecedoras del apoyo económico, con base, entre otras consideraciones en constancia editorial; distribución; importancia para los creadores, en particular los jóvenes; calidad de contenido, y calidad de diseño gráfico de acuerdo con los recursos disponibles.

- 9.- A las publicaciones seleccionadas se les otorgará un apoyo económico anual de **NS\$24,000.00 (VEINTICUATRO MIL NUEVOS PESOS 00/100 M.N.)** mediante ministraciones bimestrales a partir del 1o. de noviembre de 1993. Estos recursos deberán ser aplicados exclusiva e íntegramente a la edición.

El incumplimiento de las bases de la convocatoria podrá implicar unilateralmente la suspensión del apoyo económico.

- 10.- Los puntos no previstos por esta convocatoria serán resueltos por los miembros del jurado. El juicio del jurado será **inapelable**.

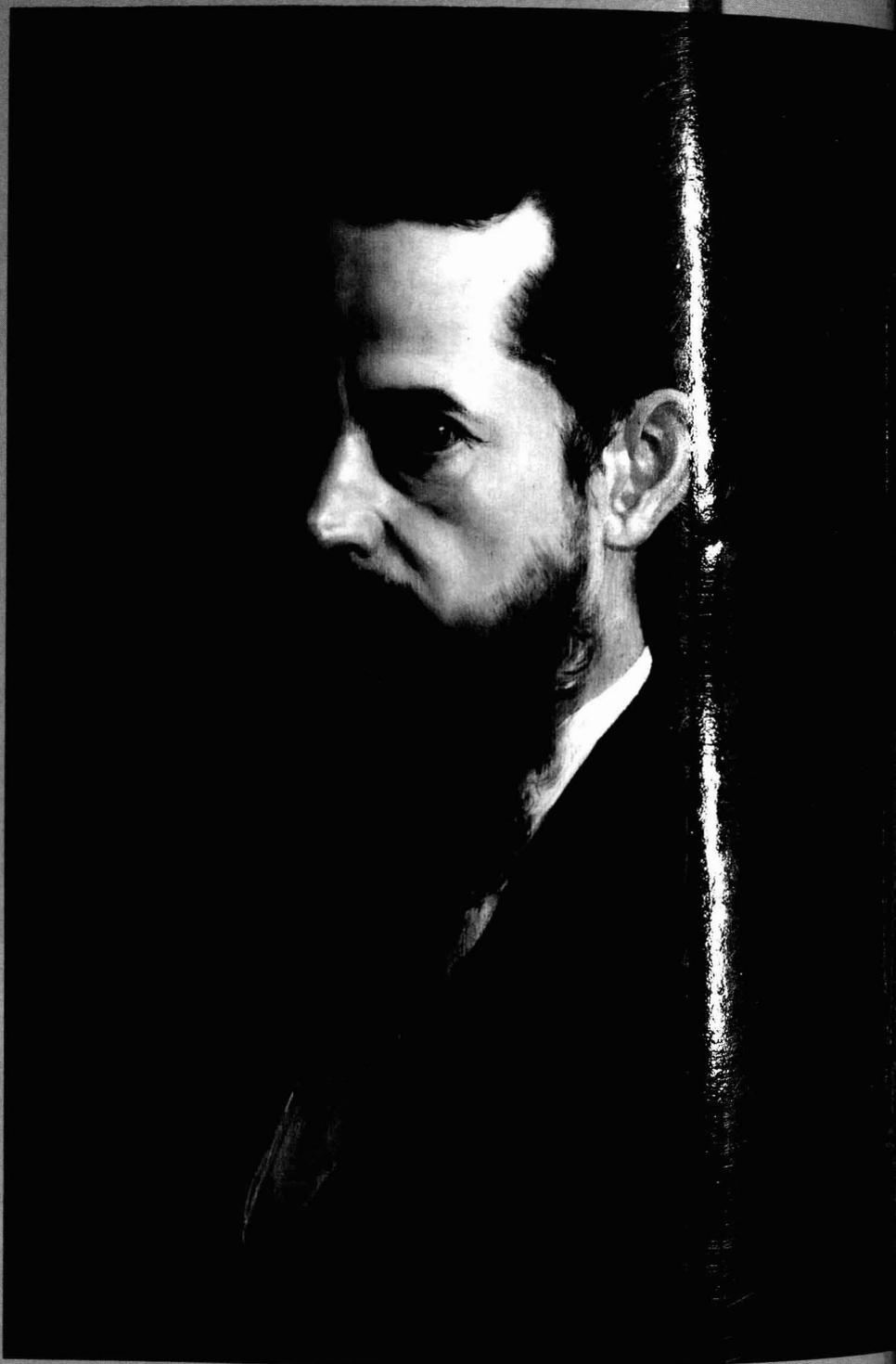
- 11.- No se devolverán los materiales enviados con la solicitud.

México, D.F., a 1o. de agosto de 1993.

 INBA

El Consejo Nacional para la Cultura y las Artes
a través del
Instituto Nacional de Bellas Artes
presenta

Homenaje
Nacional a



JOSÉ
MARÍA VELASCO

MUSEO NACIONAL DE ARTE

JULIO - NOVIEMBRE 1993

Martes a domingo de 10:00 a 18:00 hrs.

